# Fray Mocho

Revista Semanal




"MARQUITTA"

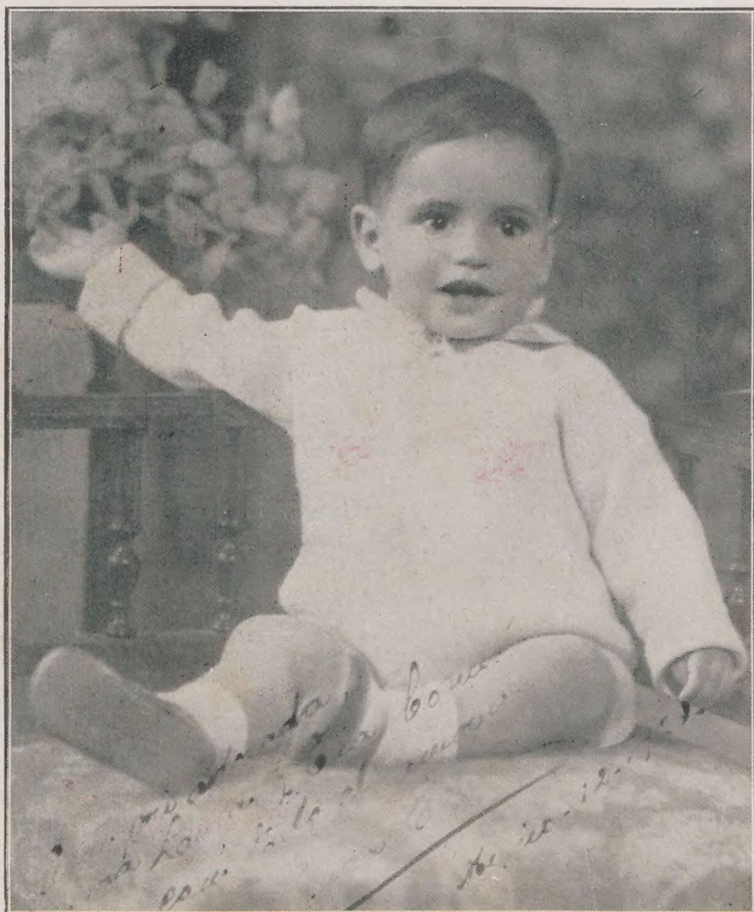
Por Gastón Cirmeuse

Nº. 880

# Juancito Ernesto Rios,

## UN SONRIENTE "BEBE"







Este sonriente bebe que constituye la gloria de sus padres ha adoptado para "FRAY MOCHO" una pose tan natural que parece que lo retrataran todos los días. Cierto que se retrata siempre en las miradas de sus padres, y que por su belleza tiene derecho a agotar todas las placas fotográficas.

## Un pequeño héroe del Far West



## Toda una belleza



Juan Carlos Missaglia, interesante y serio personaje del Far West. El precoz "cow-boy" hace con el índice un ademán despistador, A pesar de su displicencia su diestra está presta a echar afuera el bufoso terrible que carga a la cintura. Sin embargo, Juan Carlitos no es un aventurero del desierto americano, sino uno de esos héroes de película, valientes muchachos que acaban con los bandidos defienden la justicia y se casan al fin con la inocente heroína.



Catita Missaglia a quien la fantasía ha vestido hermosamente, ¿Es una bataclanita? Parece por momentos que sí, pero su gesto altivo nos hace creer más bien que se trata de una empingorotada dama de salón. Véase sino el ademán gallardo con que empuña el cetro. Su contenida sonrisita y su mano en la cintura, insinúa un orgullo terrible. ¡Pobre aspirante a novio el que la miraba en ese instante!





# FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración. CERRITO 607

Año XVIII

Buenos Aires, marzo 5 de 1929

No. 880

"ENTUSIASMO ARTISTICO"

(Véase la página siguiente)

lépticos del aurezku, la danza milenaria, cuyos orígenes habría que buscar en las cavernas de los primeros pobladores del globo.

Mirentxu Gazabartúa, la linda montañesa de ojos de ultracielo, vese solicitada por su novio, un fornido aldeano de Larrakitu y pronto comienzan entre ambos las piruetas del clásico baile.

Patxi el de Arabalar espera impaciente la llegada del día y de vez en cuando asoma su rostro a la ventana, escrutando los jeroglíficos inestables que semejan las posturas de los luceros.

Luego la danza se hace general y en medio de la confusión, Euria abandona la cocina y se dirige a su habitación.

Allí, prestamente se despoja de la vestidura montañesa, sustituyéndola por el traje-sastre con que abandonó Madrid.

El pañuelo tricolor y las alpargatas blancas sustituidas por el sombrero de tafetán y los zapatos chinescos.

De pronto se detiene.

Ha creído oir un ruido en el pasillo.

Aplica el oido a la puerta. Pasa un minuto... ¡nadie!

Un silbido suave se oye bajo la ventana que da al camino de la ciudad.

Euria se asoma un momento.

—¡Sí! Allí está.

Una silueta masculina tocada con amplio chambergo y luega chalina se divisa en tonos borrosos.

La joven, cuando mayor era el barullo con que se solemnizaba la víspera de la boda, sale poco a poco del caserío.

Mudos los mastines embozalados por el abuelo.

—¿Y él? ¡Allí!

Con fosforescencias inquietantes relucen las extremidades de las luciérnagas, unos labios se unen en un beso y luego dos siluetas se pierden por el camino de la urbe.

En el caserío de Yxto-Ederra canta sus trovas el versolari Txitxi Larrabeiti en tanto un rayo de luna deposita un beso en la corola pálida de una camelia.

## La realidad histórica del Hamlet

Parece que un autor sueco ha logrado probar que Hamlet, príncipe de Dinamarca, el héroe de Shakespeare, era la encarnación escénica del rey Enrique XIV de Suecia, hijo mayor del gran Gustavo Vasa (1523-1560).

No puede negarse cierto paralelismo entre la vida y el carácter del personaje shakespeariano y la del citado monarca, el más fantástico de los reyes suecos. Su nombre, su vida y su reinado (1560-1568), es una de las tradiciones más novelescas que palpitan en el alma de sus súbditos, porque al lado de una serie interminable de asesinatos cometidos bajo la influencia de alucinaciones morbosas, Enrique XIV, se enamoró y casóse con una modesta mujer, del pueblo Karin Monsdotter, de sin par belleza y cuyo bondadoso carácter la hizo representar en aquella época de terror el papel de angel de misericordio.

Lo extraño es que las más espantosas escenas de la vida atormentada de aquel rey se desarrollaron en las inmediaciones del lago Moelar, al oste de Estocolmo, delicioso paraje de serena grandeza.

Entre los célebres castillos históricos que se alzan en sus orilas, el más famoso es el de Gripsholm (1537), ante el cual los viajeros se detienen extáticos maravillados por su belleza. Viejo castillo feudal que conserva todavía su aspecto de fortaleza, con sus contrafuertes y torres circulares.

Reconstruído por Oscar II en 1896 este viejo castillo parece todavía envuelt o por el embrujamiento del fantasma hamiético que fué Enrique XIV, ya que su recinto fué testigo mudo de las luchas fratricidas entre éste y sus hermanos y sucesores, Juan, duque de Finlandia, y Carlos, duque de Sudermania.

En él, en sus calabozos, flota todavía la leyenda de los hermanos enemigos irreconciliables y de la prisión del rey, destronado por ellos, durante los años 1571 a 1573, después de haber asesinado en un rapto de locura al noble joven Nils Sturé y algunos otros señores de la aristocracia, a los que injustamente acusaba de alta traición.

Esto ocurrió en mayo de 1567. El lugar donde empezaron a desarrollarse los trágicos sucesos no es otro que Upsala, la célebre ciudad universitaria sueca, metrópoli del espíritu nacional.

Arriba, en el castillo, gemía encarcelado entre otros nobles Nils Sturé, el amigo fraternal del rey, recién llegado de su viaje a Francia, donde había sido enviado por éste para pedir en su nombre la mano de Renée de Lorraine.

Por la noche, Enrique XIV, en un momento de locura furiosa, penetró en el calabozo donde estaba su amigo, al que halló tendido en su catre con un libro de oraciones en la mano. Al ver al rey trató de incorporarse, recibiendo una puñalada en un brazo; e inmediatamente el loco real, arrebatando su alabarda a un soldado de su guardia, le atravesó el pecho.

Cometido este crimen, la razón del rey pareció desvanecerse por completo, huyendo por la noche a campo traviesa en busca de las cimas de las montañas.

Su preceptor francés, el astrólogo Burreus, logró reunirse con él; pero el rey, exasperado, le hizo matar y al propio tiempo ordenó el exterminio de todos los prisioneros encerrados en el castillo. Entre las víctimas se hallaba también el padre del joven Nils Svanté Sturé, que murió decapitado.

Varios días después de esta tragedia fué hallado el rey, disfrazado de campesino, vagando por los bosques, en ininterrumpida conversación con sus quiméricos fantasmas.

Meses más tarde, el rey, que había recobrado los intervalos lúcidos de su razón, celebró su matrimono con la humilde Karin Monsdotter (junio de 1568), contra el parecer de gran parte de la nobleza que se le sublevó, sin resultado, porque Enrique XIV, cada vez más enamorado, casóse con la hija de un simple cabo e hizo que fuese coronada con gran magnificencia por el arzobispado de Upsala, en la catedral de Estocolmo.

Pero su felicidad, si la tuvo, fué bien corta, pues en septiembre del mismo año su enamorado esposo fué reducido a prisión por sus hermanos y los nobles sublevados, que le encerraron en la famosa torre de las tres Coronas del viejo castillo de Estocolmo.

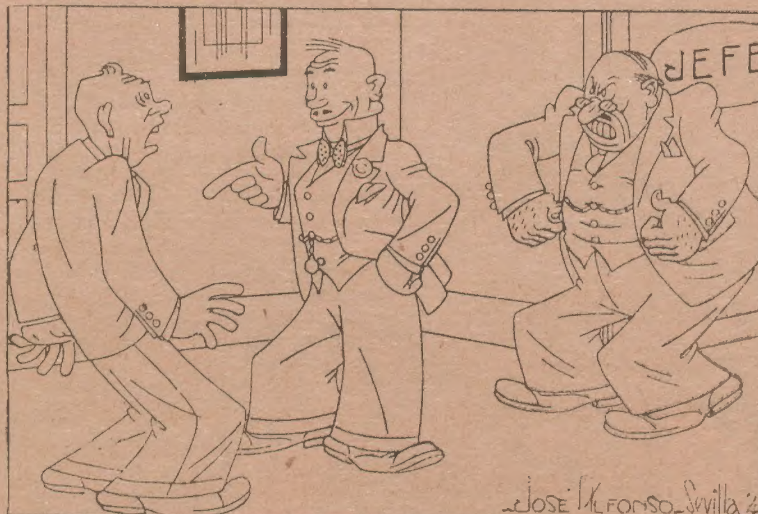
Su angel malo, el consejero íntimo Goran Persson, hombre de baja estirpe que dominaba el espíritu del rey, fué entregado al duque Juan, que ordenó su ejecución.

En el célebre cuadro del conde Rosen, que se guarda en el Museo Nacional de Estocolmo, se representa a la reina Karin, de dulce y suplicante figura, reteniendo la mano de su esposo para impedirle que firme una sentencia de muerte que le tiende Goran Persson, llamado por el pueblo de su época "El Abogado del Diablo".

Después de haber sufrido varios encarcelamientos en Abo (Finlandia). Gripsholm y últimamente en el castillo de Orbyhns, Enrique XIV murió en 1577, envenenado, según parece.

Karin Monsdotter le sobrevivió largo tiempo, pues murió en 1612 en Finlandia, dejando a la Historia y a la meditación el recuerdo de sus sufrimientos.

En la catedral de Abo (Finlandia), se guardan los restos de esta mujer, tan atrayente y buena como desdichada en amor.




—¿Te asombras porque te he dicho que el jefe es un idiota? ¡Pero si eso lo sabe todo el mundo!

### SONETO BALADI

¿Te acuerdas, hermosa? Vibraba en la orquesta
la lenta caricia de un valzer de Hungría.
Rebelde y esquivo, la ansiada respuesta
con artes pueriles, tu labio eludía...

Estaba en su hora más áurea la fiesta.
El blanco abanico bajaba y subía,
parecido a un ala de nieve interpuesta
entre tus desdenes y la cuita mía...

Temblando lo mismo que tiemblan las aves,
casi convulsiva y el mirar inquieto,
dijiste de pronto con acentos graves:—

...¡pero no, señora; voy a ser discreto;
de lo que dijiste, bajo siete llaves
bajo siete llaves guardaré el secreto!

Belisario ROLDAN



EN EL JUZGADO

El juez. — Ujier, diga a ese caballero que en esta sala tiene que quitarse el sombrero.

El Ujier. — Señor juez, ese caballero es una señora.

# El niño que el amor hizo hombre

Por Víctor Gabirondo

I

Para Ignacio era Rosita algo que no sabía ni podía serlo ninguna otra muchacha.

Pensamiento alegre en su cerebro infantil, latido apresurado, doloroso y acariciante a un tiempo en su corazón. Lejos de su presencia la sentía como un rayito de sol. Como uno de aquellos rayos, dorados y juguetones, que a veces penetraban en el colegio a través de los ventanales, rompiendo la inquietud monótona de la clase.

Desde que descubrió en el fondo de su pecho aquel sentimiento extraño que lo llevaba a mirar con todas sus tímidas ansiedades a Rosita, se sintió falto de la tranquilidad, del equilibrio, de la calma que lo caracterizaron. Dejó de estudiar, de sentirse feliz en casa, cerca de la caricia del fuego en invierno y bajo la sombra de los árboles del jardín en verano... Y dejó de mirar a su madre con la firme sinceridad con que siempre lo hizo.

Esquivaba a la salida del colegio la compañía de sus amigos, para internarse solo por las viejas calles de la población, buscando los lugares silenciosos.

Lo creyeron enfermo; estuvo el médico a verlo y desde entonces su madre le sonreía benévola y suave, al verlo sumido en su pensamiento único, y hasta los profesores disculpaban sus distracciones.

Pero no estaba enfermo; no sentía ningún mal. Sólo un sentimiento dulce e inquietante; una sentimiento indefinido que lo llevaba a soñar...

II

Aquel melancólico atardecer de verano, camino del paseo, donde pensaba verla como todos los jueves, durante la hora del concierto, Ignacio sentía un desasiego oprimente que era como la necesidad de una confidencia misteriosa.

Al aproximarse al jardín público apresuró violentamente el paso, tembloroso e inquieto.

Creía verla en todos los bancos, en todos los corros infantiles, e interiormente la llamaba con fervor, con turbación.

Se sintió triste al pensar que ella, acaso, no fuese aquel día al paseo. Y su tristeza se fundió con las notas dolientes de la música. Porque era triste aquella música que oía, como tristes sus ideas al detenerse indeciso, en su búsqueda inútil.

En aquel momento sintió el roce de un vestido... ¡Era ella! Ella, que se volvió a mirarlo y, separándose del grupo de sus amiguitas se dirigía a la fuente próxima, después de hacerle una seña.

La siguió, tembloroso y con la boca seca. Ella se detuvo.

—Tengo sed —le dijo— y te he llamado para que me prestes tus manos.

Obedeció. Bebía inclinándose. ¡Y qué dulces eran sus labios! Besaba a veces, a través del agua que huía, el hueco de sus palmas, en una caricia de sus labios mojados.

Ignacio hubiera querido sentir siempre aquella palpitación tenue entre sus dedos. Pero ella se irguió de pronto:

—Adiós; me espera la miss.

Y dejó sobre la fuente una margarita. La vió alejarse sin decir una palabra. No podía; no creía. Se creyó feliz por una eternidad. Tomó la blanca flor, oprimiéndola contra su pecho, y luego se la llevó a los labios. Y quedó allí, soñador y dulce como un amante.

Sus doce años temblaron de pronto. Era muy tarde.

Y se dirigió a su casa, respirando el aroma de los tilos y sintiéndose débil, muy débil. Algunas veces se apoyaba en un árbol, preguntándose, sonriente, si iría a desfallecer...

III

Desde entonces aquel sentimiento extraño y confuso que lo estremecía fué definiéndose, determinándose.

Amaba. Así debían ser los amores que él leyó, sin comprenderlos, en los libros; los grandes amores que llevaban a la felicidad y a la muerte.

Toda su vida se concentraba en Rosita. Verla era su felicidad. Permanecía a su lado, sin hablarle, minutos y minutos. Sus ojos no se cansaban de admirar su rostro infantil, la mata dorada de su melena, sus trajecitos claros y airosos...

Ella reía con sus labios muy rojos como un clavel entreabiertos, enseñando unos dientes diminutos y blanquísimos. Y tenía fulgores en sus miradas, donde parecía saltar el chispazo de una coquetería ingenua.

IV

Un día recibió una invitación de ella. Era su cumpleaños, y convidaba a sus amigos a una fiesta en su casa.

Entre aquéllos vió a Lucas, su compañero de colegio, travieso, díscolo, atrevido y grosero siempre. Era un tipo que le repelía. Más que por sus palabras repugnantes, aprendidas sin duda en los periódicos indecentes que ocultaba en su pupitre y hacía correr de mano en mano, porque se burlaba de su timidez, zahiriéndolo, molestándolo.

Al terminar la merienda, Lucas se acercó a Rosita y con ella hablaba y reía.

Sintió Ignacio como una punzada en el pecho. ¿Qué podría decirle que le hiciera gracia?

Una amargura íntima y profunda lo inundó. Pero aquélla se hizo más penetrante, más violenta, más desgarradora cuando al dispersarse por el jardín, ella continuó al lado de Lucas, sin mirarlo a él, que la seguía a distancia, sin dirigirle una palabra, como indiferente a su presencia, ajena a su persona.

Sintió algo frío en el corazón. Creyó ver una burla en los ojos de las amigas, que reían mirándolo, y huyó, despidiéndose confusa y atropelladamente...

V

El desprecio hirió su corazón, que temblaba en un espanto. Se había reído de él; se había burlado de su amor.

¡Ella! ¡Ella!... Le había azotado con la presencia de Lucas, mostrándoselo como rival, afortunado.

Surgió, agresivo, el orgullo, y se encendió en rabias su amor propio. Pero fué sólo un momento.

¿Qué podía hacer? ¿Pegarse con Lucas? No. Contaría lo ocurrido, y se burlarían los condiscípulos. ¿Acercarse a ella nuevamente? ¡Imposible! No tenía valor para hablarle. Nunca lo tuvo. Fué ella la que habló aquella noche del parque... No volvería a ella...

¡Y sin embargo, sin embargo!... — parecía gritarle un pensamiento que era como una última esperanza—. Sin embargo... Si él se atreviese a escribirle...

Eso: escribir. Se maravilló de la idea. Podía escribir. ¿Por qué no dejar sus pensamientos y sus sentimientos en un papel que llegase a sus manos?... Acaso entonces...

Pero algo muy hondo, muy íntimo se alzaba dentro de él, haciéndole ver lo inútil de este recurso.

¡No le haría caso! ¿Para qué escribirle? Conocerían la carta las amigas todas. Y seguramente, también Lucas.

Aquel maldito Lucas era su obsesión: lo consideraba como único culpable. Le había robado el cariño de Rosa... Ella lo prefirió a él... Debía olvidarla, alejarla de su pensamiento, como un hombre...

VI

Pero el recuerdo vivió en él, dominándolo, encadenándolo.

"¡Soy un idiota, un idiota!"— serepetía con rabia infantil.

Y se le saltaban las lágrimas.

Razonaba para convencerse de lo estúpido de sus sueños — sin consistencia y sin esperanza ahora—; pero el pensamiento, a su pesar e insistentemente, volvía a alejarse, a alejarse, hasta sumir todas sus facultades en el ensueño.

La imagen de Rosita era más fuerte que todas sus pequeñas fuerzas de niño, que se agigantaban al choque con el dolor.

La quería; no sabía cuánto ni cómo... Con ansias atormentadoras, con deseos rabiosos, con anhelos inexplicables, que a veces eran sentimientos que lloraban dentro del pecho y se hacían lágrimas en sus ojos, y a veces impotencia e insignificancia que se transformaba en odio...

No se explicaba cómo era aquel sentimiento que le hacía sufrir. Ansia de ser hombre para dominarla, para vencerla, y deseos de debilidades, de pequeñez, para sentirla cerca, acariciadora y buena, como una madre que nunca se separase de él...

En aquellos momentos era como un dolor que gimiese; como una cuerda herida por una mano brutal que vibrase íntima y roncamente...

Era el niño que empezaba a ser hombre por obra del amor, doloroso como todos los amores...

## CAMPANAS DE LA INFANCIA

Campanas de la infancia, voces graves
que recordáis a el alma dolorida,
las inquietudes místicas y suaves
y el divino misterio de la Vida.

Cuando, el cielo accesible, todo nuestro,
su leyenda dorada nos decía
y en el jardín en flor del Padrenuestro:
la Virgen familiar, nos sonreía.

Mas el huerto perdí de la creencia
y en el desorden de un fatal destino,
fuí dejando, girones de inocencia,
prendidos en las zarzas del camino.

Nublóse el cielo y la oración primera
se olvidó con la voz de las campanas.
Ya no se cree, ni se ora, ni se opera!
el alma es como un cuarto sin ventanas.

Hoy vuelvo, aventurero sin ventura
y las viejas campanas de ilusión,
parecen preguntarme con dulzura:
¿niño qué has hecho de tu corazón?

*Fernán Félix de AMADOR.*

¡Cómo luce el sol!

¡Cómo traza claras y diáfanas fantasmagorías en los arroyuelos y cual los pájaros dan al aire las estrofas de sus canciones!

Los árboles vestidos con mantos de hojarasca, extienden sus ramas hacia lo ignorado.

Allá, aún lejos, extiende su caserío la ciudad.

Una apoteosis luminosa es el paisaje.

A un lado del sendero una plantación de maíz que abiertas las panojas dejan ver los granos de su fruto como rubíes a la caricia de la luz.

Al otro los caseríos de Larraxkitu.

Y por el sendero las moradoras de Itxo-Ederra descienden hacia Bilbao.

La abuela, huraña, el gesto duro de la aldeanería hiperaumentado por sus pensamientos; amazona a lomos de un jumento, su compañero inseparable en los viajes a la villa.

Detrás de ella Euria Massard, una Euria rejuvenecida, fuerte, sus labios antes corola de un pálido geranio mostraban ahora la rubicundez que se aprecia en los campos de amapolas.

Desaparecieron las violáceas ojeras que circuyeron las amatistas de sus ojos.

Ha logrado, ayudada por el oxigeno de la montaña, vencer su enfermedad, y sin embargo no va alegre.

Un pensamiento triste, pájaro negro en el jardín de sus ensueños ha extendido sus fatídicas alas en el corazón de la hermosa.

Y en esta hora de perfumes y ambrosías, rememora los sucesos que le acontecieron desde su llegada a la montaña.

El letal aburrimiento de los primeros días novembrales pasados en el caserío, rodeado por un círculo de hielo.

Las horas transcurridas junto a la campana de la chimenea sin oir otra cosa que el movimiento isócrono del viejo reloj de pesas colocado en uno de los ángulos de la estancia.

Trébedes y alcuces.

Después el invierno largo, interminable, en el que la nieve se precipitaba sobre el valle en avalanchas de mosaico.

El aullido de los lobos.

Las terroríficas historias contadas por el abuelo en las que narraba las gésticas peleas que como cruzado en las filas de "los Caballeros de la Lealtad" llevara a cabo en las llanuras de Somorrostro.

Las palabras que al abandonar el caserío le dirigía siempre el de Arabalar y que a fuerza de escucharlas habían llegado a gravarse en su cerebro.

—¡Polite, maitia!...

Más tarde la primavera.

Como un ensueño luminoso arribó para Euria la mágica estación.

Entonces, ya en parte restablecida de su enfermedad, gustaba de correr por los montes, internarse en las oquedades del Peñascal, oir las canciones de los pastores y yantar con ellos el dorado pan de borona, el clásico talo. Los rústicos poetas de la merindad compusieron para ella las más galanas trovas y la fama de la delicada rubia extranjera extendióse entre los cabreros que apacentaban sus rebaños en las cumbres de Pagasarri, Ganekogorta, Santa Lucía y Urkiola y Atebaskarra.

Bañó su cuerpo en las frías aguas de los regatos, y acompañada de Ytxazoar, el viejo mastín, internóse en los terrenos montuosos de Alava.

Los pulmones acostumbrados a respirar la enviciada atmósfera de teatros y salones se ensancharon ahora al contacto del vivificador aire puro de los montes.

¡El mes de abril! Había sido el más risueño de cuantos vivió en la anteiglesia.

Los alpinistas que comenzaron sus excursiones primaverales se quedaban admirados de la belleza de la aldeanita que con tanta elegancia hablaba el idioma del décimo Alfonso.



Y como antes entre los pastores, corrió ahora entre los alpinistas la noticia de la existencia de la virgen rubia, más bella que las de Arantzatzu, Begoña e Yzaro.

Varias veces fué ella quien les indicó un atajo o vericueto que los condujese más fácilmente a la cima de las montañas.

El abuelo murmuraba; él transigía con todo, incluso con el frasquito de perfume que aromatizaba la alcoba de Euria con lo único que no llegaría a transigir nunca era con que la joven se empeñara en continuar hablando en castellano... ¡Y luego aquella obstinación de casarla con Patxi!

Esto turbaba el alma de la lindа madrileña.

Embebida en sus pensamientos no se dió cuenta de que había llegado a Bilbao.

La urbe norteña ofrecía un cielo purísimo de cobalto como pocas veces puede apreciarse en aquellas latitudes.

¡Oh, si Bebé, la irónica Bebé, o Niní la mordaz, vieran en aquel momento a Euria Massard, reina del cotillón, en su rústico traje!

¡A cuántos comentarios no había de prestarse el pañuelo tricolor que modelaba la apolínea cabeza! ¡Y el delantal a rayas azules y blancas, sobre la falda de burdo paño!

¿Mas qué podía importarle el juicio de sus antiguas compañeras?

La abuela la hizo pasear por las siete calles, el barrio típico del viejo Bilbao; recorrieron cuatro o cinco tiendas, donde se surtieron de comestibles y vestidos para toda la temporada, y apenas fueron sonadas las tres de la tarde en los relojes de la villa, tornáronse a la montaña.

En el camino, y cuando aun no habían abandonado el recinto de la capital, Euria vió descender por la calle de Hurtado de Amézaga un Packard, y en su interior dos caballeros.

Fué un instante tan sólo, pero la joven no necesitó más para reconocer en uno de los ocupantes a Luis Miquelarena, el pintor bohemio.

¡Sí! Un poco envejecido acaso, vestido elegantemente, pero él mismo, contrastando con su indumentaria burguesa de chalina amplia, azul, abierta sobre su pecho como una bandera de combate.

¿Y él? ¿La había reconocido? ¡Difícil sería con aquel traje!

Y por primera vez Euria Massard miró con antipatía la vestimenta campera.

La abuela notó algo en el rostro de la bella y en su hablar bilingüe masculló dos impertinencias, en tanto el automóvil se perdía de vista en el barullo urbícola.

Cuando llegaron a la aldehuela el sol tocaba a su ocaso, y en el crepúsculo doliente incendiaba en oro las montañas vizcaínas.

Ytxazoar, el viejo mastín en cuyo cuello dejaron sus huellas los dientes de un lobezno, salió a recibirlas.

En el Castañal, semejaban copos de nieve las lanas de los corderos.

Entraron en el viejo caserón, y en su cocina, en la compañía del abuelo se hallaba Patxi el de Arabalar, vestido aquel día con relativa elegancia, blusa y alpargatas negras, traje de cristianar en la montaña.

Indicó el viejo euskalduna a la joven que se sentara, preparó sobre la mesa la muchacha del caserío la rústica colación, bendíjola la abuela, y Patxi comenzó a explicar que él también había bajado a Bilbao, donde entrevistóse con el párroco de una iglesia por cuyo santo patrón sentía honda veneración el aldeano y cómo el sacerdote le había prometido que dentro de ocho días subiría a casarles a la aldea.

Cayó el aldeano.

Apoyó el mentón sobre su torso de jayán y aquellos ojillos inquietos y penetrantes, trataron inútilmente de descubrir un gesto en el rostro, hermético en aquel instante, de Euria Massard.

Finalizada que fué la colación, el abuelo prosiguió la narración de sus hazañas.

"Era en el año 1874 y los liberales estaban acampados en Gallarta..."

El resto de los personajes escuchaba aburrido la sempiterna perorata del patriarca euskalduna y mientras él se refocilaba recordando las aventuras de su adolescencia, Euria abandonó la cocina.

Y ya en su cama aquella noche soñó...

Con que de las tierras del nuevo continente venía a salvarla de la presencia del aldeano, el pintor del recio rostro y de los ojos azules como el color de sus sueños de gloria.

---

Un rayo de sol que atravesó el cristal esmerilado de la habitación del hotel llevó un aroma de estío a la estancia.

Luis Miquelarena acabó de peinarse frente al espejo de luna biselada, abrió el amplio ventanal y aspiró con deleite el aire mañaneril.

—¡España! Otra vez en la patria. Bilbao sonreía en aquel amanecer pletórico de belleza. La muchedumbre giróvaga deambulaba por las calles de la villa; obreros vestidos de azul mahón que se encaminaban a sus fábricas y talleres; modistas, horteras, empleados, institutrices, pasaban por las rúas, de prisa, atropellándose a ratos. Las campanas de la iglesia de San Nicolás mecían sus férreas lenguas con acompasado son. Todo invitaba a vivir.

Y el pintor, ahora, a la vista del terruño hispano se preguntó por qué razón había regresado él a la patria donde no le esperaba nadie, donde no hallaría un solo rostro amigo...

El huyó de Madrid, de las tertulias de literatos decadentes, de poetas hampones, caballeros del hambre y emperadores de la mugre, de los pintores futuristas que trastocaron la línea en busca de una inexistente sensación estética, pero más que todo su fuga fué debida a la certidumbre de que nunca llegaría a conquistar el amor de Euria Massard.

—¡Euria Massard! La maga de los ojos de malaquita. ¿Qué extraño sortilegio guardaban las pupilas hipnóticas de la bella? ¡Cuán-

to le costó abandonar su presencia! Y allí en los territorios del nuevo continente. ¡Cómo se acordó de la joven aristócrata!

Pródigas en oro y en laurel fueron para el artista las jóvenes repúblicas de América.

Lejos de los cenáculos en que toda envidia y maldad encuentran asilo; fuera del ambiente en que todo se halla regulado por la influencia y la recomendación amparadoras de lo mediocre, y de lo inútil.

El llegó a la República del Uruguay con una extraña visión de luz en la retina.

Las desviaciones de la línea predicadas en Italia por Marinetti, las extrañas combinaciones luminosas del cubismo y del planismo, todo cuanto significaba neo-ideologismo o extravagancia. ¡Aquellos absurdos Pierrots y aquellas arbitrarias Colombinas, quedóse en los linderos de Europa, como se quedaron también las melenas merovingias.

—¡Picazzo Delaunay, Borghes, Lagar! Arbitros de la estética deforme y de la línea martirizada! ¡Aquello no era hacer arte! ¡Era caricaturizar la Naturaleza!

Y sus cuadros fueron de un renacimiento sano, potente.

Mágicos crepúsculos en las pampas, amplios cafetales centro-americanos, viejos caciques indios del Chaco Paraguayo, el dinamismo de las rúas neoyorkinas, la manigua cubana los bosques vírgenes de la Nueva Granada. ¡América!

Montevideo, Buenos Aires, Chuquisaca, Bogotá, San Francisco. ¡El continente entero desfiló por los salones en que se exhibían los cuadros de Luis Miquelarena.

Y la prensa entera publicó los elogios que su obra merecía.

Todos los museos americanos adquirieron cuadros del laureado autor, que deseando retratar los tipos de la América septentrional, proyectó un viaje a las factorías pesqueras de Groenlandia, cuando sintió las saudades de la patria abandonada y retornó a ella.

Ya en España era conocido su triunfo; las revistas americanas y aun los mismos periódicos ilustrados de Castilla reprodujeron los cuadros del expatriado.

Desembarcó en Portugalete.

La villa norteña le retuvo unos días en su recinto.

Quiso trasladar al lienzo los paisajes brumosos de Vizcaya, pero en uno de los viajes que verificaba diariamente a Bilbao, sorprendió desde su automóvil a una aldeana cuyo rostro tenía inexplicable semejanza con el de Euria Massard.

Los mismos ojos, el mismo color de oro líquido en los cabellos, hasta la línea desfigurada por la vestidura aldeaneril, parecía ser idéntica a la de la linda madrileña.

Quiso seguirla, pero en el barullo de la ciudad el conductor no oyó la presión que su mano hizo en el avisador del automóvil y cuando luego volvió a desandar el camino ya no halló por parte alguna a la joven.

Dió la casualidad aquella tarde de que en su mismo coche le acompañara un joven bilbaíno que cuando supo las causas explicadas a su manera por Miquelarena —una modelo interesante para un cuadro vizcaíno— de la persecución de la joven, prometió dar al pintor cuantos detalles relacionados con la aldeana sabía.

Por él supo que la muchacha habitaba en las montañas de Pagasarri y era conocida y admirada por todos los alpinistas de la región y cómo no era difícil hallarla recorriendo todos los montes de la merindad.

Brindóse también a acompañarle, mas el artista halló pronto pretexto para hacer el viaje solo y en este momento informado ya de los caminos y vericuetos que había de recorrer, terminó de vestirse y abandonó el hotel.

Salió de la villa bulliciosa media hora antes, y ahora callada, ocupados en el trabajo sus habitantes.




Allí lejos un resplandor rojizo iluminaba los cielos. Los reflejos de los altos hornos fingiendo una puesta de sol artificial.

La ascensión por la montaña fué para el artífice un manantial inagotable de ideas para paisajes.

Desde los caseríos de Larraskitu se veía Bilbao dividido en dos partes desiguales por las aguas del Nervión, que tenían un raro color de arcilla; el Peñascal con sus rocas blancas que semejaban fantásticos icebergs, deslumbró su pupila, pero fué solamente un momento, porque ya cercano a la cumbre de la montaña divisó el mar de Vizcaya que se extendía manso, sereno, todo azul como las aguas de un piélago sin corrientes.

Toda la mañana la pasó el pintor recorriendo las montañas, la Fuente del Espino, Santa Lucía, Ganekogorta, y en ninguna parte halló lo que buscaba.

Aldeanas toscas y varoniles, pastores que cuidaban de sus rebaños, labriegos que cultivaban los valles, fueron los únicos seres vivientes que halló en su camino.

Y cuando ya cansado de recorrerlo todo emprendió su regreso a la villa, en el castañal vió un momento una silueta femenina y unos cabellos rubios.

Fué un momento nada más.

Después una de las mil curvas que descendían del monte le hizo perder de vista la aparición.

¡Los cabellos de Euria! Porque, sí, eran los mismos! ¡Aquel color rubio monócrono que lo llevaba él presente todos los momentos!

Ya recuperados sus perdidos ánimos, continuó el descenso acelerado.

Y otra vez volvió a ver la silueta que ascendía en dirección contraria a la suya.

Dentro de cinco, de diez minutos lo más, estaría frente a ella.

Distinguió más concisamente ahora la marinera y las alpargatas blancas, la falda azul, y su estatura igual a la de su amada.

A la vuelta de un vericueto la encontró.

—¡Euria! —Fué lo único que en un principio se le ocurrió exclamar.

Ella permaneció muda, inmóvil.

Pero fué un instante nada más, después las manos se unieron y las confidencias, tanto tiempo contenidas, brotaron de los labios femeninos.

---

¡Vísperas de boda!

Cuantos pastores recorrían las montañas limítrofes al Peñascal, apenas encerraron sus majadas, descendieron hacia el caserío de Ytxo-Ederra.

Y fué una nota pintoresca la procesión pastoril.

De los caseríos de Berasteta y Zamalibar vinieron también sus moradores, y ahora reunidos todos ellos en la casona ibera, después de haber sido recibidos en sus umbrales por el patriarca (Etxekojaun) fumaban ellos y murmuraban ellas en las amplias habitaciones.

Euria Massard ataviada con el vestido de aldeana, escuchaba con un gesto de letal aburrimiento las conversaciones de las mozas montañesas.

Junto a las mujeres el viejo Yxona interrumpíales a intervalos con alguna agudeza que ellas celebraban con carcajadas, sin extrañarse en su rusticidad de la poca atención que a uno y otras prestaba la prometida.

De pronto la turbamulta femenil penetró tumultuosa en la cocina, en la que Patxi el de Arabalar fumaba nerviosamente y sus ojillos vivos e inquietos no se apartaban de la esfera del viejo reloj.

Los cabreros de Pagazarri y Ganekogorta, sentados sobre la mesa de pino, partíanse sendas rebanadas de queso amenizándolas con el rubí del chacolí vizcaíno.

Entre ellos se veía a Juanón de Ybargañeta, que abandonó un día los montes de Vasconia para bailar por valles y aldeas el spatadantza. Rubio, casi albino tenía la línea egipcia, y su cuerpo afeminado era como el de esos dibujos que adornan las necrópolis de Menfis.

Un día rompióse una pierna en los territorios eúzkaro franceses de Zuberoa y tuvo que dejar su oficio de bailarín.

Sentado a su derecha está Koldobibka Urgaradain el mejor hondero de todo el señorío. Quitada la blusa y remangadas las mangas de la camisa, deja ver su musculatura atlética. Se dice de él que sin otra arma que sus brazos de frente y vence a los lobos de la merindad.

Su zurrón pastoril está hecho con la piel de un lobo que dió muerte estrangulándolo, en la vecina anteiglesia de Okendoxena.

Y allá, junto al abuelo, hay un joven, adolescente aún, moreno, de facciones correctas y delicado decir.

Es Txitxi Larrabetti el aplaudido versolari, que recitó sus poesías en el Duranguesado, Marquina y Balmaseda.

Todas las jóvenes euzkaldunas suspiran por su amor y desde el cabo de Matxitxako hasta la aldehuela de Otxandiano no existe un solo caserío en el que no se admire el nombre del juglar.

Y ese que reclama ahora el acordeón es Antón de Mitxelena el músico montañés que solemniza y da esplendor con su instrumento a todas las reuniones alegres de la aldeanería.

Sus dedos toscos aprisionan las teclas y pronto el acordeón deja escapar los sonidos ebriales, cata-

# El retorno de Euria Massard

**Por Luis Antonio de Vega**

(Ilustraciones de Hebberd V. B. Kline)

¡Libre al fin!

Euria en medio de las calamidades que la fortuna había descargado sobre ella, se sentía en parte, aliviada de sus tormentos.

Hallábase sin otra compañía que su desventura en aquella sala que había presenciado todos sus triunfos y nunca, como entonces, le pareció tan venturosa su soledad.

¡Bebé, Niní, Totó, Luiú! Toda aquella serie de figulinas de biscuit, propias para adornar paisajes de abanicos, reinas del flirt y de la coquetería, habían huído apenas comenzaron a notar el olor de los pliegos judiciales.

Luisito, Alvaro, Enrique, insustanciales y frívolos, incapaces de preocuparse de otra cosa que de sus autos y las ruletas; Altamira, el poeta de las extravagancias; Pedro Logad, el arquitecto inédito, ¡los señoritos! Toda la fauna del "todo Madrid", impertérritos cazadores de dotes, perseguidores perennes de distritos cuneros, apenas tuvieron noticias de que el bueno de don Cosme Massard al morir, dejaba a su hija sin otro patrimonio que sus deudas, habían tendido el vuelo hacia otros horizontes, aunque todavía le parecía tenerlos ante sí.

Auria paseó su mirada por la salita, instalada al más puro estilo Sonia.

Tonos rosados en los cojines y otomanas; cabezas de chinos con lacios bigotes y rostros de limón maduro, hacían guiños desde los búcaros policromos; estuches de begonias y fuesias artificiales; el espejito de plata negra, con incrustaciones de auricalco; el velador de caoba, las alfombras, los tisúes...

Para cada uno de los objetos tenía un recuerdo piadoso.

¡Oh, amadas fruslerías que dentro de poco se amontonarían en la trastienda de un almacén de muebles usados!

¿Qué nuevas manos blancas depositarían en ellos, las gotas de su perfume favorito?

El armonium, abierto, como un vivero de perlas mostraba la poliargita de su teclado.

¿Qué nuevos labios femeninos desgranarían ante él los sortilegios de una nueva canción?

En un rinconcito de la estancia, cerca del radiador que ausenta la familiaridad de las alcobas (¡oh, el encanto de las viejas chimeneas!) dormía el sueño del olvido un caballete de pintor que sostenía, a medio terminar, un retrato de Euria Massard, vestida de Pierrette, y teniendo como fondo la policromía de los reales jardines de Aranjuez.

Euria recordó al pintor: Luis Miquelarena, aquel espíritu bohemio, que Altamira, el poeta mil veces fracasado, había introducido como una novedad más, en los salones de la corte.

Alto, fuerte, de línea perfecta, hacía pensar en el discóbolo de Atenas; en sus ojos azules, en las horas febricientes florecía la luminosidad de un algo que hablaba de triunfos y conquistas.

Un día en el gran salón en que posaba la damisela, Luis Miquelerena aventuró una declaración que ella escuchó complacida, pero que, entretenida entonces en un flirt con Alvaro Olave, el mago de las elegancias, no atrevióse a aceptar.

Por otra parte, ¿qué porvenir podría ofrecerle aquel pintor extravagante, cuya celebridad duraría lo que una moda?

¡Oh, la melancolía de aquellos zapatos de mediano uso, la chalina azul, prendida como un lepidóptero nocturno y las melenas merovingias!

Y Euria, a pesar de todo, comprendía que amaba al pintor; ¡aquel carácter franco, aquella sonrisa de amargura y el espíritu arbitrario e independiente!

Y el poeta imbécil, creyendo hacer un alarde de fantasía, después de fruncir el ceño como hombre que va a revelar algo sumamente interesante, respondió:

—En secreto te lo voy a decir todo. Posaba para él una princesa negra, la hija del rey de Abisinia, que se enamoró locamente del pintor. Lo hizo raptar, se casaron en el reino negro y seguro a estas horas sueña Miquelarena con la Guerra Santa para despojar a los europeos de todos los territorios africanos.



Pero un día, Luis Miquelarena desapareció de Madrid. Ella trató de saber algo acerca del paradero del bohemio. Revisó periódicos, espió conversaciones... ¡Nada!

Hasta que una noche hallándose en el palco de un teatro y teniendo a su lado a Altamira, preguntóle en forma que no pareciera tener interés en averiguar la respuesta:

—Oye, ¿y qué fué de aquel pintor amigo tuyo?

Euria ensayó una sonrisa que premiara la fantástica narración de Altamira, pero no juzgó conveniente entrar en nuevas averiguaciones.

Más tarde, en una revista americana vió la fotografía del pintor español que había obtenido una primera medalla en la exposición de pintura de Montevideo.

Apartó Euria su mirada del cuadro y en el geranio pálido de sus labios floreció una triste sonrisa de añoranza.

Luego, con la previsión de un film, fueron pasando por su imaginación distintas escenas de su vida.

La sorpresa que le produjo su ruina, las aves de rapiña —que se lanzaron sobre los restos del naufragio y al fin su decisión de abandonar Madrid el mismo día que unos capullos de escarlata irisaron con su colorido la marinera alba.

—Se curaría... ¡Sí!

Allá en las montañas de Vizcaya, a muchos kilómetros de Madrid, tenía unos parientes, a quienes comunicó su decisión de convertirse en montañesa, de abandonar la vida de la corte.

¡Adiós Madrid! Nunca más volvería a él.

Abrió las puertas del ropero y quedóse meditativa ante los tres últimos vestidos que le quedaban.

Aquel de seda lavable con crisantemos en azul-Talavera y las bandas bieses recamadas en azul-lavande, le pareció demasiado lujo para una joven que no contaba con otro porvenir que la misericordia de unos rústicos parientes; otro negro adornado con flecos de pluma de avestruz y bordado con cuentas de azabache, con la faldita corta y el escote virgen llamaría la atención en el pueblecillo norteño.

Se decidió por el último que quedaba, un sencillo traje sastre rayado en un verde obscuro.

Apenas había tiempo de despojarse del kimono y colocarse el vestido, cuando las prenderas se presentaron precedidas de la criadota única que quedaba en la casa.

Las "corredoras" husmearonlo todo, dieron golpecitos que les convencieran de la autenticidad de la caoba; frunció una de ellas el ceño, cual si sólo por pura fórmula hiciese la pregunta, e interrogó:

—¿Y bien? ¿Qué quiere usted por "esto"?

Euria sintió colorearse sus mejillas, balbuceó unas palabras de excusa y dibujó un gesto de impaciencia.

Vuelta a revolver los muebles, a manosearlo todo y al fin la que antes hablara, aventuró:

—¡Psch! Esto lo más que vale son doscientas pesetas.

Euria, impaciente, deseando terminar cuanto antes aquella escena que la humillaba, aceptó:

—Bueno.

Las prenderas se miraron sorprendidas. ¡Hasta por quince duros podían haber obtenido el mobiliario! ¡A pesar de todo no dejaba de ser un buen negocio!

Dieron a la vendedora cuatro billetes de cincuenta pesetas; llamó ésta a la doncella y a tiempo que se despedía de ella depositó en su mano uno de los billetes.

—¡Eso es! —pensó.— Despedirse de la gran vida, como una duquesa, y ahora a comenzarla como una aldeana.

Salió a la calle.

En el pañuelito de seda blanco se ocultó una lágrima.

Pasó un coche pesetero con el alquiler levantado.

Euria hizo señas al automedonte, dejóse caer en el fondo del coche y ordenó:

—A la estación del Norte.

## "ENTUSIASMO ARTISTICO"

*Ahí tienen ustedes, en el cuadro de la página precedente, dos mozos de provecho; dos cofrades de San Crispín; dos aspirantes al título de maestro de obra prima, que, topándose por acaso en medio de la calle, muestran, ufanos y orgullosos, los productos confeccionados por... el jefe de su taller. —"¿Qué me dirás tú de estas pantuflillas destinadas a aprisionar el breve pie de aristocrática dama que sólo huella tupidas alfombras? Vamos, ¿qué le tienes que oponer a ese rizadillo de cinta, y a la suave y olorosa piel de Rusia con que se han hecho? Pues ¿y el tacón? ¿No es una verdadera obra de arte? Tan pulido, tan lustroso, de curvas tan suaves... Pues compadre, todo esto se hace en casa. Bien haces, bien haces, en ocultar esas chocolateras que parecen tumbas de filiteo con cañones de chimenea. ¡Qué suelas, qué tacones, qué pespuntes, y sobre todo, qué basto y ordinario material! ¿Y para esto estudias? Por este camino a lo más que alcances será a calzar inválidos, especieros o propietarios arruinados, mientras que yo..." "—Con todo esto no daría yo mis botas de becerro, en tiempo de barro, por todas tus zapatillas de gamuza disfrazada de cosa mejor y destinadas a damiselas enclenques y perezosas, al paso que mis botas están diciendo que han sido hechas para correr mundo y ganarse la vida como Dios manda". "—Envidia, compadre, envidia". "—Ea, pues, allá veremos quién medra más".* (N. de la R.).

Y una vez en ella, sacó un billete de tercera clase y penetró en el andén.

Silbó la máquina, chirriaron los vagones.

En el marco de la ventanilla se dibujó un momento la silueta elegante de un joven.

—¡Adiós Bebé, Niní, Totó, Lulú! ¡Ni uno solo habéis acudido a despedirme! ¡Bah! ¡Adiós Altamira, Luisito, Pedro...! Cazadores de actas y de dotes, hombres de presa.... ¡Adios Madrid! Yo me voy a ocultar mi derrota fuera de la corte, lejos de vosotros. No quiero que un día os sirvan de comentarios mis zapatos raídos o mis marineras de papel...

Y una idea pasó fugaz por su cerebro:

—Quizás se marchó con el mismo estado de ánimo Luis Miquelarena...

Un tono gris perla se extendía en los horizontes limitados por las verdes montañas, cuyas cúspides se adornan con mantos de litargirio. Un torrente se desboca frenético, orgulloso de llevar en su cauce el agua producida por el deshielo.

El macizo de Pagazarri eleva, en arco formada, su pétrea mole; al otro lado se corona de castaños el montículo de Gastañaga.

Cuatro caseríos en el centro del castañal.

El Peñascal, en cuyos huecos se fundaron las primitivas sociedades trogloditas, se cierne amenazando desmoronarse cual los montes de los paisajes futuristas.

Anochece.

En lo alto de la montaña, un pastor congrega a sus rebaños haciendo sonar la rústica zampoña.

Los lagartos de ojos turquesa buscan cobijo en sus madrigueras.

Un monolito enclavado en la falda de la montaña indica el paso de las razas proto-históricas por la región euzkalduna.

En el caserío le Ytxo-Ederra, el más amplio de los cuatro de arquitectura ibera, la abuela cuenta a sus nietos en vascuence, la milenaria leyenda del viejo Aitor.

Chisporrotean los leños en la chimenea y bulle el agua encerrada en una marmita de cobre en la que se cuecen las castañas.

La voz de la abuela es gangosa, y los nietos apenas prestan atención al arcaico relato.

Prefieren murmurar en voz baja:

—Antón, el de Gazteleugatxe, se ha marchado a Bilbao, contratado como jugador de pelota.

—Ytzión de Gaztambide, que fué también a Bilbao, vino el año pasado a la aldea vestida de señorita.

Las cabecitas de los adolescentes sueñan con la ferrosa urbe, que la ven transformada en una mágica ciudad de cuento de hadas.

Euria escucha distraída el relato de la abuela y los murmullos de los nietos. No conoce la lengua eúskara y acaba por aburrirse de la conversación aglutinante que sostienen.

Sentada en un viejo sillón fraiIuno, más pálida "más azul" que nunca, parece próxima a esfumarse en lo incognoscible.

La catarata de oro líquido de sus cabellos fué aprisionada por el pañuelo traidor que tan sólo deja ver dos trenzas simétricas y paralelas, como dos milagros de luz.

Sus pies, aquellos piesecitos alados que fueron maestros en los foxtrots y one-steps, eran ahora encerrados en burdas albarcas de cuero de ternera y las piernas acostumbradas a las caricias sedeñas de las finas medias portaban unas de lana blanca que la abuela tejió en las interminables veladas autumnales.

La enfermedad mil veces maldita, no pudo ser aun combatida. Los fríos de la montaña la tuvieron recluída en el viejo caserón y en él aguardaba la llegada de la primavera.

Sus manos pálidas y exangües deshojaron las panojas de maíz, y los dedos marfileños hicieron bullir los surtidores de albayalde de las ubres vacunas.

De pronto, en el zaguán, se oyen los mono-rítmicos ladridos de los mastines.

Y cual si a los mastines les sirviera de arenga las palabras anteriores, ladran ahora más furiosamente, en tanto el alpinista vuelve a meterse en los mil laberintos de la montaña.

Euria no ha podido enterarse de otra cosa, sino que a un caminante se le niega asilo simplemente porque habla un idioma extraño al de los habitantes del caserío.

Y sus dos ojos de malaquita se dirigen implorantes a un cuadro churrigueresco que orna una de las paredes de la estancia, representando a la milagrosa Virgen de Arantzatzu y sus labios musitan una plegaria.

—Por los caminantes extraviados en todos los territorios euskaldunas.



El abuelo se levanta de la banqueta y con paso tardo se encamina a la ventana. Sus ojillos grises dirigen una mirada penetrante a las negruras de la noche y en el idioma euskalduna pregunta:

—¿Zer dá?

Un alpinista que se perdió en el laberíntico madejamen de montañas, que atravesó los helados precipicios que sufrió los tormentos del frío en el peñascal, hase acercado al caserío y contesta en español a la pregunta que le hiciera el abuelo.

—Me he extraviado y no encuentro el camino de Bilbao.

—¡Arrayúa! ¡Es castellano! — y el abuelo se apresura a cerrar la ventana.

Otra vez vuelven a ladrar los canes; mas ahora lo hacen tenuemente, cual si no les fuera desconocida la visita.

Efectivamente; un minuto después entraba en la rústica cocina, Patxi el de Arabalar, un aldeano braquicéfalo, de piernas faunescas, arqueadas, cuerpo pequeño gordezuelo, ojos brillantes, codiciosos y nariz aguileña, una hipérbole de apéndice nasal.

La sucia boina, que no se cuidó de despojarse al entrar, sombreaba en su frente chata, minúscula.

Era un tipo repulsivo, que gozaba de la confianza del cacique y de la estimación de los caseros de Ytzo-Ederra.

Al entrar dirigió una mirada a Euria, quien la sintió resbalar sobre su piel y se estremeció.

No sabía por qué rara asociación de ideas la figura deforme de Patxi el de Arabalar le hacía recordar la fornida y varonal del pintor bohemio, que como ella, huyó de Madrid.

El aldeano sentóse frente al abuelo, saludó con un gruñido y a poco los vasos de fuerte cristal se hidrataron con el bermellón del chacolí montañés.

Junto al jarro panzudo, un quinqué, que contaba por lustros su existencia, lanzaba una hipercloro-sis de luz a la cocina agreste y ponía una palidez amarilla en el rostro del de Arabalar, que visto por Euria Massard se le antojaba un endriago de aguafuerte goyesco.

La abuela, curiosa, fué presta a mezclarse en la conversación y los nietos no cesaban de mirar a la madrileña con una curiosidad mortificante para ella.

Dos horas largas estuvo Patxi parlamentando con los ancianos.

Al abuelo se le alegraban los ojillos grises y las palabras eúskaras al salir de sus labios llevaban una expresión alegre.

Apenas vaciado el jarro de chacolí, cual si aquella fuera la señal de partida, Patxi el de Arabalar abandonó la cocina, no sin que nuevamente sus ojillos vivos volvieran a posarse en la delicada euritmia de la enferma.

Y en cuanto el repulsivo aldeano abandonó el caserío, el abuelo acercó su banqueta al sillón de Euria y como si por su imaginación fueran desfilando los terrenos que nombraba, sus brazos se extendían igual que si señalasen abarcando los territorios imaginarios.

—Tres caseríos en Zugaztieta, en uno de ellos compuso sus rimas el gran cantor vasco Iparraguirre; dos pertenencias cabe el Peñascal, los castañales de Pagazarri y Ganekogorta, trescientas ovejas que pastaban en Tarin y una gran pucherada de monedas encerradas en alguno de sus huertos. ¡Todo ello propiedad de Patxi el de Arabalar!

Y como sorprendiera una mueca de indiferencia en los ojos de aceituna de la joven, miróla de frente y dando una tonalidad alegre a su rostro enjuto, sentenció:

—¡Y me ha pedido tu mano!

Euria no supo qué contestar.

La sola idea de su unión con el aldeano braquicéfalo le producía escalofríos.

Aquel hombre no sólo no sabía leer ni escribir, no sabía hablar.

Y en su cerebro repercutieron las voces onomatopéyicas del beocio:

—¡Era horrible!

Y en sus ojos, en aquellas dos esmeraldas desprendidas de áurea corona ducal, nacieron las perlas líquidas de un rocío amargo.

Lágrimas que al abuelo antojaronsele de alegría y volviéndose hacia su mujer hablóle en eúskaro, mucho tiempo...

Euria Massard levantóse del sillón y se encaminó a su cuarto.

En la soledad de su rústica alcoba, lloró durante largo rato y volvió a repetir su plegaria.

—¡Por los caminantes perdidos en todos los territorios euskaldunas!

Y como tuviera un presentimiento que le hizo recordar las jóvenes repúblicas de América, añadió:

—¡Por los caminantes extraviados en todo el universo!...

## AÑORANZA

Hoy vivo la ilusión de aquellas horas
Que borrara implacable mi destino;
Horas de bendición, lejanas horas
En que todo mi amor fuera caprino...

Olor de orujo siento en soñadoras
Nostalgias de mi antiguo desatino;
Horas de bendición, lejanas horas
De miel dorada y de gustor de vino...

Horas en que el placer fuera oficiado
Tras el alcor florido, en el collado,
O en el huerto fructífero y sombrío;

Horas de amor de sólidas zagalas
Para brindar sin ciencias y sin galas
El buen mordisco y el furor cabrío...

René ZAPATA QUESADA

# PRIMO DE RIVERA, el hombre de España

*El Gobierno de España ha salido del reciente conato subversivo, cuyos detalles se conocen más fortalecido si cabe y mejor dispuesto para la empeñosa obra de reconstrucción que emprendiera desde el primer momento y que ha proseguido con infatigable ánimo a lo largo de un ciclo de fecunda actividad pública. Tal es la impresión que recoje el espíritu desapasionado, tanto al observar el presente de la península como al volverse para contemplar el pasado inmediato, es decir, al hacer una revisión juiciosa de la labor del actual Gobierno con relación a la desarrollada por sus predecesores en el poder. Del paralelo despréndese naturalmente la certidumbre de que España no puede sino acompañar con su confianza entera — como lo puso de manifiesto — al militar y ciudadano ejemplarísimo que afrontó con arriesgada espontaneidad la tarea de restituir a la Madre Patria el pleno dominio de sus fuerzas morales y materiales, y el sentido estricto de su responsabilidad y grandeza históricas. Nos referimos, desde luego, al General D. Miguel Primo de Rivera. Esto es harto notorio y parecería superfluo señalarlo; pero conviene repetirlo, sin embargo, ante la alharaca antipatriótica del elemento que en el exterior de España pretende utilizar la circunstancia con fines interesados, echando sombras sobre el fervor popular español que rodea al Directorio.*

*¡Qué acontecimiento ínfimo para perturbar la conciencia sana de España! Si el hecho de que la fracasada y ridícula tentativa contara con el apoyo desaforado de las izquierdas extremas, no precisamente del socialismo organizado, que apoya al Gobierno, no fuera suficiente indicio de la naturaleza aberrante de sus propósitos, el detalle de que sus dirigentes pertenecen al antiguo caciquismo político, desalojado hace seis años de la vida pública española, es por demás sugestivo. Se*



*trataba de retrotraer al país, por medios de fuerza, a la situación política y seudo constitucional anterior al nuevo renacimiento de España. El movimiento, madurado penosamente, debió llegar al instante supremo para revelar su absoluta inconsistencia y la falsa base sobre el cual había sido tramado. Su promotor se encontró solo en medio de todos, y aquellos que por sugestión, error o interés hablanse comprometido a seguirlo, no se atrevieron a hacerlo por pudor de conciencia y por hallarse más ciertos del desastre que acompañaría a la tentativa. En efecto, ausente de España durante muchos años, el animador de la efímera subversión no se encontraba, como sus solidarios escasos de la península, ante la evidencia clara de que el pueblo no podía ser arrastrado por los cabellos a una lucha criminal contra sus ideales y contra el Gobierno legítimo al que estaba confiado totalmente. De ahí el aborto del conato, y la condenación unánime que cubre a sus principales organizadores.*

*A todo ello el General D. Miguel Primo de Rivera, supo responder con una actitud de firmeza y dignidad extraordinarias. Supo colocarse por encima de las circunstancias, velando por la tranquilidad colectiva y por el prestigio internacional de la Madre Patria. Sin producir un sólo acto de violencia desbarató la estratagema revolucionaria, dió caballeresca reclusión a los responsables, entregándolos a la justicia, y tornó, así, tranquilo y seguro como nunca, a la obra múltiple que viene cumpliendo con tesonero esfuerzo y loable inteligencia.*

*¿Qué quedará, pues, de la inquietud artificiosa esparcida por el ademán antipatriótico de los hombres que, expulsados por el pueblo de las altas direcciones del gobierno de España, quieren regresar a ellas por el camino torcido y peligroso de la subversión? Unicamente el gesto del general D. Miguel Primo de Rivera y la integridad moral del Ejército, que no pudo ser quebrantada. España está prieta, compacta, alrededor de la ilustre figura del Presidente del Directorio. Sus enemigos se han agotado en una tentativa aniquiladora, que no tendrá otras consecuencias que demostrar al mundo el fuerte arraigo y la simpatía de que goza su Gobierno. Las multitudes frenéticas que aplaudieron su paso por las calles de Madrid pocos momentos después de haberse producido los sucesos interpretan la cálida admiración con que todos los pueblos contemplan la formidable obra de reconstrucción española que ha realizado y que realiza aún, con todo el vigor de su genio.*

# MUERTE DE JUAN CRISÓSTOMO

Por Sebastián Gomila

Ni produjo sorpresa grande ni causó profundo duelo.

Juan Crisóstomo, pensador de fuste, había sido hallado sin vida en un rincón solitario. Su muerte fué calificada de natural.

El facultativo tenía razón. Fisiológicamente aquello era lo más natural del mundo.

Nada de crimen. Nada de suicidio. Nada de accidente.

Juan Crisóstomo debió de morir sin darse cuenta. Una muerte apacible, dulce, piadosa. Parecía dormir.

¡Qué cosas tenía Juan Crisóstomo!

Se recordaban ahora sus salidas, sus desentonos, su carácter especial. ¡Qué concepto de la vida el suyo, tan en pugna con la realidad!...

¿Soñador? ¿Orate? ¿Utopista? ¿Excéntrico?

Juan Crisóstomo tendría al morir unos cincuenta años. Se había casado a los veintiocho. Creó un hogar tranquilo, al parecer. Y aquel hogar tranquilo pasó a ser dichoso, también al parecer. En cuatro años y pico, tres niñas como tres soles. Su mujer, una madraza. El colmo de la virtud. Una maravilla casera.

¿Bastaba esto para satisfacer a Juan Crisóstomo? Era suficiente para otro que no fuera Juan Crisóstomo.

La disparidad apenas se traslucía. Y sin embargo no eran marido y mujer almas gemelas. Mediaba entrambas un abismo. La de Juan Crisóstomo, complicada, aunque exquisita. La de su consorte, toda llaneza, tirando a vulgaridad.

El desacuerdo provino lentamente, casi imperceptiblemente. Una larga serie de pequeñas disensiones, ligeros choques, diferencias insignificantes...

Pero se producía lo más contradictorio del mundo. La vulgaridad era tenida por cordura, y la exquisitez, por singularismo. El caudal ideológico de Juan Crisóstomo, su sensibilidad, chocaban a las gentes. ¡Qué demonio de hombre, con sus ideas extraordinarias y su manera de ser! La pobreza mental y la miseria espiritual de su mujer, en cambio, no chocaban a nadie. Eran lo usual y corriente.

* * *

Las tres niñas habían crecido, eran ya mujeres. El hogar de Juan Crisóstomo era una paraíso a los ojos de los demás, y un purgatorio para el interesado. No llegaba a un infierno porque el interesado reprimía sus impulsos y ocultaba sus escozores.

He aquí que Juan Crisóstomo concebía la existencia en una plano superior que creara el antojo. Sin ser poeta, era un imaginativo. Había producido obras excelentes y aventurado ideas sumamente originales. Había quemado sus cejas en el estudio y la creación de algo muy noble y muy elevado... Ni lo entendían los extraños ni lo apreciaban los propios. Faltaba saber si lo aceptaba la élite.

Pareció invadido por una tenaz misantropía. Su casa, que él llegó a imaginar un santuario era un depósito de ramplonería. Todo prosa. Harto doméstico.

Sorprendía al dos por tres, no ya la incomprensión, sino el desdén. Llegó a descubrir miradas despectivas y sonrisas casi burlonas. Creyó ver palpitando en los labios de su mujer frases de este tenor: "¡Pobre Juan Crisóstomo!" Y en los ojos de las tres hijas ver brillar un asentimiento ofensivo.

No se le admiraba. Se le compadecía. La admiración se reservaba a la modista, al peluquero, el perfumista. La afición era al deportismo, los tés danzantes, los afeites, las tertulias, la chinchorrería elegantona... ¡Qué había de valer aquel marido y padre que no conseguía tener automóvil...!

El hacía por el espíritu, vertía su espíritu, se anegaba en espiritualidad. Y en lo íntimo hallaba lo inarmónico, lo material, una pugna sorda, una insidia disimulada más o menos.

Quería él ser hombre superior, elevarse sobre el nivel ordinario. Y en el punto más firme, la familia, resultaba un monigote, o un bicho raro; hallaba, no un apoyo moral, sino una tabla resbaladiza. La estatua del ridículo en un pedestal de buen tono.

¿Con qué alientos iba a reñir batalla contra lo grosero y lo vacuo si sus ideas nacían en un ambiente tan depresivo, si las ahogaba, apenas nacidas, una atmósfera de frivolidad y estoicidez...?

* * *

Sin poder decirse que se agrió su carácter, es lo cierto que un rictus especial se estereotipó en su boca. Lo contemplaban como idiotizado. Acogía maquinalmente las cortas muestras de afecto. Padecía descuidos y distracciones que daban risa o motivaban chispas de protesta.

Luego le dió por la soledad. ¡Cómo amaba la soledad!... Desaparecía del domicilio durante horas y horas. Volvía hecho un autómata. Comía sin apetito. Le agobiaba el insomnio. Alguna que otra vez soñaba en voz alta. En sus escritos se descubría cierta incoherencia...

El coro de amistades, como eco del sentir de los propios, llegó a decir:

—¡Es cosa perdida!

La esposa, entre apenada y rígida, le insinuó:

—Debes consultar a un médico.

Y en el rostro de Juan Crisóstomo hubo de apuntar la extrañeza. Una extrañeza que remató en un encogimiento de hombros.

¡Consultar a un médico!... ¡Pero si él comprendía su mal! Y lo reputaba incurable. Era un déplace. Se moría de asco. Había luchado vanamente contra lo invencible:

Y sin duda fué el asco lo que lo mató.

¡Muerte más natural!...

# "Las descentradas" Obra de Salvadora Medina Onrubia que constituirá el éxito de la temporada



Señora Salvadora Medina Onrubia

*La interpretación de la enjundiosa pieza, confiada a la Compañía de Angelica Pagano, será, también, un triunfo de la escena Argentina*

## LA AUTORA

Salvadora Medina Onrubia, la admirable poetisa de "La Rueca milagrosa", la singular novelista de "Akasha", ha dado a la Compañía de Angelina Pagano una pieza dramática que servirá de presentación a este conjunto, en el cual se destacan un núcleo de figuras ponderables de nuestra escena, y que constituirá fuera de dudas el éxito de la temporada teatral en ciernes. "Las descentradas" se llama la obra de Salvadora Medina Onrubia, y reune ella una serie de valores superiores que la autora supo acreditar palpablemente en su anterior labor intelectual.

La poetisa de "La Rueca milagrosa" ha madurado un nuevo período de vida de su espíritu. Por más que su actitud humanista continúa siendo la misma y se nutre de los elevados ideales de perfección social que la animaron siempre, es indiscutible que sus conceptos, sino su miraje ideológico, han cambiado de ruta y se basan fundamentalmente en una noción religiosa del mundo y del arte. Su inquietud pudo advertirse diversamente. "Akasha" fué ya una cultivada expresión de la modalidad cambiante de su espíritu. Esta novela, que impresionó al punto de merecer el calco culpable de uno de nuestros escritores de nombradía mejor cimentada, se desenvuelve en la atmósfera sugestiva e inaprehensible del alma. El avatar la mensipcosis, esos profundos e intrincados problemas que plantean la ciencia y la religión contemporáneas y que tienen su origen recóndito en la sabiduría oriental, asumen en la novela de Salvadora Medina Onrubia una fuerza y claridad decisiva, pesando sobre los actos de sus personajes, arrancados vivos a la realidad de nuestras altas esferas. Estábamos lejos del sentimiento sutil de "La Rueca milagrosa".

Por más que la esencia poética es gracia divina y se confunde con el misticismo, el espíritu de la autora se mostraba en "Akasha", seguro de sí mismo, dominador de sus orientaciones y de sus emociones. La atención intelectual se concentró por momentos en Salvadora Medina Onrubia. Interesaban vivamente los caminos inéditos de su espíritu y había espectativa por lo que nos dijera... ¿Cómo no explicarse, pues, que el anuncio del estreno de **"Las descentradas"** conmoviera al público culto de la metrópoli?

## Fragmentos de la obra

*Elvira.* — *Adelina es un símbolo; espera su príncipe azul hace por lo menos* **40** *años.* — *Y el príncipe no llega. Ella luce sus virtudes en visitas, en fiestas, en toda clase de perigundines. Y como esa muñeca de vidriera que nadie compra, se aja, se destiñe. Aparecen las canas, se dibujan las arrugas y el príncipe, empeñado en no llegar. Y Adelina practicando el heróico deporte de la (caza de la cana), saliendo con velo, sentimentalizado...*

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

*Elvira.* — (Empieza vagamente y se exalta a medida que habla). — *Ser joven, ser bella, ser amada... Es nuestra misión. Lo único hermoso que nos da la vida. Y la misma vida nos lo va quitando. Hoy una cana, mañana una arrug. Oh, el triunfo de vencerlas. Por una hora, por un minuto, pero vencerlas. Porque la belleza, joven, fresca, verdadera...* (A Gracia)... *como la tuya ya no es belleza, porque es inconsciente. Si yo fuera hombre, me enamoraría solo de una mujer marchitándose, pintada sabiamente de manos pálidas, y ojos ardientes.*

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

*Gloria.* — *...Estorbar, no estorba pero sobra. Todo lo que hay aquí de talento está demás. Lo verás.*

*Mi tocaya es el premio del genio; pero para llegar á ella el genio no basta. Hay que trabajar. Ella ama a los obreros rudos que se les sacrifican..., que sangran por ella. Es una vampiresa. Por eso siempre, el que triunfa es el más trabajador, no el más inteligente. El sueño vago inerte, qué hermoso es!...*

*Si yo pudiera de un modo rápido y magnífico fijar lo que vive en mí muchas veces! Al escribirlo, entre las líneas negras, rectas, iguales, se va el calor del alma queda la forma fría. Y huye el sueño. Y no puede asirse el sueño para atarse al papel... Esto...* (por las pruebas), *tal vez sea tonto, mediocre, pero aquí....* (LA FRENTE): *era bello... oh, bello!... Era sangre de mi alma.*

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

*Elvira.* — *Todos empiezan escribiendo para sí mismos y terminan escribiendo para los demás. Está tan lleno de sueños el principio de todos los caminos. Sueña una con dominar a la vida con ser algo, con tantas cosas. Hasta sueña con vivir espléndidamente para la humanidad y termina viviendo ferozmente para sí misma. Y se van dejando atrás los sueños, se va uno enfangando...*

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

*Gloria.* — *Como todo en la vida... sólo dejo fuera a las pobres caídas, a las pobres hermanitas, a las que puso su destino a un margen de la vida.*

*Elvira.* — *... Hay en ellas una sub categoría.*

*Gloria.* — *Déjalas, esas no pasan. Esas son muertas. Bueno la gente no ve más que dos categorías de mujeres; las que se llaman mujer del hogar, porque no cabe en otra definición, aunque las otras manejen su hogar mejor que ellas, y esas feas marimachos. Entiendo que en todo hay infinitas gradaciones.*

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

*Gloria.* — *Ah, las cabecitas rubias y morenas.* (Otra pausa. Quedan ensimismadas). *Los hijos es la única verdad de la vida. Yo me defiendo de su recuerdo quiero echarle un candado en el alma, quiero tener valor. Y me aturdo y me rodeo de todos estos muñecos que forjo que son algo hijos míos también.* (Por los papeles).

*Y de repente todo se desvanece, veo sus caritas, los oigo reir, y extiendo los brazos y no hallo más que vacío; y ellos allá criados allá no quedaran a comprenderme jamás... Oh, y yo misma no sé lo que quiero. A veces pienso que fuí una loca corriendo tras un fantasma; que la verdad estaba allí en aquella angustia que no era mayor que ésta. Y quiero llenar mi vida con esta pobre ilusión de desesperada. Pero no es posible; estoy sola, todo está vacío. En estos días contigo revivo de los días de mi divorcio... Será por eso.*

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

Desde luego el nombre de Salvadora Medina Onrubia es una garantía de probidad artística y de elevación intelectual que asegura el éxito de su obra.

## "Las Descentradas"

"Las descentradas" gira alrededor del problema espiritual de la mujer moderna. Decimos esto porque entraña no un caso exclusivo, sino la vasta trascendencia de un asunto que interesa igualmente a todas las mujeres. En realidad la protagonista identifica a la mujer contemporánea, representándola con sus afanes múltiples con gos en que abunda "Las descentradas", un estado de conciencia y de espíritu desgarrador: "¡Ah, las cabecitas rubias y morenas! Los hijos! Es la única verdad de la vida. Yo me defiendo de su recuerdo, quiero echarle un candado al alma, quiero tener valor. Y me aturdo y me rodeo de todos estos muñecos que forjo y que son algo hijos míos también. "La figura creada por Salvadora Medina Onrubia adquiere la intensidad vivida de un símbolo. Cuando ella logra deshacerse de la mentira que la circunda y que la trueca a pesar suyo en un tipo diferente de lo que es en su realidad íntima, es





Señora Angelina Pagano

sus angustias, con las inquietudes propias de su ser, en lucha con la hostilidad y los prejuicios del medio. La libertad de sus sentimientos es resistida por las normas morales que, la sociedad, por tradición e intereses, ha asignado a la mujer sin preocuparse de que así violentara sus más naturales y espontáneas razones y la ilusión superior de su vida.

Qué fuerza dramática surge de la situación de alma que plantea frecuentemente el problema y que recién nos fué dado conocer a los hombres a través de una mujer que se confiesa por entero en su obra. ¡Qué honda y definitiva conclusión aquella que la autora pone en labios de Gloria y que refleja, como los centenares de hallaz-

decir cuando se descubre y se muestra en la descarnada belleza de sus sentimientos, la sociedad se une para perseguirla y condenarla. Pero su sacrificio la enaltece, y con ella triunfa su espíritu y se redime la grandeza de su amor.

Los tres actos de "Las descentradas" se desenvuelven en la sutil habilidad dramática que distingue la labor de Salvadora Medina Onrubia. La autora supo sortear con notable certeza todas las situaciones que plantea el problema que trata, elevándolas con la enjundia de su pensamiento, con la pureza de su poesía que alcanza a menudo períodos sugestivos — y con la armoniosa sencillez de su lenguaje.

"Las descentradas" afirma seguramente la personalidad de Salvadora Medina Onrubia, incorporándose por sus culidades excepcionales — que no pasarán desapercibidas al público — al acervo dramático argentino tan necesitado de obras como ésta. Llevada a escena por la Compañía de Angelina Pagano, una de las más puras glorias del teatro argentino, cuya fama ha trascendido justamente a la escena extranjera pondrá en la Compañía que anuncia el estreno de la pieza de Salvadora Medina Onrubia, una noble y honrosa dedicación a la elevación de nuestra escena.



Señor F. Defilippis Novoa



lina Pagano, que dirige el notable autor D. Francisco Defilippis Novoa y que cuenta en su conjunto con figuras relevantes como la primera actriz Gloria Fernández, las actrices Blanca Vidal y Teresa Serrador y los actores Domingo Sapelli y Carlos Morales, el éxito de "Las descentradas" será a la vez un éxito de representación. La inteligencia y la experiencia de An-

## Haciendo memoria

—Buenos días, don Bruno.

No recuerdo de usted, señora.

—Soy Tecla Clarín, viuda de Trompeta.

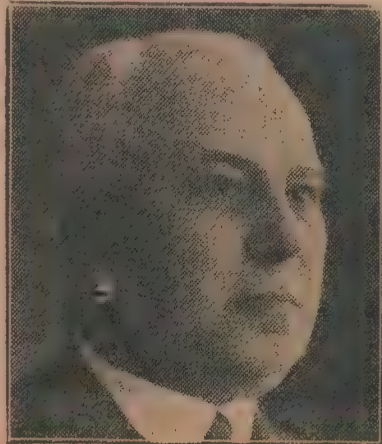
—¡Ah, sí!, me suena, me suena.

# La municipalidad de Lobos realiza una obra administrativa vasta y eficaz

En el año 1779, se fundó un Fortín en el lugar donde hoy se halla el pueblo de Lobos. Existen datos acerca de su población, con carácter oficial, desde 1815, pero solo aparece figurando como partido en la división judicial de la campaña que se dispuso por decreto del 25 de enero de 1830. Los límites del éjido fueron fijados por primera vez el 24 de Febrero de 1865. Su fundación se debe, según la tradición, a don José de Salgado, y es ésta la causa, sin duda, por la que el patrono de la parroquia, fundada en 1803, sea San José.

La superficie del partido es de 1725 kilómetros cuadrados y se halla entre los de Cañuelas Roque Pérez, Monte, Las Heras y Navarro, a 99 kilómetros de Buenos Aires.

Y bien, Lobos, cuyo origen fuera el Fortín establecido en 1779,



Senador Enrique Ratti, ex-intendente y propulsor del progreso de Lobos

ha ido, a través del tiempo, cobrando relieves propios, hasta convertirse en una ciudad próspera, donde las industrias y el comercio han adquirido suma importancia.

Es Intendente del partido el señor Juan Ratti, y el H. Concejo Deliberante está compuesto por personas activas, cuyas aspiraciones tienden al mayor progreso de la comuna. Es presidente del H. Concejo, el señor Francisco Vilán y Concejales los señores Juan T Viale, Tomás Benítez, Emilio Olarieta, Roque Dotta, Roberto Arata, Manuel Luluaga, Dr. F. J. Díaz, Eulogio M. Berro, Carlos Viana, Benito Comba, R. Moore, José Eguinar y Nicolás Agolia.

El actual Intendente, señor Juan Ratti, contando con la decisiva cooperación del H. Concejo Deliberante y lleno de entusiasmos y voluntad, como todos sus antecesores radicales, dedica su mayor energía y trabajo y aplica el mayor porcentaje de presupuesto a calles y caminos y es indudable que se ha conseguido el máximum de rendimiento, habiéndose llevado hasta el último rincón del partido el buen camino. En esta forma se explica que instituciones que, como el Automóvil Club Argentino, entienden en estos asuntos, manifiesten que los mejores caminos de la Provincia son los de Lobos. Trabajan en ellos, actualmente, cinco equipos municipales, no habiendo ninguno del gobierno a pesar que éstos llegan a los caminos generales.

El señor Intendente es un hombre joven que llega al honroso cargo a que le ha llevado su pueblo, bajo el patrocinio de la U. C. Radical, de cuyo comité local es presidente honorario el actual ministro de Relaciones Exteriores, doctor Horacio B. Oyhanarte, gran amigo de los hombres e intereses de la comuna lobense.

Otra preocupación de la Municipalidad es el Parque, delineado hace 15 años por el ingeniero Carrasco y a él se dedican también todos los entusiasmos y recursos posibles, teniendo determinados, si se consiguen los Bonos Municipales, 50.000 pesos para su mayor embellecimiento.

Por otra parte, la Casa Municipal, Mataderos, Puentes, Alcantarillas, todo se hará en mayor cantidad, contando para ello con la ayuda industrial de los gobiernos Provincial y Nacional.

La última exposición realizada en Lobos y que fuera patrocinada por el gobierno de la provincia, dejó la urgente necesidad de construir un local propio para el desarrollo de las mismas. A esta necesidad también la actual Intendencia asigna un buen porcentaje de energía.

Ahora, para terminar, hablemos de la obra magna, la que mayores beneficios traerá a los pobladores de la gran zona: El Canal Salgado. En esta obra trabajan algunos obreros del gobierno, más ellos son insuficientes, por no haber partida en el presupuesto que le dedique mayores recursos. Y es por esta razón que la Intendencia de Lobos le ha prestado todo el concurso posible dentro de su presupuesto, asignando una fuerte suma a esta obra que reclamada con urgencia, debe ayudar a dar fin el gobierno nacional.

---

### EL DESQUITE

El médico de la aldea mandó un par de botines a componer. El zapatero se los devolvió diciendo que no tenían compostura y al mismo tiempo cobraba dos pesos.

—¿Por qué me cobra usted si no me ha compuesto los botines?

—Hago lo que usted hizo conmigo. Me dijo que mi enfermedad era incurable y me cobró cinco pesos por la consulta.

### EN LA FERRETERIA

—Quisiera una lima para los dientes...

—¡Cómo! ¿Se va a limar la dentadura?

—... para los dientes de un serrucho.



# LA SORPRESA

*—¿Qué tienes, querida? Pareces preocupada.*

*—¿Yo? Nada...; no tengo nada.*

*—No digas eso. Bien se ve que algo te contraría. Vamos, señora, responda usted a su marido, amo, señor y tutor legal.*

*—Puesto que te digo que no tengo nada...*

*—Si no tuvieras nada no lo dirías de ese modo. Vamos, ten confianza; explícate. ¿Qué te ocurre? Demasiado sé lo que significa esa arruguita que se te forma en la frente. Vamos, dime todo.*

*...¿Tan difícil es? La semana pasada estuvimos en el teatro, y volvimos hace dos noches. ¿Quieres que vayamos hoy ¿No? Es decir, tampoco podríamos. Esta noche cenamos en casa de los Bringer, y con este motivo vas a estrenar tu traje nuevo. ¿Es que ha dejado de gustarte el vestido?*

*—No.*

*—¿Es que has recibido alguna mala noticia? En su última carta tu madre te decía que estaba muy bien. ¿Es que se va la criada? ¿Has perdido el bolso, el paraguas, alguna sortija? ¿Es que alguno de los que te galantean ha dejado de cortejarte?*

*—¡Oh! ¡Enrique!*

*—Lo digo por decir, hijita. Ya sé que eres una mujer honrada y que me quieres. Pero quisiera que tuvieses más confianza en mí y me dijeras lo que te preocupa. Vamos, decídete.*

*—Pues bien..., quisiera...*

*—¿Qué quisieras?*

*—Quisiera que me dieses doscientos francos.*

*—¿Doscientos francos? ¿Para qué?*

*—Para... Es una sorpresa.*

*—¿Doscientos francos? ¿Quieres darme una sorpresa de doscientos francos?*

*—Sí.*

*—Eres muy amable queriéndome dar una sorpresa con mis doscientos francos; pero no me parece el momento más propicio, querida. Se acerca Nochebuena, y tendremos que hacer gastos extraordinarios ; tu abrigo nos ha costado muy caro el mes pasado; tu vestido nuevo no está pagado aún, y tampoco he pagado a mi sastre; te doy el dinero que necesitas para la casa... ¿No te parece que doscientos francos para mí, que no necesito ahora nada, es un gasto inútil?*

*—Sí, Enrique. Te aseguro que necesito esos doscientos francos.*

*—¿Para darme una sorpresa? Si te digo, querida, que no necesito nada en este momento. Me basta saber que tú pensabas dármelo, y te lo agradezco igual.*

*—Te aseguro, Enrique, que... quiero que me des doscientos francos.*

*—¡Quiero! Entre nosotros no hay necesidad de emplear esa palabra, querida.*

*—Entonces, te lo ruego, Enrique. Dame doscientos francos.*

*—Me fastidias ya con tanta insistencia. Debías comprender las razones que te he dado. No es este el momento; te lo digo por última vez.*

*—¡Enrique, dame doscientos francos!*

*—No.*

*—¿No quieres dármelos?*

*—Pero...*

*—Una..., dos..., tres, ¿Me los das?*

*—No, no y no.*

*—Muy bien. Puesto que es así, te lo aviso. Me voy a casa de mi madre.*

*—¡Ah! ¡Eso sí que no! Para que tu madre te prevenga contra mí, diciéndote que soy un egoísta y un mal marido, como ocurrió hace seis meses. Tú recordarás las peleas interminables que teníamos a diario, hasta que tuve que rogarle que se marchara a su provincia. Mira, quiero tener tranquilidad. Te voy a dar esos doscientos francos, pero a condición de que me digas lo que vas a hacer con ellos.*

*—Prometido. Dame los doscientos francos.*

*—Tómalos. Y ahora di.*

*—Voy a mandárselos a mamá para que venga a pasar quince días con nosotros.*

WHIP

# LA ISLA DEL ESPANTO

Por Eduardo Zamacois

Frente a San Juan de Puerto Rico, fuera ya de la bahía, y como a dos millas del castillo del Morro, está la isla de Las Cabras. Larga, angosta, con un suelo pétreo, sin vegetación y sus márgenes sinuosas, casi a ras del mar, semeja el lomo rugoso de un caimán muerto. No crecen árboles allí, que el aliento salitroso del océano no lo consiente; apenas si en las hondonadas hay un poco de hierba. Cuando el viento, se aborrasca, las olas, rugidoras brincan sobre el islote, cruzándolo de orilla a orilla, y entonces el ingrato peñasco, inmergiéndose y resurgiendo alternativamente de las aguas espumantes, parece moverse, y es como la quilla de un buque náufrago.

Y es ahí, en ese arrecife inhospitalario, donde las autoridades yanquis han establecido el Hospital de leprosos.

Es inexplicable el miedo—un miedo que casi es un odio—con que la Humanidad mira a los leprosos. Las razas propicias a la lepra o malatia son la negra y la amarilla. Nació este dolor en los siglos primitivos, junto al Nilo, y pronto invadió el Asia; luego ganó las costas de Grecia, y fueron soldados de Pompeyo los que, siglos más tarde, lo trajeron a España. La lepra, llamada también gafedad, parece vinculada al pueblo hebreo; Moisés habla de ella, y una ley mosaica obligaba a los aquejados de esta enfermedad a vivir en despoblado, a llevar la cabeza rapada y al aire, y tapada la boca, y a decir su mal a grandes voces para que nadie se les aproximase y evitar el contagio.

Ese asco, ese aborrecimiento al malato, son universales; los sintieron los pueblos más antiguos, lo sintió la Edad Media, y la América actual lo siente también.

¿Por qué?...

No es un movimiento irreflexivo de conmiseración, sino la misma etiología del mal lo que nos dicta esta pregunta. Motiva la lepra el bacilo de Hansen, que se halla frecuentemente en las mucosidades nasales, lo que ha sugerido la hipótesis de que su asimilación se verifica por la nariz.

Toda la evolución de la terrible enfermedad ha sido estudiada. Hay en ella tres momentos, tres fases capitales. El período de "Incubación", durante el cual los gérmenes van desarrollándose, y que puede durar de diez a treinta años: período de "invasión", caracterizado por síntomas de anemia progresiva, caquexia, cefalgia, disnea, vértigos, etc., y período de "estado", que señala el triunfo definitivo de ese mal irreductible, ante el que la ciencia, ¡todavía!, se cruza de brazos. Tampoco sabemos fijamente cómo el daño se propaga: unos lo creen hereditario, otros contagioso, y ambas aseveraciones se cimentan en razonamientos y datos de gran peso.

Esta diversidad de criterios demuestra cuán arbitraria es la persecución de que son víctimas los leprosos. Si su carroña es hereditaria, no debemos temerla; si es contagiosa, sí; pero, en este caso, ¿por qué la sociedad, tan tolerante con la sífilis y la tuberculosis—los dos azotes contagiosos por excelencia—persigue implicable a la lepra?...

Los infelices leprosos llevan en su tara una sentencia a cadena perpetua: se les delata, se les encierra. En cambio, nadie se opone a que un sifilítico se case; y en cuanto a la tisis, ha llegado a ser una enfermedad "literaria" y hasta una "moda". ¿Cuántos millares de mujeres, después del primer desengaño amoroso, no habrán querido —a imitación de Margarita Gautier — escupir su juventud en su pañuelo de encajes?...

El origen, por tanto, de la repulsión que esa podredumbre inspira, es quizá una cuestión de estética; el horror a esas manos sin dedos, a esos rostros de pesadilla, sin nariz, sin labios, que muestran a veces los maxilares por entre pingajos de carne leonada o verdosa; de carnes que tienen el color de las aguas corrompidas... Acaso también el odio a la lepra lleve consigo reminiscencias religiosas; la antipatía secular a la raza judaica, ese extraño pueblo maldito y sin patria...

¿Quién sabe?... Lo indudable es que la crueldad y el asco con que se trata a los leprosos, es uno de los crímenes colectivos más graves de que la humanidad debe avergonzarse.

---

En esa isla que llaman de las Cabras, y que mi corazón llamará siempre "la isla del Espanto", habrá cerca de cuarenta pacientes, de los cuales el más antiguo, el decano, llevaba 27 años encerrado allí. La vigilancia a que la Sanidad los condena, es severísima, y muchos, desesperados, convencidos de su dolor sin término, han querido suicidarse, arrojándose al mar.

Exceptuando a las familias de los malatos, que pueden ver a sus deudos cada quince días, nadie, que no lleve una autorización especial, desembarcará en el peñón maldito. Un peluquero va a prestar sus servicios allí hebdomadariamente. Los alimentos son enviados desde San Juan, al por mayor, una vez al mes. El tratamiento médico se reduce a una inyección semanal de aceite de chaulmoogra, que no extirpa el mal, pero que lo alivia; esto es: que lo prolonga.

No hay cura; cuando algún enfermo fallece, se le entierra sin ceremonias. Los reclusos viven aislados, o en grupos de tres o cuatro, en pequeñas casucas de ma-

dera: las mujeres, a un lado; los hombres, a otro; y de noche, dos serenos recorren el islote para impedir que el amor, más fuerte que las peores abominaciones de la carne, encienda su antorcha. Pero el Deseo triunfa de todo: de la fealdad, de la podre, de las leyes, y en aquel centro de muerte y de oprobio casi todos los años nace un niño...

El fotógrafo que nos acompaña pretende retratar algunos enfermos. Ellos, los hombres, acceden en seguida, abúlicos, inertes, y se dejan colocar como si ignorasen de qué se trata. Las mujeres, en cambio, se esconden; a pesar de su horrible laceria, su prurito de agradar no se ha extinguido; nadie las verá; su fealdad quedará sepultada allí, bajo aquella misma tierra que hoy huellan con sus pies, y que en un día cercano ha de cubrirlas.

Sin embargo, transcurridos algunos minutos, vuelven a mostrarse: han reflexionado...

—Nosotras nos retrataríamos —dicen— si ustedes nos permitiesen arreglarnos un poco.

—Sí, sí — exclamamos conmovidos—; lo que ustedes quieran.

Reaparecen a poco: unas vuelven vestidas de blanco; otras de azul o de rosa; ésta se ha rizado los cabellos; aquélla se ha calzado unos zapatos bonitos o ha ceñido graciosamente a su garganta la policromía criolla de un pañuelo de seda. Las hay chinas... negras... y todas nos miran, y sus rostros desfigurados, tumefactos, parecen máscaras de pesadilla.

—Si ustedes me dan un retrato, se lo enviaré a mi madre.

Otra, que escribe versos, habla de la alegría que las produce ver pasar los barcos.

—Estamos histéricas —agrega—: una mañana, por ejemplo, nos levantamos alegres y cantando; reímos; parecemos colegialas. De pronto cualquiera de nosotras, por cualquier motivo, se echa a llorar... y todas lloramos... ¡sin saber tampoco por qué!...

La Medicina señala tres clases principales de lepra: la anestésica, la tuberculosa y la asiática o mutilante. La última es, si no la peor, la que roe los pies y los convierte en muñones amorfos; es la que se lleva las orejas, la nariz, los dedos de las manos... Lo característico de este mal es que priva a las extremidades del cuerpo de su sensibilidad. En el leproso, el sistema nervioso periférico es incompleto, particularmente en los miembros; y así, su tacto suele desvanecerse a la altura de los codos, o de las muñecas, o de las rodillas. Su conciencia termina ahí; lo que debe producirles la emoción de no tocar el suelo, de hallarse suspendidos en el aire. Es una soledad nueva, dentro de la espantosa soledad de su cárcel.

Las enfermas, a quienes nuestra visita ha regocijado, ya no quieren separarse de nosotros, y los adornos que se colgaron enfervorizan el contento de aquellos cuerpos moribundos, que, vestidos de fiesta, tienen la alegría triste de las tumbas florecidas.

—Aquí — exclama una de las más jóvenes — celebramos la Nochebuena cantando y bailando. También festejamos mucho el "cuatro de Julio", aniversario de la independencia de los Estados Unidos. Ese día el comercio de San Juan nos envía flores y dulces, y viene un cura a decirnos misa...

Estas palabras han sido oportunas. Alrededor de la que acababa de hablar, los rostros amarillentos, verdosos, mutilados, sonríen...

Hemos visitado la malatería: la cocina, el comedor, los pequeños dormitorios, adornados con imágenes religiosas, postales y retratos, y en los que zumba, agorero, un enjambre de moscas. Salimos luego a recorrer el islote, y, saltando por entre malezas y peñascos, llegamos al camposanto, formado por una veintena de toscas cruces de madera hincadas a capricho entre la hierba. Ni una piedra, ni un nicho. ¡Ni hace falta!

Porque has de saber, lector, que jamás vieron ojos humanos cementerio más solemne que ese miserable cementerio de leprosos. Es allí donde los cuerpos, medio podridos, en vida, continúan ahora pudriéndose — ¡y qué aprisa lo harán!—; es allí donde aquellas almas, obligadas por las leyes a perpetua reclusión y a perpetuo silencio, siguen callando en el anónimo definitivo de sus fosas sin epitafio; y sobre esos seres a quienes se les negó el derecho a amar y a pensar... — ¿para qué nacieron entonces? — la eternidad del Océano y la eternidad de la Cruz, que abre sus brazos cual si entre ellos quisiera serenar y endulzar toda la amargura del piélago.

¡Oh!... ¿Qué artista sabría decirnos la desolación infinita de una cruz en una playa?...

.. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. ..

"¡Isla del Espanto!"... Cuando me separé de tu orilla, era tal la pesadumbre, la piedad que rebosaban de mi corazón, que en la lancha que me llevaba me senté de espaldas a tí... y no tuve valor de volver la cabeza.



EL CLIENTE (quejándose de la calidad del jamón). — Oiga usted, camarera, ¿a esto le llama usted cerdo?

LA CAMARERA. — ¿A qué extremo del tenedor se refiere usted?

## CANCION DE LOS NIÑOS

A José Rossi, cantor de "Ofrenda"

Noche de luna. En el jardín, los niños
cantan a coro no sé qué canción,
que a la vez dice de la alegre infancia
y de una triste juventud de amor...

Noche de luna. En éxtasis el alma.
La rosaleda toda en floración.
El aire se da en música de sueños
y en gotas de rocío el surtidor...

Interín, por los breves caminitos,
anda y anda el errante evocador...
La luz astral esplende en el espacio
y hacia otros mundos vuela la canción...

## LA FUENTE

Todos los días siento en mi interior, un leve
rocío que se esparce diáfano y tembloroso,
y que, como la tierra que la lluvia conmueve,
gusto, entre alegre y triste, su riego prodigioso.

Tiene no sé qué flúida ondulación de gasa
y el amoroso halago de la virtud propicia:
porque, a través del sueño de la hora que pasa,
la carne y el espíritu su frescor me acaricia.

Es bendición de cielo, que yo mucho agradezco
desde que, transportado casi a otra existencia,
bajo su simple gracia como un rosal florezco...

Y pienso ¡ah! que manando su milagro de vida,
debo tener de hace años quizás por providencia,
dentro del corazón una fuente escondida!

*Santos Aguilera.*



## Pleito curioso

En el tribunal de justicia de Budapest se ha fallado un pleito curioso.

En el año 1858 se construyó la sinagoga grande y monumental; y como es costumbre en aquel país, muchos fieles judíos ricos adquirieron en propiedad los mejores sitios o localidades.

Con el tiempo los herederos de aquellos propietarios cambiaron de religión, particularmente en el año 1921, durante el terror blanco, y el Consejo Comunal Israelita, en asamblea general y solemne, acordó quedarse con la propiedad de las localidades de los renegados.

Varios de éstos acudieron a los tribunales reclamando la propiedad de los sitios fundamentando su demanda en la razón de que el cambio de religión no puede influir para nada en el derecho a la herencia legítima.

El tribunal falló en favor de la comunidad, basando la sentencia sobre el siguiente punto de derecho:

"Es imposible suponer que los fundadores y constructores del templo, que fueron judíos fieles, admitiesen que los hijos que abjuran de la fe milenaria de sus antepasados hereden sus lugares en la santa casa que ellos construyeron para convertirlos en mercancía de compra-venta. Solamente pueden heredar estos sitios los que los dedican a la oración y al culto religioso".

# VISION DE ARTE

## Por Eugenio María Hernández

Ya se hablaba de la próxima exposición y aún no había pintado "su cuadro" Hidalgo. Nada tenía preparado. Ni siquiera sabía lo que había de pintar.

Los amigos no creían sinceras sus manifestaciones. Había hecho algo que no quería enseñar. Tenían puesta en él su confianza. Era de los grandes.

Los cuadros de Hidalgo no eran "bonitos", como los de Murillo. Tenían no sé qué de doloroso y enérgico. Sus tonos, casi siempre oscuros, les daban una seriedad no exenta de elegancia. Algo de ese espiritualismo de las figuras del Greco campeaba en sus lienzos. Sacrificaba muchas veces la forma, aparentemente correcta, al movimiento de las figuras.

Velázque, el Greco y Goya, fueron sus maestros. En ellos perfeccionó su gusto, ya sano y fuerte desde un principio. Copió muchos de sus cuadros, a veces con una realidad, con un verismo, que parecía haber en aquellas copias algo del alma de los originales. Por algunas copias le hicieron valiosas ofertas. Pero él nunca aceptó.

Cuando algo suyo llamaba poderosamente la atención, lo regalaba a un museo o a una galería artística; y, así, todos, sin esfuerzo alguno, podían admirarlo. El arte no debe mercantilizarse. Todos los artistas — los verdaderos artistas — debían ser ricos o, en otro caso, ponerlos el gobierno en condiciones de poder vivir, sin claudicar, sin hacer una mercancía humillante de sus obras y ¡otra sería la orientación del arte en las naciones, otro su rumbo!

Una mañana marchaba Hidalgo al azar por un sendero sobre una baja colina. Llevaba la mirada perdida a lo lejos, en el espacio diáfano, caldeado por un sol sofocante de pleno estío.

Las pisadas de un caminante distrajeron su atención (apartándolo de los mil bocetos que iba trazando en su imaginación, para escoger entre ellos el que definitivamente había de pintar), y dirigió la mirada hacia la carretera.

El sol, como un círculo de acero al rojo blanco, brillaba allá lejos, en lo alto, y lanzaba flamígeros destellos en todas direcciones que, cerca de la tierra, se convertían en cálidos rayos de luz. Algunos, al llegar al suelo, sufrían una reflexión que, al volverlos al espacio, lo caldeaban todavía más. Ni una ráfaga de aire, ni una brizna de verdura, ni una gota de agua. Calor, sequía, rastrojos blancos, hojas amarillo-rojizas;... y, en el fondo, a lo lejos, apareció la figura del caminante. Alto, fuerte de contextura y pobre de carnes, con una barba blanca y enmarañada, con la que se confundían los cabellos lacios y el bigote espeso y que casi por completo cubría las mejillas. Entre este laberinto de hilos de plata, chispeaban dos ojuelos verdes, tristes y claros, cansados. y se adivinaban los labios, mustios y exangües. No llevaba sombrero. Sobre la espalda, un morral; en la mano derecha, un palo grueso, del que se servía como de un bastón.

Sintió Hidalgo un súbito entusiasmo, como la revelación de algo grande y definitivo. ¿Para qué buscar formas y colores en la imaginación? ¿A qué atormentarse inútilmente imaginando cuadros que podía tomar de la realidad? ¿No era fuerte y enérgico, valiente, aquel conjunto de aridez y pobreza, aquella miseria, aquella falta de vida? ¿No era sombría e inquietante y, al mismo tiempo mansa pacífica, aquella ruina viviente, aquel rostro seco y oscuro, aquel cuerpo fláccido y aquellos cabellos blancos y enmarañados?

Allí estaba su cuadro, en el marco que formaban las colinas a los bordes de la carretera, limitado por el suelo y el espacio. Allí también estaba la figura que había de llevar al lienzo: aquel pobre vagabundo, como un viejo patriarca, como un antiguo apóstol, sucio, pobre, maltrecho, pero en cuyos ojos se adivinaba una extraña luz, como un presagio, como una esperanza, como un anhelo...

Lo llamó a voces. El viejo se detuvo y miró hacia arriba. De un salto se tiró abajo. El pobre se acercó a él.

—Llevo dos días de camino, señor, y no he comido más que un pedazo de pan...

Hidalgo sacó del bolsillo unas monedas y se las dió.

—Dios se lo pague, señor.

Cada vez se admiraba más el pintor. El pobre sería una bella figura. En tono afable le preguntó:

—¿Quiere usted servirme de modelo para un cuadro?

El rostro del mendigo adquirió de pronto un aspecto indefinible, y en sus ojos llameó una luz de codicia. Hidalgo lo advirtió y quiso atajarla cuanto antes. Para vencer toda resistencia se mostró generoso.

—Puede usted servirme de modelo dos horas diarias. Le daré a usted un duro cada vez.

El pobre no comprendía como se le pudiese pagar así lo que tan cómodamente había de hacer.

—Lo que el señor quiera. Lo haré con muchísimo gusto.

—Entonces, vaya usted mañana sin falta a mi casa.

—¿A qué hora, señor?

—Por la mañana. Antes de las diez. — Y le dió una tarjeta con las señas de su hotel.

Separáronse; el pobre bendiciendo al rico, por su generosidad; el rico, alabando al pobre, por su condescendencia que habría de valerle, tal vez, la ansiada medalla de honor.

Hidalgo estaba en su estudio de trabajo, una vasta galería en la que había muebles amplios y muelles, caballetes con bocetos al carbón y a lápiz; cuadros, en las paredes, en un artístico desorden...

Estaba el pintor sentado perezosamente en una butaca, fumando y siguiendo con la mirada el humo de la pipa. Frente a él había un caballete, en el que apoyaba un lienzo preparado para pintar. "Componía" el cuadro de miseria y dolor, lo perfeccionaba, incesantemente... Ya lo veía, ya estaba terminado. Sólo faltaba la figura del viejo mendigo. Y esa no quería imaginarla; deseaba tenerla cerca, para que en nada se apartase de la realidad. Era incapaz de corregir ventajosamente la figura patriarcal del miserable.

Cuando sus pinceles expertos llevasen al lienzo preparado toda su obra, el cuadro que ya había compuesto y corregido en su imaginación, resultaría una obra maestra y no podrían negarle la medalla de honor que nadie pretendía regatearle.

La puerta del estudio se abrió y apareció un criado.

—Señor, hay un hombre viejo y mal vestido que desea verle.

—Hazle subir.

El criado se marchó y el señor quedó pensativo, mientras llegaba el modelo ideal.

—Aquí está, señor.

—Que pase.

Hidalgo no miró. Otra vez veía su cuadro, compuesto, al que sólo faltaba la figura miserable, sucia, harapienta, del viejo mendigo. Cuando volviese la cabeza, al verlo, esta figura entraría en el cuadro, ocuparía el lugar que le correspondía y completaría el conjunto. El cuadro, pues, estaría compuesto del todo, definitivamente terminado. Lo demás, llevar todas esas formas, trasladar esos colores a la tela era cosa fácil para él.

Despacio, para no advertir un cambio brusco de color que rompiese la uniformidad del cuadro que no había dejado de ver ni un momento, volvió la cabeza hacia la puerta, cerca de la que, inmóvil, humilde, estaba el pobre.

Apenas lo vió, lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Qué ha hecho usted!

—El señor me dijo que viniera...

El pintor, enfurecido, no cesaba de mirarle.

—¡Qué estúpido!... ¡Es usted un idiota!... ¡A quién se le ocurre, imbécil!

El infeliz, cada vez más azorado, no sabía qué pensar. Aquel señor debía de estar loco. Por lo menos, algo maniático. La mañana antes le pedía cariñosamente que fuese a su casa, porque quería retratarle; y, cuando lo veía, se escandalizaba y lo insultaba.

La furia de Hidalgo no dejaba de tener disculpa. Aquel hombre no era el que él necesitaba; era distinto del que vió la mañana anterior. Tenía la barba recortada; iba peinado, y el bigote ya no caía lacio y mustio sobre la boca. Para parecer mejor, sin duda, aun a costa de un sacrificio, tal vez, había estado en una barbería, antes de ir a visitar al pintor.

Desesperado, furioso, irrazonable, gritó al pobre viejo que aterrorizado lo miraba:

—¡Váyase usted inmediatamente!

—Señor...

—¡Váyase y no vuelva! ¡He dicho que se vaya!

El mendigo, humillado, salió del estudio.

Hidalgo volvió a sentarse en la butaca, frente al lienzo, y encendió un cigarro, exclamando con profunda decepción:

—Yo quería un viejo miserable y ha venido un hombre calzado y con el traje casi limpio. Además, su barba hermosa y enmarañada, sus cabellos lacios, su bigote espeso y colgante...

Y como si estas palabras resumiesen todo su pensamiento, murmuró despacio y dolorosamente como quien dijera, adiós a una ilusión querida:

—"Es inútil!... ¡No me sirve!"



## Perros Experimentadores de la vida humana

Entre los hindúes se acostumbra educar y alimentar perros de una raza especial con el exclusivo propósito de determinar si una persona está viva o muerta. En esto entra cierta porción de misticismo.

Creen los hindúes que el alma y el cuerpo están unidos por una cuerda de plata invisible para los humanos pero no para los ojos de los perros sagrados.

Estos perros se sueltan para ver el hilo invisible. Si está roto—lo cual sucede cuando la persona está muerta — los perros lo indican por medio de lúgubres aullidos.

Pero si no lo está, aunque la persona esté en estado de inconsciencia, los perros refrenan sus fúnebres señales.

Parece que en esto la ciencia encuentra, más que un hilo de plata, un olfato agudísimo.

# Pensión Excelsior

## Por Mauricio Dekobra

Mi amigo Hugo Toronghbeau vino a buscarme aquel sábado para que pasáramos juntos el fin de semana en su villa de Marlotte.

Al llegar a la verja no pude reprimir mi sorpresa al leer el siguiente letrero:

PENSION EXCELSIOR

*Morada ideal y cocina exquisita.*

*Precios muy económicos*

—¿Pero es que ha cedido usted la villa a un hotelero? —le pregunté.

—No —me dijo.— Lo que pasa es que me aburro aquí solo, y se me ha ocurrido colocar este letrero en la puerta. El hará detener, sin duda, a los automovilistas, que vendrán a quebrar la monotonía de mi existencia. Desempeñaré el papel de cabaretier aficionado; les pediré un precio irrisorio, y las conversaciones de los viajeros serán una amable distracción.

—¿Pero no tiene usted amigos?

—Me aburren, y lo que yo necesito es lo imprevisto. Aun no ha venido nadie; pero espero que de aquí a la noche entre miprimer cliente.

Como la cosa me divertía, bajé a la terraza, que daba a la calle. Hugo, sentado sobre la balaustrada de piedra, contemplaba los paseantes mientras su viejo mayordomo, debidamente uniformado, esperaba en la escalinata. Entre las cinco y las seis tuvimos dos falsas alegrías. A las seis y diez un magnífico seis cilindros se detuvo delante de la verja. Una hermosa mujer apareció en la portezuela.

—¡Atención! —murmuró Hugo—. Si entra, le cedo mi lindo aposento Imperio por ocho francos diarios, con champaña.

La bella mujer preguntó:

—Perdón, señor. ¿El camino de Seus?... Siempre derecho, ¿verdad?

Y desapareció. Hugo me miró decepcionado.

A las siete y veinte entró en el parque un hombre. Vestía con elegancia y llevaba un pequeño bolso de cuero.

Hugo, radiante, se adelantó.

—Señor, ¿desea una pieza?

—Sí —respondió el viajero—. Una pieza que dé al jardín.

Hugo llamó al maitre d'hotel y le ordenó conducir al viajero a la pieza azul, una de las más lindas de la villa. Se frotaba las manos y me miraba triunfante, cuando otro viajero apareció en la escalinata. Saludó a Hugo, colocó sobre un escalón una gran maleta y dijo en tono confidencial:

—Señor: soy el inspector de la guardia de seguridad del príncipe ques acaba de tomar pensión en su casa.

—¡Como!... ¿Este señor es...?

—¡Psch!

El policía enseñó su carta de identidad y dijo:

—Su Alteza Real viaja de incógnito y adora la sencillez. Usted ignora quién es, y no le asombrará si se encubre bajo el simple nombre de M. Lebrún. Yo le rogaría solamente que me diese una pieza vecina a la suya.

Y mientras el maitre d'hotel acompañaba al inspector, Hugo, loco de alegría, exclamó:

—¡Ha visto usted qué suerte? ¡Un príncipe para estrenarme!

Y separándose de mí fué a recomendar que se sirviesen al príncipe los vinos más exquisitos.

* * *

La comida fué curiosa. Hugo y yo estábamos sentados ante la mesa inmediata a la del príncipe. El inspector de seguridad se había situado en el fondo del comedor.

Como nuestro augusto pensionista parecía no vernos, yo me atreví a decirle:

—Monseñor, permítame que le ofrezca el frasco de la pimienta.

—Gracias, señor.

Y eso fué todo.

Mientras nos servían rebanadas de foie-gras con champignons, Hugo le preguntó:

—¿Conoce bien la floresta Vuestra Alteza?

—Muy bien, gracias.

Y nada más. Nosotros deplorábamos el mutismo del príncipe. A los postres se levantó y desapareció del comedor. El inspector se levantó también, y al pasar junto a nosotros, Hugo le dijo:

—Su personaje no parece comunicativo.

—Su Alteza está preocupado por los acontecimientos de Sofía... Ha recibido ayer un telegrama de 3.000 palabras, que lo ha afectado enormemente... Excúseme, señor.

Y el policía se retiró. Hugo me dijo, satisfecho:

—¿Ha oído? Es un príncipe búlgaro. Puede que haya venido aquí para escapar de los conjurados que le amenazan en su país. En todo caso, estoy favorecido por una suerte que nos permitirá observar los actos y los gestos de este proscripto...

A las diez me encerré en mi cuarto. La aventura de mi amigo Hugo me interesaba, y, como él habría dado lo imposible por conocer el drama íntimo del cual el prpíncipe expatriado debía de ser el héroe.

Al día siguiente fuí despertado por el maitre d'hotel, que me trajo mi café con aire descompuesto. Asombrado le interrogué, y él suspiró:

—¡Ah, señor! ¡Qué historia!

—¿Qué historia?

—El príncipe, señor... El búlgaro y el inspector de seguridad... Dos pillos que se han escapado, al amanecer, llevándose la platería del señor, sin contar algunos objetos preciosos de la vitrina del salón... ¡Qué negocio, Dios mío!

—Pero... pero... ¿Mi amigo lo sabe ya?

—Sí señor. Se lo he contado todo.

—¡Dónde está? ¿Qué hace?

—Está descolgando el letrero de la reja del parque.

# Fiestas de Media Cuaresma







Tres detalles del brillante baile azul realizado en el teatro de la Opera, bajo los auspicios de la comisión oficial de fiestas.



Un vistoso palco del corso de la Avenida de Mayo, durante las fiestas de la Media Cuaresma



Simpático conjunto que ocupaba uno de los palcos del corso de Belgrano



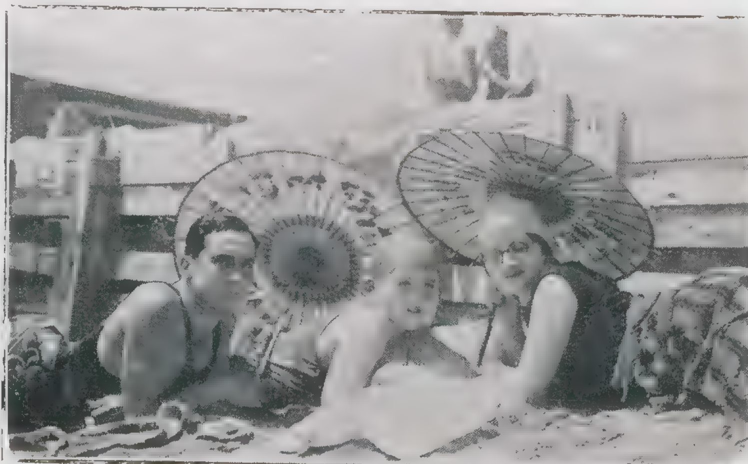


Dos instantáneas obtenidas mientras se realizaba el baile de disfraz organizado por el Club Alemán y llevado a efecto en los salones de la sede social

# Marplatenses



Señorita Juana Rudi



Señoritas Blanca Delia Piovano y Beba Bordas y señor Alejandro F. Bordas



Señora Asunción Hevia de Kremborg



Doctor Tito Coletti



Doctor Marcos A. Figueroa, su esposa Ana Urioste y su hija Ana Victoria y otras familias, durante una fiesta en el Royal Hotel



Señor José Mauricio Peixoto



Señorita Berta Estorga

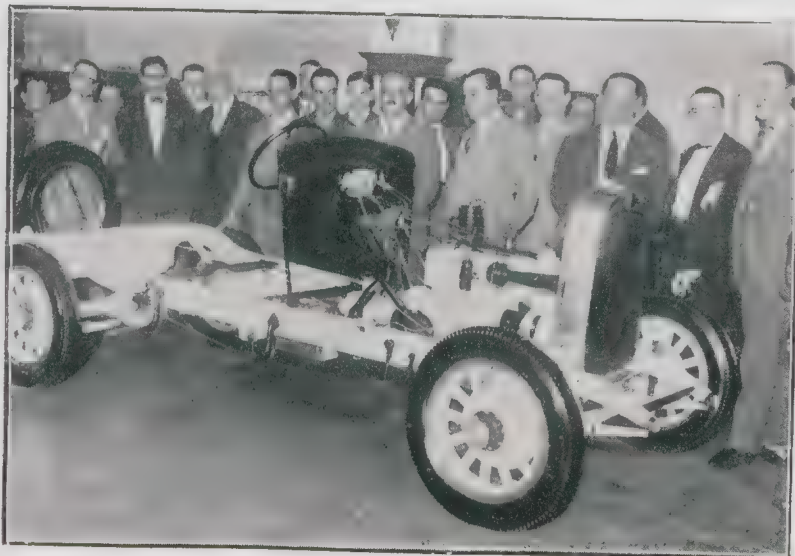


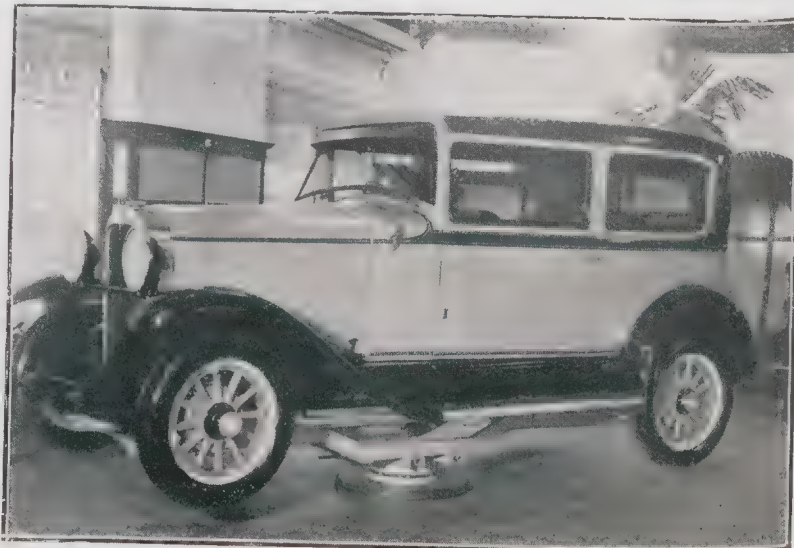
Familias de Fernández Alonso y Bonneu, en Laguna Brava



Señorita Esther S. Oyarzú

# NUEVO MODELO DE AUTOMOVIL WHIPPET





Los señores Hampton, Watson y Compañía, presentaron recientemente el nuevo modelo de automóvil Whippet, seis cilindros, **1929**, en una exhibición privada realizada en su salón exposición, a la cual fueron invitados un núcleo de periodistas, de importadores de automóviles y delegados de clubs automovilistas. — A la izquierda: parte de la concurrencia examinando un "chassis". — A la derecha: el nuevo coche exhibido.

# Las relaciones entre Méjico y nuestro país fueron intensificadas por obra de la Comisión presidida por el general Andrés Figueroa. Dejó trazadas las líneas del acercamiento efectivo de ambas naciones



He aquí al General Andrés Figueroa, Presidente de la Comisión enviada por el Gobierno de Méjico a nuestro país, en compañía de la sonrisa y la cordialidad del mayor Madrazo, también de la susodicha comisión. El amable "tete a téte" era de amplia campechanería. Estaban desprendidos ambos de la jerarquía y disciplina militar, y parecían más bien simples camaradas. Es notable, sencillamente: a pesar de todo los distinguidos representantes mejicanos hablaban, tal vez, de importantes asuntos referentes a la grata misión que los trajo a nuestro país. Tanto se habían acriollado que el cimarrón les parecía dulce y lo sorbían a menudo, aún cuando consideraban cosas de alta trascendencia para las buenas relaciones entre la Argentina y Mejicana. Nuestro Director, señor Coltella, indiscreto como buen periodista, ss interpuso y los hizo caer en el objetivo del chasirete que lo acompañó n su sorpresa.



Nuestro Director, señor Coltella, satisface la sonriente curiosidad del general Figueroa y del mayor Madrazo, refiriéndoles cómo hace "Fray Mocho" para sorprender a los personajes que rehuyen a periodistas y fotógrafos. Los distinguidos militares saben a qué atenerse... Pero comprendieron siempre que el asedio de nuestra prensa respondía al vivo interés y la simpatía con que el pueblo argentino observa cuanto se refiere a su vinculación con las naciones amigas. Sobretodo si se trata de Méjico, que tiene un lugar amplio en sus sentimientos de cordialidad.

La ascensión del doctor Irigoyen al gobierno anunció la reanudación de aquella formidable empresa de vinculación internacional de nuestro país, realizada por el ilustre mandatario en su primera presidencia. Atentos a ello, los Ejecutivos de las naciones amigas dispusieron generosamente lo concerniente al encauce feliz de los propósitos que, desde luego, era notorio que animaban al doctor Irigoyen. Esta simpatía cordial y claro concepto favorable de los distintos países ligados a los sentimientos argentinos, débense, como decimos, al conocimiento existente de la alta política internacional desarrollada por nuestro eminente hombre público en su pasada gestión administrativa; pero responde a ideales comunes, a anhelos fuertemente experimentados en la generalidad de los pueblos y es seguramente el mejor fruto de la paz afianzada después de la dramática experiencia de la guerra.

México, por ejemplo, acogió el auspicioso y ferviente deseo del doctor Irigoyen encarando a su vez, con renovada fuerza, la actividad amistosa con la Argentina. El presidente provisional Portes Gil, prosiguiendo, también, las orientaciones del ex presidente general Calles, se preocupa a estas horas de responder noblemente al afán del doctor Irigoyen, interesándose por cuanto se refiere a las vinculaciones intelectuales y morales entre ambos países. De tal



Un tríptico amable, tertulia de paseo público en plena efusión. El General Andrés Figueroa y el doctor Figueroa sonríen a su interiocutor. ¿De qué se trataba? Como los miembros de la simpática Comisión mejicana se nutrían a diario de las cosas de nuestro país, de sus elementos típicos, de su música popular y de sus costumbres de la vida ciudadana y campesina no es raro que escucharan aquí detalles sobre el rodeo, el rastreo, el pericón nacional y algún otro aspecto genuino de nuestras modalidades de pueblo optpimista y laborioso. Se habían identificado con nosotros y les placía ir conociendo — como quien descubre maravillas — todas las características argentinas.

modo que puede afirmarse que la relación común entrará en un período intensísimo, de indudables beneficios mutuos.

Tendremos así oportunidad patriótica de afrontar o realizar esfuerzos tan ponderables como los consumados por conducto de aquella brillante comisión mexicana que nos visitara. Integrada por el general Andrés Figueroa, una de las más atrayentes y gloriosas figuras militares del nuevo México, por su inteligente colaborador mayor Madrazo, otra personalidad del ejército mexicano, notable por el relieve de su fisonomía moral e intelectual, y por los doctores José Figueroa y Daniel Ortiz Berumen; contando además con el concurso precioso del entonces cónsul general de su país, señor Enrique Mesa —todos ellos ciudadanos de relevantes dotes espirituales— la susodicha comisión cumplió una labor tesonera, difícil, importantísima en el sentido de elevar el nivel activo de las relaciones entre la Argentina, y la hidalga patria azteca.

La cooperación del señor Mesa, que como en todas las circunstancias fué diligente y oportuna, facilitó en gran parte las tareas de la comisión. Se consideró por su iniciativa la creación de una línea directa de vapores, proyecto que luego tomó cuerpo y cuya realización por haberla promovido, correspondé de adjudicarla al distinguido representante, mexicano.

Su intervención en el asunto del estudio y adquisición de caballada argentina para el ejército, punto éste que era fundamental en los propósitos de la comisión, fué también meritorio. La comisión consideró por último el crecimiento de la importación del maíz, el trigo, la cebada, etc., etc., en las plazas comerciales de México. Espíritus

*(Continúa en la pág. 9).*





La Comisión presidida por el General Figueroa, en el yaht de nuestro canciller actual, doctor Horacio B. Oyhanarte. Rodean a los enviados mejicanos un núcleo reducido de amigos, qque sirvieron de cicerones durante la estadía que la amabilidad gentil del eminente político logró prolongar durante algún tiempo. En efecto, el doctor Oyhanarte acogió a la Comisión con la deferencia que lo distingue y puso a disposición de sus miembros toda clase de facilidades. Aquí los tenemos sorprendidos en diversas reuniones habidas en la cubierta de la nave.

# AVENTURAS DE UN GRILLO

(POR EL DR. ERNESTO CANÉZE)



Dibujo de *P. Rojas*

*(Continuación)*

—Estábais demasiado agitado para pensar en nada. Mientras corríais yo meditaba. Hemos caído en el lazo tendido a vuestra prima, querido.

—Siendo así estamos perdidos.

—Puede que no.

—¿Y pensáis poder salir de este sitio?

—Así lo espero; a no ser que el topo abriéndose paso por debajo del suelo caiga de improviso sobre nosotros; mas esto no es probable.

—¡Qué Dios nos asista! Con todo, me agradaría saber cómo caísteis conmigo en el fondo de este tiesto. ¿Por ventura seguíais mis pasos?

—Mejor que eso. No fiando en mis piernas cuando la cigarra nos dijo que tomáramos las de Villadiego, me agarré a vuestra cola y vos me arrastráisteis.

—¡Ah! ¿Erais vos quien yo llevaba a remolque? Hubiera debido adivinarlo; pero en aquellos momentos era tal mi turbación... ¡Qué lástima que el pobre Lampiro no haya tenido idéntico pensamiento!

—Lo tuve yo por él.

—¿Cómo se entiende?

—Al grito de: "¡Sálvese quien pueda!" de un salto me puse al lado de Lampiro, le agarré entre mis patas diciéndole que apagase su lamparilla y al arrastrarme a mí habéis arrastrado asimismo a nuestro buen amigo.

—¿Tal vez se escapó en el camino?

—¡Cá! ¡Si está con nosotros! Al caer abrí instintivamente las patas, cuando vuestra cola chocando contra el borde de la galería, nos lanzaba al espacio; entrambos topamos en el techo, pero yo volví a caer; probablemente Lampiro ha encontrado algún obstáculo en el camino. A propósito: vedlo allá arriba.

—¡Cómo! ¿Aquel es Lampiro? ¡Y yo que le tomé por una estrella! Ahora sí que conozco que estaba trastornado de cascos.

—No os quepa duda amiguito, ese es Lampiro, el cual sólo ha apagado a medias su lamparilla.

—¿Y por qué se mantiene inmóvil y mudo? ¡Ola, Lampiro!

—No griteis de este modo. Creo que está semi-desvanecido. Cuando despertó y se vió entre mis patas, sin duda cobró miedo temeroso de que le jugase una mala pasada. He aquí la causa de su desmayo.

—Bueno sería acudir en su auxilio; pero ¿cómo llegar allá arriba?

—Yo subiré.

* * *

En el acto comprendí que la araña iba a tender un hilo desde el suelo hasta el techo, para de esta suerte llegar a donde estaba la luciérnaga y sacarla de su incómoda postura.

Mientras subía la araña, participéla lo que me había dicho mi prima tocante al sexo de Lampiro, rogándola que respetase su incógnito y así me prometió hacerlo.

La oscilación del punto luminoso que yo tomé por una estrella no tardó en indicarme que el proyecto de la araña había sido coronado por el éxito. Fué descendiendo la luz, y ya casi en el suelo, vi a mi compañero formando una bola y sostenido por las patas de la epeira, que bajaba lentamente. Terminada la operación la araña empezó a restregar a la luciérnaga, invitándome a que la imitara. Lampiro estaba desmayado, pero gracias a las enérgicas fricciones que le propinamos, no tardó en volver en sí: sus primeras frases después de mirarnos atónito, fueron para preguntarnos dónde estaba, lo qué había sucedido y si sabíamos algo de la cigarra. El pobre nada recordaba de lo ocurrido después que así fuese arrastrado brutalmente por la araña, el miedo habíale hecho pasar puede decirse que sin transición, del estado de sueño al de desmayo de que acabábamos de librarle.

Le contamos por menudo lo ocurrido y cuando supo lo que debía a la epeira, pues con su presencia de ánimo le salvó la vida, mostrósele muy reconocido; asimismo me dió las gracias a pesar de que en aquel caso yo sólo había sido un agente involuntario, lo cual dejé consignado riendo y para dar a cada cual lo suyo.

—Supuesto, amigo Lampiro, que os encontráis completamente recobrado dijo la araña, me agradaría que aumentáseis el volumen de luz de vuestra lamparilla ya que este sitio está oscuro como boca de lobo. Así podríamos darnos más exacta cuenta del lugar en donde nos hallamos, y convenir en los medios de salir de él.

Apresuróse la luciérnaga a complacer a su salvadora, y así pudimos pasar revista al sitio donde nos condujera la casualidad cuando apelamos a la fuga para librarnos de las garras del topo.

No se había equivocado la araña. Estábamos en el fondo de un gran tiesto, formando el techo una porción de césped sostenido por algunos fragmentos de ramas y raíces: en una de aquellas ramas se había enganchado la luciérnaga. En el borde superior veíase una abertura redonda o sea la desembocadura de la galería que conducía al domicilio de la cigarra. En frente otra abertura parecida presentaba la continuación de dicha galería, interrumpida por el vacío que la cavidad del tiesto formaba.

No podía estar mejor combinado el lazo, y la prueba es que nosotros habíamos caído en él. Imposible decir por cuál de los dos orificios me colé hasta allí, pues estaba completamente desorientado.

—Por ahí habeis entrado, dijo la araña, dándose cuenta gracias a la dirección de mis miradas de lo que yo pensaba.

—¿Y cómo lo sabeis?

—Fácilmente. Fijaos en el hilo que tendí y ved dónde fuí a buscar a Lampiro: estaba colgado encima del travesaño que cae hacia el centro, de suerte que para ir a parar a aquel sitio, por fuerza tuvo que ser lanzado del punto que tenemos enfrente. Lanzado en sentido contrario hubiese quedado colgado en el otro extremo del travesaño.

—Tenéis razón.

No pude menos de admirar la sagacidad de nuestra compañera y desde entonces fié en su inventiva para salir de la desagradable situación en que estábamos metidos.

## CAPITULO VI

### Esfuerzos comunes para salir de mal paso.

La trampa en que habíamos caído parecía que databa de poco tiempo, pues aún conservaban su frescura las raíces que colgaban del techo. El piso era liso y sumamente limpio, viéndose un agujero tapado en el centro. En mi interior parecíame que no había salvación posible sino por aquel sitio, — a lo menos para mí, — porque en cuanto a la araña, le era fácil tender un hilo hasta una de las dos entradas de la cortada galería, así como podía llevarse consigo a la luciérnaga. Pero... ¿y el pobre grillo? Pesaba demasiado, y aun suponiendo que el hilo no se rompiese durante mi ascensión, como mi organismo no es el más a propósito para semejante tarea, sentíame muy poco dispuesto a probar la aventura.

Así, pues, acerquéme al mencionado agujero y empecé a escarbar la tierra que lo tapaba, trabajo que duró muy poco, pues mis uñas encontraron un obstáculo insuperable. Noté con espanto que el tiesto apoyábase en un pedrusco y que no había medio de buscar la salvación por el orificio.

—Habeis de haceros cargo, dijo la araña, la cual no me perdía de vista, que como la ratonera está instalada para las cigarras, las cuales les remueven la tierra con la mayor facilidad, su autor tuvo buen cuidado de arreglarlo todo de modo que las prisioneras no pudiesen escapar por ningún sitio.

—¿Cómo, pues, saldré de aquí?

—Este es asunto mío, prosiguió la araña. Dejadme hacer. Primeramente hagámonos cargo de una cosa: ¿cuál de las dos galerías elegiríais? En cuanto a mí, opino que sería una imprudencia que nos volviésemos a meter en la que acabamos de recorrer, ya que obrando así podríamos caer en las garras del topo. Prefiero la otra, a pesar de ignorar a dónde conduce. ¿Qué decís a esto?

—Opino lo mismo que vos, fué mi respuesta.

—¿Y Lampiro, qué piensa?

—Lo que vosotros. Resolved lo que mejor os plazca; anticipadamente doy mi aprobación a todo.

—Ya que estamos acordes, manos a la obra, sin titubear.

Y al decir esto, la araña lanzó un hilo hacia la abertura que habíamos elegido, y asegurando el otro cabo en el suelo, se encaramó para sujetar el de arriba. Luego bajó y subió varias veces, añadiendo siempre un hilo, hasta tanto que juzgó ser bastante sólida aquella especie de maroma. Terminada la operación, estableció otro hilo paralelo al primero y a cierta distancia, reforzándolo del mismo modo. Se comprenderá con qué interés vería yo trabajar a la araña. Tendidas paralelamente las dos maromas, ocupóse en reunirlas por medio de travesaños.

—¡Ah! exclamé, ¡una escala!

—¿Qué pensais de esto? — preguntóme mi compañera.

—¡Luminosa idea! Os admiro por lo ingeniosa que sois.

—No debe pesaros, como veis, de que me hayais tenido que arrastrar en vuestra vertiginosa carrera. Amor con amor se paga: la rapidez de vuestras piernas me ha salvado la vida; ahora seré yo quien os libre de una muerte cierta. Lampiro también nos es útil, pues sin su linterna no podríamos salir de aquí.

La conversación no impedía a la araña desplegar extraordinaria actividad en la confección de su escala, de suerte que la obra quedó terminada en poco tiempo.

—Ahora, avancemos, dijo con alegría. ¡Ah! ¡un momento! Dejad que primero instale allá arriba a Lampiro; lo mismo tiene ahora que después, mientras que desde lo alto podrá alumbrarnos con su fanal y al subir vereis mejor donde poneis los pies.

En un santiamén operóse el transporte de la luciérnaga, que se estableció en el realce del tiesto, junto a la abertura donde terminaba la escala, colocando su linterna de modo que yo viese bien.

Empecé a subir. La araña había tenido la precaución de atarme un fuerte hilo alrededor del cuerpo, fijando el otro cabo en uno de los travesaños o vigas del techo. Mi compañera iba tirando el hilo a medida que yo subía, merced a lo cual llegué con poca fatiga al último peldaño. Al cabo de un rato nos encontramos los tres reunidos sobre el realce superior del tiesto, y dispuestos a penetrar en la desconocida galería, al cabo de la cual confiábamos encontrar nuestra salvación.

* * *

Muy angosto era el corredor para avanzar de frente. Después de deliberar un momento, resolvimos que Lampiro iría delante para alumbrarnos; yo le seguiría para apartar los obstáculos que pudiese ofrecer el camino, y la araña constituiría la retaguardia.

—Meditemos bien nuestro plan para no atolondrarnos si se presenta el enemigo, dije a mis compañeras. Vos, epeira (se recordará que nuestra amiga pertenecía a esta familia de las arañas), nada teneis que temer, ya que es imposible que nos veamos atacados a retaguardia. El que nos ataque vendrá de frente; y si esto sucede, Lampiro, ocultaos en seguida detrás de mí. Yo me encargo de sostener la primera embestida, pues soy el que está mejor armado y el más fuerte de los tres; justo es que sea el primero en hacer cara al enemigo.

Tenía mis motivos para prescribir aquel orden de marcha, pero de nada servía participarlos a mis compañeras. Tal vez andaríamos errando por mucho tiempo en aquellas galerías subterráneas, faltos de víveres y sin medios para procurárnoslos, Lampiro, en suma, era un ser débil y las arañas gozan de muy mala reputación. Verdad es que nuestra compañera apreciaba a




la luciérnaga, que le había salvado la vida cuando tuvimos que huir precipitadamente para no caer en poder del maldito topo, y por mi parte tampoco creía que fuese por egoismo, es decir, para no quedarse a oscuras, que la araña se acordó de Lampiro en aquel horrible trance; pero, lo repito, el hambre es imperiosa y mala consejera tratándose de ciertos individuos, y ¿quién nos respondía de que pronto no tuviésemos que andar a la greña con nuestra bienhechora por cuestión de estómago?

Colocando a vanguardia a la luciénaga y a retaguardia a la araña, privaba a ésta de cometer, en un momento de distracción, un acto sensible bajo todos conceptos.

Así convencidos, Lampiro se puso al frente de la columna y penetró en la galería, siguiéndole yo y luego la araña. Durante algún tiempo marchamos silenciosos. El corredor, si bien bastante ancho para que anduviéramos cómodamente, no permitía volver las espaldas en caso de ataque: era tortuoso y con altibajos, y a mí me parecía que formaba declive hacia la izquierda, aunque fuese difícil determinar con exactitud su dirección real, a causa de su irregularidad.

Hacía algunos minutos que estábamos andando, cuando al pasar por un punto donde la tierra era asaz blanda, hundióse por completo una de mis patas, faltándome el suelo y yendo a parar, envuelto en los escombros, a una excavación poco profunda. A la exclamación que lancé al caer, Lampiro retrocedió y pudimos darnos cuenta de la causa de aquel accidente. Había caído en una vasta galería que en dicho sitio cortaría debajo del pasillo, y del que sólo estaba separada por una tenue capa de tierra, capa que se había hundido bajo el peso de mi cuerpo.

Todos tuvimos una misma idea. Aquella vasta galería era un camino abierto por un topo.

Había peligro (y en todo caso de nada servía) en detenernos allí; de consiguiente, ayudado por mis compañeros, abandoné la excavación y proseguimos nuestra marcha.

Nueva contrariedad, y esta vez de más bulto, nos aguardaba a pocos pasos. El pasillo donde nos habíamos aventurado, después de torcer bruscamente hacia la izquierda, desembocaba en la misma galería de que yo acababa de salir.

Detuvimos nuestros pasos para decidir lo que convenía hacer.

La araña inspeccionaba minuciosamente el sitio donde nos hallábamos, y diríase que reflexionaba.

—Es evidente, dijo al poco rato, que la cigarra no ha abierto su pasillo en la forma que ahora tiene, ni que por gusto le haya hecho terminar en esta galería, la cual indudablemente es de construcción más reciente. Este corredor ha sido cortado, siendo probable que continúa en la pared que tenemos en frente.

La suposición de la araña, al parecer, no carecía de fundamento. Después de escuchar un buen rato para cerciorarnos de que nadie rondaba por la galería, bajé a ella y tomé la dirección del pasillo, que en aquel sitio desembocaba bajo un ángulo, examinando la pared en cuestión, pues esperaba que tendría alguna abertura por donde pudiésemos encontrar nuestra salvación. Mis esperanzas viéronse defraudadas; por lo tanto, apresuréme a comunicar la mala nueva a mis compañeras.

—¡Imposible! — exclamó la araña. Vamos a ver. Fácilmente podemos darnos cuenta de la dirección de este camino. Amigo Lampiro, os suplico que retrocedais.

La luciérnaga obedeció, y cuando la araña vió que iba a desaparecer detrás de la primera curva, gritóle: "¡Alto!"

La obscuridad más completa reinaba en la galería, excepción hecha de un pequeño disco luminoso que se dibujaba sobre la pared situada en frente de nosotros.

La araña llamó mi atención sobre hacia aquella pared.

—He aquí, dijo, dónde debe existir la prolongación de nuestro corredor. Escarbad, amigo grillo.

Inmediatamente puse manos a la obra, pero por más que me esforcé en cavar y sondear el terreno, nada conseguí.

Es probable que allí el corredor formaba un ángulo, confundiéndose con la galería. En tal caso, era inútil cuanto hiciéramos para encontrar una nueva salida, no quedándonos más recurso que seguir la galería, a despecho de los rondadores que pudiesen atajarnos el paso.

Estas reflexiones, que la araña se hacía entre dientes, también asaltaban mi imaginación.

En aquel momento oímos distintamente pasos rápidos a corta distancia de nosotros, en la misma galería que seguíamos.

—¡Al corredor todos, y aprisa! — exclamó la araña pegándose a mi apéndice.

Pero antes de haber llegado al corredor fuí derribado por un animal que pasó disparando como un rayo. Era un pequeño campañol; y si he de juzgar por la celeridad con que huyó, creo que el choque le produjo el mismo terror que a mí.

—¡Vaya un susto!, grité. Me figuré que tenía que habérmelas con una murasaña.

*(Continuará)*

# Modelo de la carabela "Santa María" que figurará en la Exposición de Sevilla



Exacta reproducción de la carabela Santa María, capitaneada por Colón, que figurará en la Exposición de Sevilla ..



Acto de la bendición de la carabela, construída en los astilleros Echevarrieta, de Cádiz, al ser botada al agua



La nave se desliza hacia el agua, después de ser bautizada solemnemente con el nombre de la que Cristóbal Colón condujera al descubrimiento de América



La "Santa María", flotando gallardamente, a la espera de ser arbolada para ir a Sevilla donde permanecerá fondeada mientras dure la Exp. Ibero-Americana

## Bibliografía



El poeta Guillermo Luzuriaga Agote, autor del libro "El ritmo del tiempo", recientemente aparecido

## Vida artística



Señorita Andrea Zelmira Domenet, eximia pianista que, en breve, dará una serie de conciertos





El poeta laureado Vicente Bove y el cultor tradicionalista Juan Mas, autores de la letra y música, respectivamente, de la canción porteña, "La despedida del mazorquero", obra que próximamente se editará.

## Excursión de turistas a bordo del vapor "Monte Olivia"





Dos vistas obtenidas en un intervalo de los bailes que se realizaron a bordo del "Monte Olivia", durante el viaje de placer a Mar del Plata y Montevideo, últimamente efectuado y en cuyas animadas fiestas tomaron parte numerosos turistas argentinos

# ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Los primeros grandes estrenos. Arnold Kent, Norma Talmadge y Gilbert Roland protagonista de "La mujer disputada", film extraordinario que Artistas Unidos estrenará próximamente



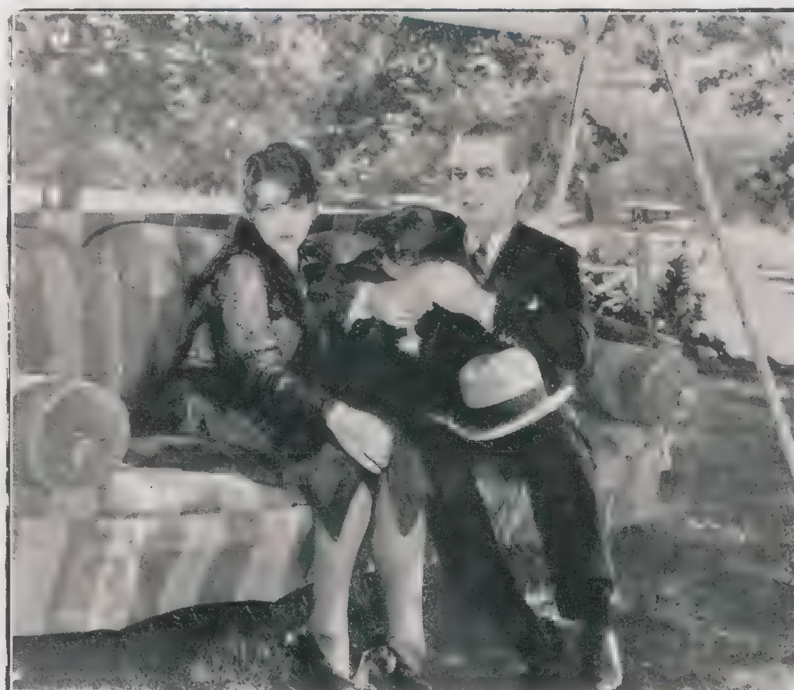
Monte Blue y Raquel Torres, protagonistas de "Sombras blancas en los mares del Sur", película extraordinaria que la Metro-Goldwyn-Mayer dará a conocer en breve



Charles Farrel, protagonista, con Dolores del Río, de "La bailarina roja de Moscú", film extraordinario que la Fox estrenará el 30 del corriente.



Leonor Alvear y Florentino Delbene en una escena de la producción nacional "La quena de la muerte", que estrenará en fecha próxima la S. A. C. H. A. Manzanera



Hoot Gibson y Blanche Mehaffey en "Amor a tiros", cinta Jewel que la Universal estrenará mañana



Agnes Ayres y Forrest Stanley en "Bajo el manto de la noche", cinedrama que la General estrenará el viernes próximo



John Gilbert, Creta Garbo y Lahrs Hauson, protagonistas de "Demonio y Carne", película extraordinaria que la Metro Goldwyn Mayer estrenará el 22 del corriente

# SOCIALES



ENLACES. — Señorita María Angélica Tortello con el señor Héctor Badaraco



La señorita Eufemia Mercedes Denis, desposada con el señor Fortunato Pusteria, acompañada del cortejo nupcial



Señorita Clara M. Cataldi, con el señor Horacio T. Fischer



Señorita Constancia Angaroni con el señor Natalio R. Firpo



Señorita María Luisa Piñeiro, desposada con el señor Enrique G. Amette



Señorita Ana Riccardi con el señor Eduardo Casal

## DE LOBOS





FIGURAS DE LA BUENA SOCIEDAD LOBENSE. — Señorita Chela Spinosa Thea



Señorita Delsia Spinosa



Señorita Etel Ratti Thea





Señorita Luisa Crippa



Señora Emilia Teresa Ratti de Rivero y su hijita



Señora Orfelina Thea de Espil y su bebé



Señora María Arata de Amorena y su hijita María Esther

# LOS ERRORES FAMOSOS DE LA JUSTICIA

**Por José Gollomb**

La diosa que el hombre escogiera como símbolo de la justicia, se nos presenta ciega, como queriendo demostrar con ello que, al juzgar no reconoce favoritos, amigos o compañeros y que sus fallos los dicta siempre dentro de la equidad más estricta. Recientemente se registró en Inglaterra el caso "Manners-Lascelles" en que la diosa tan venerada sufrió un tremendo chasco al dictar su sentencia discutible.

En un lugar cercano a Beckfield, vivía Edmundo Lascelles, quien, juntamente con su hermana Eva, heredó una fortuna considerable consistente en tierras próximas a su castillo cuyos habitantes eran el propio Lascelles, Eva, el ama de llaves Mrs. Marsh y otras dos sirvientas.

Presentaban un contraste notable los dos hermanos. Edmundo era de aspecto repulsivo y había cultivado el odio de sus vecinos arrendatarios y amigos, mientras Eva parecía una muñeca frágil de amabilidad cautivante y que despertaba a primera vista una profunda simpatía.

Cierta ocasión, en que el hermano se hallaba visitando a uno de sus arrendatarios, se presentó ante Eva una de las sirvientas del castillo, anunciándole que el señor Jorge Manners mostraba deseos de hablarle, aviso innecesario, porque la joven desde la partida de su hermano, no cesó de espiar el camino en espera del recién llegado. No era una simple coincidencia que Manners visitara a Eva cuando el hermano se encontraba ausente, pues todos los vecinos sabían que aquellos dos hombres no cultivaban relaciones gratas.

Manners había decidido casarse con Eva, a pesar de la constante oposición que Edmundo presentaba. Tanto el novio como el hermano, colocaban a la doncella en un dilema y el odio que se profesaban Jorge y Lascelles era causa de grandes sufrimientos.

A la muerte de sus padres, Manners heredó una fortuna considerable y a ello se aunó el triunfo obtenido en el Foro después de recibirse como abogado en Beckfield. Hombre robusto e inteligente, con grandes trabajos podía contener su antipatía para Edmundo. Por otra parte, su inmenso amor hacia Eva era una especie de freno a sus ímpetus. Meses y meses pretendió ganar la amistad de Lascelles, pero como fracasara en sus intentos, se conformó con no aumentar la enemistad.

Una vez que Eva y Manners se hallaron solos, Jorge le dijo:

—Eva: hace bastante tiempo que tu hermano se interpone entre nosotros queriendo impedir nuestro matrimonio. Hoy no evitaré su encuentro, le esperaré hasta que regrese, con el objeto de pedirle su consentimiento para la boda. Si lo da, perfectamente bien hecho. Si no, nada me importa porque me encuentro resuelto a llevarte al altar.




De mal humor regresó Lascelles de sus visitas a los arrendatarios y al entrar a su casa notó que las sirvientas lo miraban con aire confundido, haciéndole que entrara inmediatamente en sospechas.

—¿En dónde se encuentra la señorita Eva? —preguntó.

En el recibidor —le contestó el ama de llaves, única persona que se atrevía a dirigirle la palabra en aquellos momentos de ira.

Edmundo se dirigió rápidamente al recibidor abriendo con violencia la puerta. La sorpresa recibida por Eva no es para describirse, mientras que Manners, que ya esperaba aquella interrupción, demostró una presencia de ánimo que dió por resultado desconcertar a Lascelles, quien, en medio de su impetuosidad, se olvidó de cerrar la puerta. Se paró cerca de ésta con premeditación, queriendo que las sirvientas escucharan lo que él iba a decir, comenzando por insultar a Manners y decirle:

—Señor, usted es un busca fortunas asqueroso. Le prohibí que nos visitara y se ha aprovechado usted de mi ausencia para hacerlo. Escoja ahora, o se sale prontamente o lo echo yo!

—¡Edmundo, por favor! — suplicó su hermana.

Jorge Manners no quiso dar gran importancia a las palabras que le dirigió Lascelles, pero al ver que poco caso hacía de las de Eva, a quien adoraba entrañablemente, no pudo contenerse más y, parándose en la entrada de la puerta del recibidor, dijo a Edmundo:

—Acaba usted de proferir algunas palabras acerca de los cazadores de fortunas. Bien, para poner punto final a este asunto, admitiré que he venido buscando la fortuna de la señorita Eva, porque algo me dijo que usted tenía más que ver con ello que el carácter de hermano en sí. Quise, lo mismo que usted, que ella lo ignorara todo, aunque cada uno de los dos está guiado por difirentes razones. Ahora, quisiera saber y desearía que también tú, Eva, lo conocieras, qué motivo tiene usted, Edmundo, para convertir en propiedad suya una gran parte de la de Eva. ¿Puede usted contestar a este cargo concreto que le hago?...

Eva lanzó un grito inopinado. El hombre amado llamaba ladrón a su hermano. En medio del copioso llanto que inundaba sus ojos, se desplomó en un sillón, oprimiéndose los ojos con las manos y remedando la estatua de la desesperación. Aquello llegó a Manners hasta el corazón y comenzó a dar voces pidiendo auxilio. Acudieron los criados escuchando entonces que Jorge le decía a Edmundo:

—Lascelles, tiendo a usted mi mano en señal de amistad. ¿Quiere usted darme la suya en cambio?

—¡Dentro de diez segundos no le daré a usted la mano, sino el pie! —gritó Lascelles.

Manners rió de buena gana y le dijo en tono irónico:

—Esos ímpetus pueden resultarle una aventura interesante, Edmundo. Sepa usted una vez por todas que Eva y yo vamos a casarnos dentro de un mes. Vuelvo a pedir a usted la mano en señal de amistad, pero si usted no me la da, por Dios que antes de que acabe con usted me la dará o yo la tomaré...!

Había cierta pasión en las palabras de Manners, precursoras de un final trágico. Manners, temiendo con seguridad perder el dominio de sí mismo, se retiró violentamente de la mansión, seguido a pocos instantes por Edmundo, cuya cara mostraba la palidez de la ira. Llevaba en su mano derecha un látigo con el que azotaba todo lo que se interponía en su camino.

La lluvia, que se desató con furia al caer la tarde, dejaba oír su tamborileo sobre los techos de pizarra de las casas de campo. James Crosby, un campesino humilde se hallaba reparando una cultivadora y poco caso hacía al repiqueteo de las lágrimas del cielo, que le impidieron en un principio escuchar lo que hubiera podido dar luz a la justicia. Sin embargo, en medio del ruido producido por sus martillazos oyó un eco semejante a una voz humana y que se repetía con frecuencia. Crosby dejó a un lado los útiles que usaba en su tarea reparadora y salió a la puerta del granero. Del camino, sumido en aquellos momentos en las tinieblas, llegaba un grito agudo y continuo pidiendo auxilio. Crosby retrocedió asustado, (con seguridad se trata de algún asalto en camino real) y francamente no quería tener nada que ver con aquel asunto. Siguió escuchando el grito que se repetía con rara frecuencia. No, aquello no era un asalto. Por fin se decidió a salir porque hubiera sido un egoísmo imperdonable no ayudar a quien posiblemente lo necesitara en aquellos instantes.

Encendiendo una linterna, Crosby se apoderó de un garrote y se puso en camino. A medida que se acercaba al lugar de donde procedía la voz, creyó reconocerla. Un hombre se encontraba en mitad del camino. Crosby levantó la linterna hasta ponerla frente a la cara del hombre aquel, reconociendo en seguida al joven abogado Jorge Manners.

—¿Llamó usted, señor? Dios mío, me parece que se encuentra

usted herido —exclamó el campesino.

Al bajar la linterna, ésta alumbró el cuerpo de otra persona que se encontraba tendida en mitad del camino.

—¡Dios mío! —agregó Crosby, — ¡pero si se trata del amo Lascelles! ¿Se encuentra acaso tomado o...?

—No, —respondió Manners — se halla muerto.

A pesar de que Crosby se encontraba sobrecogido de espanto, no pudo menos de notar que el otro personaje presentaba signos inequívocos de consternación. El campesino no era un hombre inteligente, pero no necesitaba un gran cerebro para comprender que Manners estaba asustado. Por otra parte, todos los lugareños murmuraban acerca de la enemistad que imperaba entre Lascelles y Manners.

Edmundo Lascelles, con la cara y la cabeza ensangrentada a consecuencia de los duros golpes que recibiera, se encontraba bien muerto y teniendo delante a su enemigo. Crosby miraba idiotamente sin darse cuenta cabal de lo que sucedía, hasta que Manners le dijo:

—¡No mire usted con ese aire de idiota, Crosby! ¡Vaya y traiga quien nos ayude!

Si Manners no hubiera estado pensando en aquellos momentos en la impresión que iba a causar a Eva la desgracia, habría notado que en la forma de hablar de Crosby se operó un cambio radical. Después interrogó con gran empeño:

—Señor Manners. ¿Y cómo sabe usted que el amo se halla muerto...?

Jorge no respondió a la insinuación del campesino sino que lo despidió con energía ordenándole fuera a traer ayuda.

Crosby regresó a los pocos instantes con algunos campesinos y una carreta, sobre la que se disponían a colocar el cuerpo de Lascelle, cuando uno de los labriegos exclamó, aterrorizado:

—Dios santo, si le falta una mano...

Efectivamente, faltaba al cadáver la mano derecha, que había sido arrancada de un tajo, en forma brutal.

Pocos instantes después Manners sonaba la campanilla de la casa de Eva, saliendo a abrirle la puerta Mrs. Narsh el ama de llaves. A la luz de las lámparas del "hall" pudo contemplar con horror el rostro de Manners que presentaba huellas inequívovcas de haber sufrido algunos golpes, pero pudo contener su emoción y escuchar con tranquilidad las palabras de Jorge.

—Debo ver inmediatamente a la señorita Eva.

No era necesario que Manners se hubiera molestado en proferir estas palabras, porque el ruido de la campanilla había atraído a Eva, quien se presentaba en aquellos instantes, adivinando que alguna desgracia se cernía sobre su hogar.

—Eva —comenzó diciendo Jorge Manners— prepárate para una noticia desagradable... ¡Edmundo ha sido asesinado!...

Durante breves momentos Eva permaneció inmóvil, como si no diera crédito a sus oídos, hasta que por fin, sin proferir una sola palabra, se desplomó en el suelo, pesadamente.

Manners no hallaba qué hacer, en medio de su desesperación y sólo pudo articular:

—Mrs. Marsh: le suplicó se haga cargo de la señorita.

—No necesita usted indicarme mis obligaciones —replicó el ama de llaves en tono áspero.

Las dos sirvientas se presentaron con toallas empapadas de agua fría, haciendo esfuerzos por reanimar a su ama, quien no daba señales de vida. Lograron volverla a la vida, pero el pensamiento de que su novio había matado a su hermano la volvió a sumir en profundo letargo. Manners, sobrecogido de terror, se dirigió a traer un médico que atendiera a su amada, mientras que en las afueras del castillo se congregaba una inmensa multitud en espera de posteriores noticias acerca de aquel asesinato que todos atribuían a Manners.

Crosby se encargaba de ilustrar a los recién llegados, diciéndoles:

—En el rostro y las manos del señor Manners ví sangre, posiblemente la que produjo la hemorragia de la mano derecha que fué desprendida del cuerpo del señor Lascelles...

Mrs. Marsh quiso también tomar parte en la conversación y refería a los campesinos:

—Hace menos de dos horas que tuve la desgracia de presenciar una disputa entre el amo y el señor Manners, quien dijo a mi patrón: "Por Dios que si no quiere usted estrechar mi mano en estos instantes, me apoderaré de su mano derecha, quiera o no..."

—Ya me lo imaginaba —exclamó Crosby— que Manners era el autor.

—Mrs. Marsh —dijo uno de los lugareños el menos incrédulo— ¿está usted segura de lo que dice? Mire que es algo serio entrometerse en estos asuntos de justicia.

Las dos criadas intervinieron afirmando que era exacto, punto por punto, lo que dijera el ama de llaves.

Manners regresó en aquellos instantes con el doctor, al propio tiempo que llegaba un jefe de policía acompañado de dos gendarmes.

—Señor Manners —comenzó diciendo el policía— lo siento en el alma, pero tengo que arrestar a usted por el asesinato del señor Lascelles.

—¿Por el asesinato del señor Lascelles? — repitió Manners —. Pero, si yo no soy el autor...!

—El magistrado será quien se encargue de decidirlo —replicó el inspector—, mi deber consiste en arrestar a usted y lo hago...

---

Por más esfuerzos que hicieron los amigos y defensores de Manners, la justicia se mostró implacable. El presunto asesino fué condenado a muerte para pagar con la vida la de su amigo Lascelles. Sin embargo, un día antes de la ejecución lograron que el rey conmutara la pena capital por la de prisión perpetua, que para Manners venía a ser casi lo mismo, ya que no podría contraer matrimonio con Eva, quien, contra toda su voluntad, se vió precisada a declarar los hechos tal como ocurrieron la tarde del altercado entre su hermano y Manners. En el interior de la hermana de Edmundo existía algo que le repetía incesantemente: Jorge no es el asesino.

Cierto día llegaron a **Beckfield** dos extranjeros, **procedentes de** Londres, quienes manifestaron ser comerciantes, cansados de la vida citadina, y buscando un reposo en el campo. Querían pasar unos días agradables charlando con los campesinos y aprendiendo las leyendas del lugar que, como todos los de la Gran Bretaña, tienen una gran abundancia en consejas.

Como era de esperarse, aquellos dos visitantes tomaron un marcado interés en el caso del asesinato de Lascelles, examinando muchas veces el lugar de la tragedia y sus cercanías. Hablaban con todas las personas que podían ilustrarlos acerca del asunto, en forma comedida que despertaba inmediatamente la simpatía de todos los lugareños.

A medida que el tiempo transcurría, adquirieron un perfecto conocimiento del caso Manners-Lascelles, tan amplio como el del mismo magistrado que dictó la sentencia y el de los miembros del jurado que condenaron al infortunado Jorge. Del resultado de sus investigaciones, salió a luz que el agricultor patrón de Crosby, era un individuo llamado Charles Par-

## LA BUENA EDUCACION

*Cuando me disponía a leer mi periódico en el Metro entró un joven violentamente, como un tanque en un campo de trigo; me dió un codazo en el estómago, lastimó en un ojo a una señora, y con aire de triunfador se sentó en el sitio que un sacerdote ofrecía a un anciano.*

*—¡Valiente mal educado!— murmuré.*

*—Ha hecho muy bien — me dijo mi vecino.*

*Lo miré. Era un hombre de unos sesenta años, de rostro muy ajado y vestido miserablemente. Me encogí de hombros.*

*—Hace muy bien en ser mal educado — prosiguió—. Por tener educación acabo yo de salir de la Comisaría, en donde he pasado la noche.*

*—No comprendo.*

*—Se lo explicaré.*

*Mi vecino se inclinó para recoger una colilla del suelo, la encendió y comenzó su relato;*

*—Soy de muy buena familia. Mi padre me hizo dar una educación muy esmerada, demasiado esmerada. Me enseñó, sobre todo, a ser muy galante con las damas. No consentía que dejara de inclinarme y besar la mano de la señora que tenía delante.*

*Cuando tuve veinte años y al inclinarme cortésmente, advertía que la mano que besaba no tenía joyas; tomé la costumbre de reparar el daño.*

*Triste educación. Conocí a una artista encantadora, la Damaría, y la cubrí de oro, de joyas y de abrigos costosos.*

*Dos años después estaba arruinado.*

*Me dediqué a todos los oficios; pero uno sólo me hubiera convenido; el de profesor de buena educación. Pero ¿quién va a expresar hábitos de caballero galante con un traje lleno de remiendos y unas botas destrozadas?*

*Tuve que dedicarme a un oficio que no requiriese buena ropa, y me hice hombre-anuncio.*

*Durante todo el día andaba por los bulevares mostrando un enorme anuncio luminoso por la noche. Sucesivamente fuí anunciando todos los dáncings, salones de té y restaurantes lujosos en los que había dejado mi fortuna.*

*Un día tuve que pasear por la capital el anuncio de Damaría, la hermosa artista que me había arruinado. Como la desgracia me había hecho filósofo, había aprendido a resignarme.*

*Anoche, en compañía de otros cinco compañeros, estuvimos exhibiendo los anuncios luminosos en los que Damaría se mostraba bailando, con la pierna en alto.*

*Oí una voz que decía:*

*—Mira tu retrato, querida. Buen reclamo te están haciendo.*

*—Vi a Damaría resplandeciente, luciendo todas las joyas que yo le había regalado.*

*Su acompañante era un señor de bigotes largos.*

*Aunque hombre-anuncio, sigo siendo hombre galante, y me apresuré a acercarme a Damaría. Cogí su mano y me incliné para besarla.*

*Se oyó un grito.*

*Al inclinarme había dado un fuerte golpe con el armazón del anuncio en la cabeza del señor que iba con Damaría.*

*Se acercaron los guardias y me llevaron detenido.*

*Y he aquí cómo, por ser hombre bien educado y querer besar la mano a una dama, he pasado una noche en un calabozo de la Comisaría.*

GEORGES DOLLEY

ker arrendatario de Lascelles, a quien debía desde hacía tiempo las rentas de la quinta rentada, lo que exasperaba a Edmundo, pues todos sabían que la cuerda más sensible del difunto era el dinero. Si Lascelles era irascible, Parker no le iba en zaga.

Los visitantes de Londres comenzaron a permanecer fuera de la posada a deshoras de la noche, para las costumbres moderadas de Beckfield pero sin que ello llamara la atención de los habitantes del lugar, porque tomaban sus precauciones con el fin de no ser vistos, cuando salían al filo de las once para regresar poco antes del amanecer. Como siempre sucede, el arrendatario Parker fué el último en saber que sus terrenos eran objeto de misteriosas exploraciones por parte de aquellos sujetos, ya que siempre que conversaban con Crosby o Parker, únicamente hablaban del campo o la temperatura. Por casualidad hablaba Crosby acerca del asesinato de Lascelles, pero Parker siempre eludía tratar el caso y en ocasiones hasta le desagradaba platicar con los forasteros, quienes observaban cuidadosamente los lugares que el arrendatario evitaba, y los que más lo atraían, hasta que Parker se cansó de las frecuentes visitas de los londinenses y les hizo saber que estimaría como un favor que no volvieran a poner los pies en su casa. Fué entonces cuando los extranjeros decidieron visitar a Parker durante la noche llevando ocultas bajo sus capas una linterna y una pala, con la que escarbaban los lugares sospechosos del establo, del granero o de las cuevas. Durante algunas semanas, aquel trabajo nocturno no dió ningún resultado, hasta que una noche atrajo su atención una pila que se hallaba en un granero abandonado lejos del lugar de su origen. Se decidieron a escarbar aquel pedazo de tierra, operación que ejecutaron durante una hora, sin encontrar nada extraordinario. Repentinamente, el hombre que cavaba dijo al que sostenía la linterna:

—¡Alumbra bien! Necesito mayor luz...

A los pocos segundos de proferir estas palabras, la pala tropezó con un objeto informe que en un principio no supieron definir qué cosa era. Más adelante desenterró la misma pala un cuchillo de monte, enmohecido por la humedad y el tiempo. El trabajo de los dos detectives de Londres había fructificado.

Pocas horas después, fué detenido Charles Parker, bajo la acusación de ser el asesino de Edmundo Lascelles y mientras que las fuerzas de seguridad lo conducían a Londres, los dos detectives registraron la casa minuciosamente, encontrándose dentro de uno de los cojines de la cama de Parker con un objeto que les llamó la atención luego. Se trataba de un anillo con un gran záfiro que perteneció a Edmundo Lascelles.

Cuando se colocó ante los ojos de Parker, este hallazgo, el agricultor sufrió tal sorpresa y entró en un período de desesperación que no tuvo otro remedio que confesar, diciendo que las enfermedades del ganado las raquíticas cosechas y las constantes amenazas de Lascelles lo obligaron al crimen. Que en la noche del asesinato el propietario de las tierras fué a verlo, insultándolo porque no le pagaba. Parker, olvidado con quien hablaba, lo injurió a su vez, por lo cual Lascelles le azotó el rostro con su látigo, saliendo precipitadamente de la quinta.

Durante algunos instantes, permaneció Parker en su sitio, con las heridas que le causó Lascelles y que le ardían como si le hubieran aplicado un hierro candente a la cara, hasta que decidió dirigirse a la cocina, apoderándose de un cuchillo y yendo en seguimiento de su arrendador que caminaba en aquellos momentos por la carretera sumida en tinieblas.

Bien pronto se dió cuenta Lascelles de que lo seguían, aprestándose a la defensa. Cuando Parker se le acercó, volvió Edmundo a propinarle nuevos latigazos en el rostro, pero en aquellos momentos la situación cambió de aspecto, debido a la superioridad física de Parker, quien enloquecido por la ira y queriendo deshacerse de su arrendador comenzó a hundirle el cuchillo repetidas veces en el cuerpo, hasta dejarlo exánime.

Comprendió entonces Parker lo que había hecho y vió que el único camino de salvación que le quedaba era huir, huir a los Estados Unidos o al Canadá. ¡Posiblemente a Australia...! ¡Mientras más lejos mejor...! Pero, algo más fuerte que su voluntad lo retenía, ¿con qué iba a pagar el pasaje si no tenía para cubrir sus adeudos de rentas?...

Recordó que había visto brillar en la mano derecha de Lascelles un anillo con un gran záfiro. ¡He ahí su salvación!... Se inclinó Parker sobre el cadáver y quiso desprender la alhaja pero la mano se resistía como si aún estuviera dotada de vida y de una fuerza sobrehumana. El agricultor se dijo que, a toda costa, debía tener el anillo. Como escuchara pasos que se aproximaban por el camino, lo invadió nuevamente la desesperación y en medio de ésta volvió a hacer uso de su cuchillo, con el que desprendió la mano derecha de Lascelles!

Inútil es decir que Parker fué condenado a muerte y ejecutado.

Manners recobró su libertad y la justicia siguió impartiendo sus "fallos imparciales..."




—La plaza vacante es de guarda de noche, por lo cual necesito una persona de conducta intachable.

—Entonces, puede admitirme sin escrúpulos, señor. Precisamente por mi buena conducta me rebajaron seis años de la última condena.

(Continuación de la nota sobre las relaciones entre Méjico y nuestro país que aparece en la sección ilustrada).

accesibles a las modalidades de los pueblos hispano-americanos, el general Andrés Figueroa y sus dignos compañeros estuvieron pronto aclimatados en nuestro suelo. Se mostraron francos, llanos, correctos visitando el país y conociendo a fondo sus características, sus problemas sociales y sus hombres de significación. En Chapadmalal y haras Ojo de Agua los componentes de la distinguida comisión mexicana permanecieron estudiando cuanto podría interesar en favor del progreso de las dos naciones hermanas. Y a fe que lo hicieron con marcado tino, a punto que cumple reconocer que dejaron amplia y honda estela de su acción fecunda. Lo que venga en adelante será, pues, en parte, consecuencia de la decisión, consciencia y actividad desplegadas por el general Andrés Figueroa, mayor Madrazo, doctores Figueroa y Ortiz Berumen y señor Mesa. La obra realizada por ellos no dudamos que encontrará nobles continuadores en el embajador de México, don Alfonso Reyes, y en el nuevo cónsul general del pueblo hermano, figuras ambas cuyas altas cualidades de actividad e inteligencia hemos destacado merecidamente en más de una ocasión.

## UN SERVIDOR OPOR... TUNO

En su tocador un día,
Y ante el espejo sentada,
Una belleza afamada
Fin a su *toilette* ponía,
Cuando repentinamente
Sin previa señal o aviso,
En demanda de permiso,
Como es fórmula prudente,
Un celoso servidor,
Criado joven y agraciado,
Con el mayor desenfado
Entróse en el tocador.
—¿Quién es?—gritó sorprendida
La dama con gesto adusto,
Queriendo ocultar el susto
Por acción tan atrevida.
Con respeto y sin demora
Ante ella el mozo inclinado,
Respondió:—Traigo un recado
Para Vuecencia, señora.
—¡Insolente! ¿Y considera
Que para venir a dar
Recados, se puede entrar
Hasta aquí de esa manera?
Viendo la gran amargura
Que en el mozo anodadado
Causaba su justo enfado,
Añadió con más dulzura:
—¿No ha hecho usté reflexión
De que con tal osadía
Me puede encontrar un día
Desnuda en mi habitación?
Alzó el muchacho la frente,
Y con voz dulce y sensible
Y sonrisa indefinible,
Contestó tímidamente:
—Esté Vuecencia segura
De que eso no ha de pasar.
—¿Por qué?
—Porque antes de entrar
Miro por la cerradura.

*Javier de Burgos.*

# La de los ojos color de infinito

**Por Samuel J. Benchetrit**

Así eran sus ojos. Gláucos. La córnea levemente azulina, muy levemente. Inquietantes. Eternamente empañados de un suave brillo de lágrimas. Pero no por eso eran tristes. Al contrario; había en ellos una expresión indefinible de goce íntimo, concentrada en el iris negro y en dos motitas castañas de sus pupilas brujas.

Su nombre daba una sensación de rueda. Olga. Y en verdad, su alma estaba en rotación continua de raras impresiones, de deseos incontenibles, de ansias de boatos orientales, y de abandonos amorosos...

El había nacido en un país lejano. En un país envuelto en leyendas de bravuras, donde las mujeres son hermosísimas y valientes con abnegación, y donde los hombres viven la ensoñación quimérica de la conquista del Todo, de la vida y de la muerte, de las alturas y de los abismos, de la tierra, de los astros...

Se vieron y se odiaron. Entonces, se desconocían. El porte altivo de ella, erguido el cuello, el paso grácil y audaz, la mirada indiferente a lo que en su torno hubiera, no le causó ningún efecto grato. Y a ella, su mirada irónica, aunque bondadosa, y su gesto desenfanado — cinismo y cordialidad — y, particularmente, su figura física no le hicieron gracia alguna. ¿Acaso Freud no demostró que la atracción sexual fluye de la forma material, como principio y como fin? El era cojo. Le faltaba un pie. Caminaba, valiéndose de sus muletas...

Pero un día se hablaron. La curiosidad fué el hada que los unió. A él le interesaron las pupilas color de infinito; el mohín de la boquita carnosa y sensual, sin perfección helénica, pero como rezumando miel; la naricilla saliente, esa naricilla de la mujer que sabe pensar y sabe sentir. El odiaba las narices chatas, el "hocico humano", delator de servilismos y bajas pasiones; las narices pequeñas, insignificantes, que no saben estremecerse casi imperceptiblemente a la ráfaga sensorial. El amaba esas narices que son como una interrogación a todos los misterios. Una interrogación a la vida, al placer, al alma... Cuando ella sonreía mostraba una dentadura blanca, pero desigual. Estaba hecha para la función del mordisco que es caricia. En sus mejillas, los dos hoyuelos más graciosos del mundo. Dos hoyuelos para besar, para besar sin cansancio, voluptuosamente, como saciando una sed insaciable...

Ah!, ahora que se había marchado, la recordaba dulcemente. Se habían dicho muchas cosas. El alma de ella era como un espejo extravagantemente biselado, de forma que mirarse en él era mirarse fragmentado, disgregado en reflejos múltiples. ¡Cuán desconcertante le resultaba esta chiquilla! Unas veces se mostraba en su apariencia de perversidad que ama todos los vicios y otras se conmovía hasta con la menor futesa. Era ilógica. Lo que en otras, legítimamente suscitaría alborozo, en ella producía descontento. Deseaba poseer y lo poseído la mortificaba. Odiaba a las madres, pero amaba a los niños.

Tenía un perrito faldero a quien mimaba y atendía con admirable dedicación maternal. Si hubiera sido un niño... ¡cómo lo hubiera amado! A él le impacientaban los mimos al canino. Tenía celos de él. La distraían demasiado. Muchas veces, entusiasmado, le contaba sus sensaciones proteicas, sus aspiraciones, sus ambiciones, ese afán del picacho nevado donde fulge el sol de la gloria, del poder, de las riquezas... Ella le escuchaba, le escuchaba ensimismada. Y, cuando él la miraba, esperando su respuesta alentadora, el sonido cordial de su voz:

—¿Y Perico?...

Ella que llamaba a su perro que se alejaba. No le había prestado atención. El había sorprendido que una palabra suya, en el curso de la conversación, despertaba en ella un deseo, un recuerdo, una imagen, ante la cual su pensamiento se detenía, se bifurcaba, haciéndose irradiación... ¿Para qué seguir hablando? Ella no le oía ya. Era mejor abandonarla con sus pensamientos...

Un día demostró Olga curiosidad por ver el muñón de la pierna mutilada. Se lo enseñó, a sabiendas del horror que la inspiraría. Error. No se inmutó. Lo miró con interés y pasó su manita blanca y suave por la cicatriz...

—Pobrecito... — dijo.

Lo compadecía. Se lo acarició. El estaba emocionado. La tibieza de la mano amada que le tanteaba la cicatriz le infundía una sensación extraña. Después, ella se apoderó de las muletas e intentó caminar, imitándolo... Se rió muy regocijada:

—Qué interesante, qué agradable... cuánto me gusta...

De pronto resbaló una muleta sobre el césped y cayó. Olga perdió el equilibrio, trastabilló y asióse a él. Ambos rodaron por tierra, ella risueña, y él, adusto... No pudo aguantar más. Tenía fuego en las venas. La besó, con fuerza, voraz, frenético... Ella siguió riendo... Y él, besándola...

Oh! cómo la recordaba ahora que se había marchado. ¿Por qué el corazón aceleraba sus latidos? Se mordía los labios... Esos besos... Tenían sabor a sangre, a sangre acre... No, no era porque se mordía tanto los labios hasta partirlos. No. Es que tenía ese sabor en realidad. Olga besaba con arte supremo, ponía su alma toda en la caricia noble. Del beso, el suyo era un culto, la sabiduría de los dioses, el néctar que embriaga, la muerte de la personalidad consciente y el renacer de esa otra personalidad que se esconde allá en el laberinto dedalesco de lo que enloquece...

Solían deambular a la hora del crepúsculo. El momento se apoderaba de ellos. La tarde... Ella era la tarde. En ella el encanto vespertino se corporizaba. La aureolaba con un halo de virgen. Ah, en la tarde no se habría atrevido a tocarla. Le parecía sagrada vestal, sobre todo cuando el céfiro agitaba las crenchas de sus cabellos rubios, briznas de un oro de bizarra tonalidad oscura. Olga, la Tarde... ¡Cómo resplandecían sus ojos glaucos, inquietantes, profundos, que al mirarlos fijamente, parecían agrandarse, agrandarse hasta semejar el mar, el mar verdiazul, precursor de la tormenta!...

Se había ido. El reptil gigantesco — el tren — se la había llevado. Se la había llevado al infinito, de donde debía haber venido. Olga. La vertiginosa rueda de brillantes. Olga. El vacío angustioso de la emoción dulcísima. El beso. La caricia noble. Olga, la de los ojos color del tiempo...

Un recuerdo más en el alma del pobre mutilado.

## Motivos de la escuela

### PEQUEÑOS ARTISTAS

*Miremos las nubes:*

*Son copos de algodón; son grises con orlas de plata son capas rojizas, naranjas; son obscuras, plomizas; son de fuego o de zinc, de oro o de azur.*

*Todos los días —pequeños— anotaréis las que cubran el cielo. Seréis sus pintores, empleando los múltiples tonos que tiene la paleta de un niño.*

*Y cada mañana:*

*—¿Cúmulus? ... ¿Cirrus?... Estratos, ayer...?*

*Señorita: Está equivocada esa observación. Héctor tiene mal dada la forma, el color... —Discuten los pequeños artistas.*

*La maestra sonríe y corrige.*

*¿Le importan los trazos erróneos, los colores mal dados?...*

*¿Por qué está contenta?...*

*Sus alumnos levantan los ojos y miran —sobre los techos de sus casas de tierra— las nubes que están en el cielo.*

*JULIA DROVANDI DE GROSSO*



## *Lo que beben los intelectuales*

El vulgo se imagina que Shakespeare escribía sus dramas en las tabernas; que Rembrandt se metía en los chamizos para estudiar sus cuadros, y que Alfredo de Muset no tuvo talento hasta que se hartó de ajenjo. Para desengaño de inocentes, véase lo que beben muchos intelectuales contemporáneos, algunos de los cuales han dejado de pertenecer ya al mundo de los vivos.

El gran químico Berthelot bebe tres partes de agua y una de vino, añadiendo después de la sopa un vasito de Burdeos añejo; no toma té ni café en dosis perceptibles, pues teme los excitantes. Tampoco fuma.

Camilo Saint-Saens bebía cuando tenía sed, agua mineral, sobre todo; también vino sin exceso y algo de cerveza.

Jules Claretie bebe poco alcohol alguna que otra vez, en forma de licor suave; no cree que sirva de excitante intelectual. Nunca trabaja mejor Claretie que en ayunas.

Camilo Flammarión no ha bebido nunca agua, y no la usa mas que para lavarse. Bebe vino: Borgoña, Burdeos, Champagne.

Su abuelo fué viñador y murió de noventa años.

Emilio Zola bebía agua y no podía trabajar con toda claridad sino por las mañanas en ayunas.

Joan Richepin dice que comiendo, bebe vino, y entre las comidas no bebe nada.

Sully Prudohmme no tenía relaciones con el alcohol, que siempre temió.

Victoriano Sardou no soportaba media copita de aguardiente. En cambio era un gran bebedor de café.

Los grandes pintores del siglo, David Delacroix, Millat, Corol Manet, Chavannes han sido todos sobrios.

Augusto Rodin creía que el vino era cosa excelente.

Para Paul Bourget, el alcohol, por debil que sea la dosis, es un impedimiento absoluto para el trabajo.

Pierre Loti se declara musulmán en sus tres cuartas partes, y no bebe vino, ni alcohol, ni cerveza.

Maurice Barrés bebe agua y vino, pero no todos los días; cada seis meses un vaso de cerveza. Nunca alcohol

EL POETA LOCO DE LAS "ORIENTALES" Y DE LOS AMORES

# DON JUAN AROLAS

## El primer amor. — Una dedicatoria y una elegía. — Romanticismo y dolor

Catalán, como nacido en Barcelona el 1805, fué el célebre padre Arolas, cuya vida atormentada y extraña ha sido motivo de contadas biografías.

El carácter y el ministerio que tenía y desempeñaba en el mundo pusieron en todos un gran respeto y una gran cautela al ocuparse de este poeta, que floreció en pleno período romántico y puede considerarse como el Musset español.

Aquejados ambos del triste sentimiento que el dulce cantor florentino calificaba con el nombre de "Amor de amar", pasaron por el mundo con sus nostalgias y sus amarguras buscando un amor que no hallaron en la tierra.

Arolas especialmente no podía ni soñar con él. De aquí su desesperación, su desaliento, su angustia. Destinado a la soledad a que su condición religiosa le sujetaba, tenía que luchar contra su propio corazón, que no tardó en romperse en aquella lucha de privaciones y deseos en que vivía. ¿Qué de extraño y sorprendente tiene que la locura se apoderase de él? Alma nacida para sentir e inspirar grandes pasiones, engañado por una falsa vocación que le alejó de su verdadero camino, torció el rumbo de su existencia, pagando con su corazón el engaño y el error que había sufrido. La vida es implacable y castiga siempre a los que no sabemos encontrarnos a nosotros mismos en nuestra peregrinación por la tierra. Así le ocurrió a Arolas, al padre Arolas, naturaleza volcánica, espíritu exaltado, entre levantino y oriental, que purgó como pocos el error terrible que había sufrido.

Dijimos que Arolas nació en Barcelona en 1805, ciudad de la que pasó con sus padres a Reus—la patria de Bartrina—. En 1814 fué a Valencia, donde completó sus estudios, decidiendo, todavía muy joven, el dedicarse a la vida religiosa. Así lo hizo, teniendo la fortuna o la desgracia de sentir un gran amor; el primero en 1819, siendo novicio, en Peralta de la Sal.

A la mujer que se lo inspiró dedicóle su poesía titulada "La sílfide del acueducto". De aquellos días de encanto y placer son, seguramente, sus versos titulados "La cita", y que comienzan así:

Ella al jardín, yo a su lado;
es tímida, yo, discreto;
guarda la noche el secreto;
ninguno nos ha escuchado.
¿Qué falta a la dicha mía?
Que la noche eterna fuera.

Este amor primero que hace arder el corazón del poeta en el fuego del placer, que nunca había de olvidar, se ve dolorosamente interrumpido y truncado. La muerte se apoderó de aquella tímida criatura que comparte con él los sueños y los encantos de la juventud. Muere, pues, la adorada del poeta, cuya existencia hubiera sido distinta de haber vivido la compañera de aquellos años tempranos. Su vocación, vacilante en aquellos días felices, se hace más firme, o parece hacerse. El dolor y la desesperación le impulsan a buscar en la vida monacal un lenitivo para sus dolores. Pero una decisión tan firme no puede ser duradera cuando se toma contando tan poca edad como tenía Arolas, que no podía olvidar a aquella niña y que decía años después recordando aquel idilio de su adolescencia:

"Un sepulcro sencillo es todo el trofeo de mi pasión malograda. A su pie nacen, con la luz de la aurora, unas flores pálidas que han de morir con el día y que simbolizan mi desgracia".

Luego añadía dirigiéndose a ella, a la que ausente estaba dentro de su corazón:

"Tu sombra enamorada, mientras la noche tranquila tiende su manto, presidirá mis humildes y lúgubres canciones".

No estaba bien cimentada la vocación religiosa del padre Arolas, cuyas poesías y composiciones, cada vez más apasionadas y ardientes, tenían el fuego en que se consumía su espíritu:

Sobre pupila azul, con sueño leve,
tu párpado, cayendo amortecido,
se parece a la pura y blanca nieve
que sobre las violetas reposó;
yo el sueño del placer nunca he dormido.
Sé más feliz que yo.
Bella es tu juventud en sus albores,
como un campo de rosas del Oriente.
Al ángel del recuerdo pedí flores
para adornar tu sien, y me las dió.
Yo decía al ponerlas en tu frente:
Sé más feliz que yo.
Tu mirada vivaz es de paloma;
como la dormidera del desierto,
causa dulce embriaguez, huri de aroma
que el cielo de topacio abandonó.
Mi suerte es dura; mi destino, incierto:
Sé más feliz que yo.

Así cantaba Arolas, que para disimular un poco los lirismos de su corazón, imitando y siguiendo a Víctor Hugo, nos dejó las famosas "Orientales", que son las más conocidas de todas las que escribió. Pero después volvía su propio espíritu a reclamar sus derechos y volvían a sonar sus más apasionados cantos.

Así pintaba la formación de la mujer:

En aquellos jardines de ventura,
do jamás tuvo fin la primavera,
quiso Dios dar al hombre compañera,
llenándola de gracias y hermosura.
Al ángel lo formó de luz y gloria,
y a la mujer formó de aroma y flores;
y si al ángel sobraron resplandores,
vino a quedar dudosa la victoria.
Por sobrar en la virgen escogida
dulce copia de amor, Dios poderoso,
formando de jazmín su pecho hermoso,
con un soplo de amor le dió la vida.
Por ser de flor, venciendo al torbellino
ue pudiera oprimir su pompa y gala,
unque a los mismos ángeles se iguala,
ébil la contempló su autor divino.
Demos, dijo, a sus nítidos luceros
la irresistible fuerza del encanto:
"Mirad, ojos hermosos y hechiceros;
mirad y veréis, brillad sin llanto.
Si queréis ablandar los mismos bron-
[ces
no basta mirar, llorad entonces".

El desorden de su vida, el dolor de su alma, la desesperación de su espíritu destrozado por las luchas que se libraban entre su concien y su corazón, perturbaban su entendimiento cada vez más. Algunos desengaños experimentados y sufridos cuando menos los esperaba le hacían decir:

O aman o aborrecen las mujeres;
dos extremos sin medio ni prudencia;
y con sed insaciable de placeres,
aprenden a llorar, que es su gran cien-
[cia.

¡La mujer! ¡Siempre la mujer! Constante obsesión de aquel corazón enfermo, eran el tormento y la esadilla de su espíritu:

Es el polvo más leve que las plumas;
más que el polvo, la brisa desatada;
la mujer, más que brisas y que espumas.
¿Y más que la mujer?... No encuentro
[nada.

En 1844 experimentó los primeros síntomas de la locura que había de apagar la luz de su corazón. Manía perentoria fué la que primeramente sintió, huyendo de todo el mundo y refugiándose en el colegio, donde no había medio de conseguir que respetara las ropas con que le cubrían. Todas las desgarraba. Entonces, el padre Carlos García ideó una treta para conseguir que se vistiese. Esta treta consistió en hacer que llevasen al colegio una caja de letras chinas, caja que hizo conducir delante del enajenado, diciéndole: "Han traído esta caja. ¿Será para usted? Tiene letras chinas". Arolas respondió: "Sí. Este es un obsequio que me manda el Emperador de la China, que es mi gran amigo". Abrieron la caja y sacaron un grueso y tosco ropón, que al loco le pareció una prenda extraordinaria. No se la quitó hasta que murió, el 28 de noviembre de 1849.

Juan López Núñez.



### HUMILDAD

*La respuesta suave y humilde quebranta la ira.* — Proverb., cap. XV, v. 4.

*El fruto de la humildad es el temor de Dios, las riquezas, la gloria y la vida.* — Proverb. cap. XXII. v. 4.

*Humilla cuanto puedas tu espíritu; porque el fuego y el gusano castigaran la carne del impío.* — Eclesiástico, cap. VII., v. 19.

*La sabiduría ensalza al humilde y le dará asiento en medio de los magnates.* — Eclesiástico, cap. XI. v. 1.

*¿Te han hecho rey o director del convite? No te engrías: pórtate entre ellos como uno de tantos.* — Eclesiástico, cap. XXXII, v. 1.

*La segunda virtud que ha de acompañar nuestra oración es la humildad.* — *Fr. Luis de Granada.*

*La humildad es fundamento de la santidad y de todas las virtudes.* — P. Alonso Rodríguez.

*Hace de ejercitar la humildad muy a menudo, por su gran provecho y necesidad.* — P. Juan Eusebio Nieremberg.

*En más se ha de estimar y tener por humilde virtuoso que un vicioso levantado.* — Cervantes.

# Las guerras y las grandes invasiones

Claudio Bernard ha probado que el método científico se aplica con la misma precisión a los seres vivos que a las cosas inanimadas y que el determinismo de los fenómenos puede también establecerse rigurosamente: determinismo científico de fenómenos naturales que no debe confundirse con el grosero fatalismo.

Si la guerra es un fenómeno natural sometido a leyes, es lógico esperar que una vez conocidas estas leyes, será posible evitar sus desastrosas consecuencias como nos defendemos del rayo con el pararrayos.

Desgraciadamente, el orgullo humano no tiene límites.

En sociología y en todo lo que se refiere al estudio de la paz y de la guerra, el determinismo y el método científico faltan.

¿Cuáles son las causas que producen las guerras?

Las antipatías étnicas, atávicas; los odios hereditarios; las competencias; las rivalidades económicas; el malestar financiero, la religión, las operaciones empíricas de los diplomáticos, todos ellos epifenómenos resultantes de fenómenos naturales de orden fundamental.

Así, por ejemplo, una escasez de trigo entre los árboles, a causa de la langosta, produce una insurrección. Envío de tropas, créditos, muertos de ambos lados, violentos discursos en las Cortes, furibundos artículos en la prensa, un ministerio que cae.

Pero he aquí que la ciencia describe que las grandes invasiones de langosta se provocan cuando las manchas del sol alcanzan su máximum, y se sabe que esto es periódico, y podemos sacar en consecuencia que hay una estrecha relación entre un fenómeno astronómico, como las manchas del sol, y la caída de un ministerio.

Veamos otro ejemplo:

Los franceses, más preocupados en empolvar sus pelucas con harina que en conservarla en sus graneros, ven que el hambre se hace general. Los parisienses, hambrientos, van a Versalles y piden pan al rey. La revolución bulle; la familia real, asustada, pide ayuda al extranjero. El pueblo, furioso, decapita a los reyes.

Se proclama la república; la guerra estalla. Bonaparte se hace emperador y acaba con las fuerzas del país en su marcha hacia el Este, hacia el Norte y hacia el Sur.

Su sobrino, Napoleón III, provoca una invasión del Este; otra guerra, y, por último, en 1914, otra guerra y otra invasión.

¿Hubiera ocurrido todo esto si no se hubiese producido el hambre en Francia?

Ahora bien, esta hambre se produjo por varios años de malas cosechas, debidas a influencias meteorológicas, es decir, a causas esencialmente cósmicas.

Muchas de las causas nos son desconocidas, pero otras no, y entre éstas se cuentan las influencias que resultan del movimiento de rotación de la tierra y del de traslación de ésta alrededor del sol.

**La sucesión periódica del día y** de la noche tiene una importancia biológica considerable.

Durante el día, los vegetales almacenan la energía solar y fabrican la substancia terrestre inorgánica, edifican moléculas orgánicas que servirán de alimento a los animales herbívoros y a las plantas mismas.

Por el mismo medio astral se **asegura la alimentación de todos los seres.**

Durante la noche, el vegetal, desde el punto de vista nutritivo, en lugar de hacer obras de síntesis, las hace de análisis. El animal es activo durante el día y descansa de noche, duerme y el funcionamiento del organismo se transforma.

La influencia de estas alternativas del día y de la noche es tan grande que persiste a veces después de haber dejado de ejercerse directamente. Por esto, la sensitiva colocada en la obscuridad continua, toma la noche la actitud del sueño a la hora acostumbrada, a consecuencia de un efecto acumulativo de inducción.

De la revolución anual alrededor del sol depende el cambio de las estaciones y las innumerables modificaciones de la conservación de la especie y del individuo.

Conocidas son las influencias de las estaciones en determinadas enfermedades.

Las influencias cósmicas se hacen sentir en la sociología humana. Las estadísticas prueban que en junio se produce el mayor número de crímenes pasionales, violaciones, atentados de todas clases.

Por la previsión del tiempo se podrían evitar ciertas manifestaciones psíquicas individuales o colectivas: la mortalidad de los neurasténicos y ciertas enfermedades como el reuma, la gota, las antiguas heridas que predicen los cambios de tiempo.

Las grandes invasiones de colectividades humanas se verifican con violencia no solamente alternando con períodos de paz, sino que indudablemente dependen de causas cósmicas, independientes de la voluntad humana, pero que sufre el hombre instintivamente como las aves que emigran en determinadas épocas: que obedecen a causas puramente cósmicas.

Vivimos sobre un inmenso electro-imán que hace oscilar la aguja magnética con variaciones anuales sujetas a una ley y cuyo ciclo medio es de doce años, que es sensiblemente el ritmo de los grandes movimientos militares.

Lo curioso es que las máximas magnéticas corresponden a las máximas de las manchas solares; es decir, que existen relaciones estrechas entre estas manchas, las variaciones magnéticas y las guerras. Además, las variaciones magnéticas comprenden a las del calor, de la electricidad atmosférica, del vapor de agua, de la presión barométrica, etc.

La creencia de la influencia de los astros en los actos de la humanidad es antiquísima.

En estos últimos tiempos se han notado numerosas anomalías y desórdenes en la sucesión de las estaciones, modificando considerablemente el clima de Europa.

En 1913 estas anomalías fueron muy sensibles. Flammarión hizo notar que todos los signos celestes de que hacen mención los antiguos escritos, se manifestaron desde el principio de la gran guerra.

De todas las causas cósmicas que más influencia ejercen sobre el hombre, la más importante es el movimiento de rotación de la tierra.

Se ha notado, desde hace tiempo, que las ciudades tienen una marcada tendencia a ensancharse en sentido inverso al movimiento de rotación de la tierra, que las personas duermen mejor con la cabeza orientada hacia el Oeste y que casi todo el mundo trabaja mejor dando la espalda al Oriente. Hay aún más pruebas que demuestran que la orientación de los organismos tiene una marcada influencia sobre su funcionamiento fisiolófico y patológico.

De todas las manifestaciones, la **más asombrosa es la constancia con**





**—Yo siempre he sido desgraciado en amores**
**—¿Sí?**
**—Sí. Mi primera novia me dió la galleta la segunda se murió y la tercera... se casó conmigo.**

## EL SENTIDO DE LA SONRISA

*Si tú vieses cuánto bien hace la sonrisa, a tí mismo y a los demás, no dejarías de sonreír ni en los momentos más fastidiosos.*

*Al sonreír tú, los que están a tu alrededor, te miran y sienten como si una vaga caricia se les desparramara por todo su cuerpo. Se ha desvanecido la sonrisa en tus labios, pero queda como dormida en el aire, y flota, y se desgrana sin quererlo tú, como esas gotas de agua que, después de cada lluvia, caen de los árboles sin la voluntad de las nubes.*

*¡Qué hermosa es una sonrisa y cuánto alivia! Tú sonríes, y parece que todos los pesares cotidianos se escaparan de donde te encuentras. A veces, alguien podrá decir que esa tu sonrisa ha salido un poquitín amarga. No importa. Sonríe. En tu boca entreabierta florecerá la indulgencia de quien todo lo ama porque lo comprende todo.*

*Sonríe, amigo. Sonríe siempre. Sonríe, porque es hermoso sonreír. Sonríe, porque sonreír hace bien...*

*Celso TINDARO.*

la cual, en todas las épocas, se han verificado las grandes emigraciones humanas y las invasiones de carácter permanente.

Es imposible seguir la pista de las antiguas emigraciones humanas; pero después del período terciario, la configuración del suelo de Europa y Asia se había fijado y se ha podido reconocer que la mayoría de los hombres establecidos en Europa en las épocas prehistóricas e históricas vinieron de Asia, es decir, de Oriente, a Occidente.

Las emigraciones en sentido contrario son más raras y menos duraderas; ejemplos: el imperio de Alejandro en Asia, la ocupación de la Gran Bretaña y la Galia por los romanos, los cartagineses contra Roma, los árabes en España, los españoles en Flandes, y otras varias, que han durado más o menos, pero que no fueron definitivas.

El ejemplo más palpable de los malos resultados de las invasiones de Oeste a Este, es el desastre de las ocho cruzadas a Tierra Santa.

En realidad, puede decirse que el Oriente ha sido la cuna y tumba del Occidente.

Las grandes líneas de emigración no han cambiado desde los tiempos prehistóricos y bárbaros. Los japoneses han logrado empujar a los rusos hacia Europa; los yankis, en contra de la doctrina de Monroe, están en las Filipinas.

¿Cuál ha sido el impulso ciego que hizo a los alemanes marchar hacia Calais y el Iser?

La ciencia experimental no dice que fueron, en efecto, empujados por una fuerza ciega, como la que empuja a las golondrinas a invadir otros países al terminar el verano.

Después del descubrimiento de Colón, los españoles, y luego, imitándolos, otros pueblos de Europa, se dirigieron hacia el Nuevo Mundo en sentido inverso al movimiento de rotación de la tierra, de Este a Oeste, como todas las grandes emigraciones de carácter permanente.

Es indudable que hay una fuerza ciega que impulsa al hombre a ir de Oriente a Occidente, y este movimiento se ha hecho unas veces por la emigración pacífica y otras a sangre y fuego por la guerra.

He aquí un experimento curioso:

Si sobre un disco al que se le hace girar horizontal y regularmente, se colocan recipientes cilíndricos con animales de diferentes especies: mamíferos, aves, reptiles, batracios, peces e insectos, se ve que, sea por el aire, por el agua o por la tierra, todos tienden a volar, nadar o andar, en sentido inverso del movimiento del disco, lo que no explica la fuerza de la inercia, pues los animales muertos son arrastrados por el movimiento en el sentido del movimiento giratorio.

A esta tendencia se le ha dado el nombre de "anticinesia", del griego "anti", contra, y "cinesis", movimiento.

La teoría "anticinética" explica las emigraciones de los hombres y animales en sentido inverso al movimiento de rotación de la tierra.

La guerra, según el doctor R. Dubois, debe ser considerada como un fenómeno biológico y como tal hay que estudiarla científicamente, matemáticamente.

Como todos los fenómenos biológicos de orden fisiológico, la guerra resulta de las relaciones que existen entre los seres vivos y el medio en que nacen, crecen, se reproducen y mueren, o sea el medio cósmico, y las influencias cósmicas obran más o menos directamente sobre el hombre y sobre las colectividades.

Querer evitarlo es poner diques a un río; se llegará a contener su corriente durante algún tiempo, pero luego la avalancha será mayor.

No hay, pues, que pensar en poner diques a la humanidad; hay que regular su corriente: la emigración pacífica, si se quiere evitar las desastrosas guerras o las invasiones.

## CANCION ESTATICA

I

Todo calla en el palacio
De mi muerta castellana;
Sólo una fuente lejana
—Al dar su linfa al espacio—
Un son musitante y lacio
Va alargando en la mañana.
Todo calla. Lentamente
Mi recuerdo se desgrana
Y —cual una voz arcana—
Me habla misteriosamente.

II

Todo es paz. Bajo la incierta
Media luz que entra en mi alcoba,
Mi absorto mirar se arroba
Sobre la faz de la muerta
Que se duplica—alba y cierta—
En los muebles de caoba.
Se abre el sol. Mi íntimo celo
Prolonga su muda queja
Y mi alma se asemeja,
Al contemplar en su duelo
El cariño que se aleja,
A la honda faz vagarosa
De los lánguidos espejos
Que parece están perplejos
En la fuga misteriosa
De una nube silenciosa
Que se pierde hacia lo lejos.

*L. González Calderón.*

## SUPERSTICION

*Gustavo y Matilde están casados y son felices, aunque su situación sea modesta.*

*Mientras Gustavo está en la oficina Matilde cuida de la casa. La joven es muy supersticiosa, y esto no ha turbado aún la buena armonía que reina en el matrimonio. Pero desde hace tres meses esta superstición se ha agravado, y Gustavo se ha propuesto curar a su mujer, pues prevé que este defecto acabará por hacerles la vida imposible.*

*Aquella tarde entró Gustavo en casa con aire preocupado.*

*—¿Qué te pasa, querido?*

*—Nada. Me duele un poco la cabeza. Debo de haberme constipado. Está diluviando.*

*Varios estornudos.*

*—¡Magnífico! Estornudar por la tarde es señal de que nos va a ocurrir algo bueno. ¿Pero qué haces, desgraciado? ¡Abrir el paraguas dentro de la habitación!*

*—Es para que se seque!*

*—¡Buena la ibas a hacer!— exclama su mujer, cerrando el paraguas—. Andá, pon la mesa mientras yo preparo la comida — y canturroneando se metió en la cocina.*

*—Muy difícil me ha de ser— pensó Gustavo— curarle esta manía.*

*Cuando volvió Matilde, exclamó al ver la mesa:*

*—¡Las cucharas y los cuchillos cruzados! ¿No sabes que eso es señal de discordia?*

*—¡Basta! — vocifero Gustavo, y dió un fuerte puñetazo en la mesa.*

*—¡Has vertido la sal! Algo malo nos va a ocurrir.*

*—Poco me importa.*

*—¿Qué tono es ese? Anda, conjura la mala suerte echándote sal por la espalda.*

*Gustavo cogió el salero y lo arrojó furioso contra el aparador. Un plato cayó al suelo, donde se hizo añicos, y el salero quedó roto sobre el aparador.*

*El salero era de cristal azul.*

*—¡Cristal de color! ¡Ahora sí que nos espera buena!*

*Gustavo, cada vez más furioso, cogió los trozos del salero y los arrojó al suelo.*

*—Muy bien — dijo ella. — Así hay que hacer para conjurar la mala suerte. Pero no dejes de pronunciar las frases cabalísticas: "Que el mal se aleje de nosotros." Porque si no, es como si no hicieras nada.*

*— Las palabras que voy a pronunciar son éstas: "Me voy a comer al restaurante".*

*Y se marchó precipitadamente a la calle.*

*La pobre Matilde empezó a llorar.*

*—Ya tenía yo el presentimiento de lo que iba a ocurrir — gimió la pobre. — Debía llegar esta primera nube negra. He sangrado del lado izquierdo de la nariz, y esto es presagio de una decepción del corazón.*

*Gustavo entró a media noche muy tranquilo y dueño de sí. Hasta la mañana siguiente no se reconciliaron..*

*—Escucha, Matilde. Si quieres que haya paz entre nosotros tienes que dejar de creer en esas tonterías. Sólo los tontos son supersticiosos.*

*—Haré lo que mandas.*

*—¿Entonces se acabaron esas majaderías?*

*—Lo que tú quieras.*

*A la hora de almorzar Gustavo vió a Matilde en la ventana. Con una escoba intentaba alcanzar el tejado de la casa.*

*—¿Qué haces?*

*—Quiero coger un nido que han puesto las golondrinas encima de nuestra ventana.*

*—¡No toques ese nido, imprudente! — se apresuró a gritar Gustavo. — ¿No sabes que trae buena suerte?*

*Entonces Matilde, mirando a su marido con una expresión de infinita malicia:*

*—¡Amor mío! ¡Ya sabía yo que acabarías por decirlo!*

Alfonso CROZIERE

## La geisha japonesa es la mujer del encanto

Es la geisha una clase de mujer que no tiene equivalente en ninguna parte del mundo; es una creación japonesa, y puramente en el Japón se conoce y aprecia.

Equivocadamente creen algunos blancos que estas lindas muñequitas pertenecen a la "profesión más antigua del mundo", pero es un error: la mayor parte de las geishas son honradas, sin que sea condición indispensable que lo sean.

Su verdadera misión es alegrar la vida; son un término medio entre la actriz y las "yoro" o damas de disipación.

No es que necesariamente hayan de ser virtuosas, pero el vicio no forma parte de su profesión. Por lo general son unas muchachitas de aspecto inocente, niñas en la apariencia, muy pequeñitas; parecen juguetes: muy inteligentes y lujosamente vestidas, graciosas, exquisitas en su cortesía; su principal atractivo está en su gracejo.

Nadie como la geisha se engalana tan vistosamente, ni con tanto derroche de seda.

Desde la niñez se la dedica a la profesión; y antes, mucho antes de hacerse vieja, se retira, y si no se ha casado, pone una escuela para educar a otras muchachas.

Etimológicamente una geisha es una mujer completa; socialmente, es una muchacha educada desde los ocho años en el baile, en el canto, en la conversación y en los cuentos para divertir a los convidados a un banquete.

La misión de la geisha es hacer la vida alegre y agradable; sabe bailar, cantar, tocar toda clase de instrumentos, contar con gracia todo género de historietas, leyendas y chistes; tiene contestaciones rápidas y agudas; en la conversación es acariciadora y encantadora. Sabe jugar a todos los juegos. Es graciosa, airosa, ligera; sus modales son exquisitos y es linda... linda como una gesiha.

Sólo un muerto puede permanecer indiferente ante sus encantos; su alegría es el mejor de los tónicos; cuando todas las medicinas han fracasado en una enfermedad, la geisha puede salvar al paciente: lo cura todo. Es decir, cura todas las enfermedades pero suele hacer enfermar muchos corazones; los hiere con gran facilidad.

La geisha es siempre inteligente y elegante; son las mujeres que mejor visten en el imperio del Sol Naciente.

En el arte de la conversación, pretenden los japoneses que no hay quien las iguale en el mundo, y es posible que tengan razón.

La educación completa de una geisha tarda de cuatro a cinco años.

# ASUNTO CONCLUIDO

**Por Esteban Tomorkenyi**

Marton lleva lentamente a pastar sus rebaños. De cuando en cuando le dice al "bojtar" (1) que dé una carrera para reunir los corderos.

Marton ha llegado ya al límite del distrito, y su "tanya" (2) está cerca de allí. Esto no es de desdeñar. Una fiesta es cosa harto rara para un "juhasz" (3). La fiesta consiste en servirle una comida caliente que le traen de la "tanya".

Marton ya no lleva más lejos a su rebaño. Ordena a los perror que dejen en paz a las bestias de ir y venir a su gusto.

La mañana transcurre de este modo. Los corderos, las avejas y los carneros permanecen tranquilos; el "bojtar" toca la flauta; claro es que haría mejor en callarse, porque todavía no la toca muy bien.

Marton atasca su pipa, una pipa de horno recto, grave y con el tubo ligeramente encorvado. Esta pipa se parece a la de los cazadores, y sirve para distinguir al "juhasz" del "bojtar", que fuma en una pipa de saúco cortada por él mismo y cuya médula quema con un alambre, y que luego talla a su capricho. Lo mismo ocurre con la yesca. Un "juhasz" encuentra, por lo general, demasiado cara la yasca que se compra a los esclavos y se la prepara por sí mismo con una flor de la "puszta" (4).

Así transcurren las horas hasta el medio día. Hace buen tiempo; el pollino lleva su szür (5), y en lo alto el sol ríe mirando el rebaño de Marton.

Marton mira al sol y ve llegar al medio día. Entonces lanza sus miradas hacia la "tanya", que reconoce por los tres esbeltos álamos. Ya ve salir alguien detrás de los árboles y acercarse a través del prado. Si las cosas sucedieran como habitualmente, aquella mujer que viene hacia él sería la mujer de Marton. Pero ésta no trae el delantal blanco, porque es costumbre de las mujeres de cierta edad, aun cuando vayan a buscar a su marido, lleven siempre un delantal azul.

Marton la mira, y ve que, efectivamente, le traen, como siempre la comida en la escudilla, envuelta en un pañuelo rojo. El hambre hace más penetrante la mirada del hombre, y ve que aquella muchacha anda de prisa, porque nadie anda tan de prisa como una muchacha, ya que todas ellas parecen deslizarse como cervatillas. Marton murmura para sí: "Hay novedades". Pero no dice nada a nadie. ¿A quién se lo iba a decir? El "bojtar" no merece siquiera que le dirijan la palabra. No es tampoco costumbre hablar a los perros, y todo el mundo sabe que los carneros son estúpidos. Al único ser al cual dirige algunas veces la palabra es al pollino, porque se trata de un animal inteligente...

Pero éste, precisamente por su inteligencia, está un poco lejos; marcha siempre a la cabeza del rebaño.

La mujer avanza presurosa por entre la hierba, tan bella durante la primavera. Marton empieza a distinguir a la que llega. Es seguramente Apolia, la mujer del vecino Gergo Ver. ¿Qué le pasará entonces a su mujer? Recuerda que le gusta mucho la sopa salada con albondiguillas. Tal vez comió demasiado por la noche y... ¡Jun, Jun!

La mujer está ya muy cerca. El pollino se le aproxima diez o más exactamente, seis pasos. Los perros se lanzan contra ella a través del rebaño, por no hallar un camino más corto. La que viene con la comida no es la mujer del vecino. Es la hija de Marton, la que se casó el año pasado y que es madre desde hace un mes.

¿Cómo no está en la "tanya" de su marido?—se pregunta Marton. Y cuando llega cerca de él su hija, le pregunta:

—Toma, yo creí que era Apolia. ¿Cómo has venido tú?

La mujer está pálida. Con voz trémula contesta:

—He vuelto con vosotros, padre.

Mientras tanto desata el pañuelo rojo y saca un puchero y una escudilla. El puchero es para el "gazda" (6), la escudilla para el "bojtar". La comida está todavía caliente, porque se tuvo en el fuego hasta el último momento. Es un poco de carne de cerdo con habas.

Al que no le agrada este plato no tiene buen gusto.

Marton, un poco sombrío, se sienta en el suelo; el pollino se le acerca. Siempre ocurre lo mismo. La cuchara y el pan están en un saco. El saco atado al "szür", y el "szür" sobre el lomo del pollino. Por eso éste viene a traer los accesorios de la comida. Es un animal inteligente, porque si no fuera inteligente, si no pudiera utilizársele por su inteligencia grave y plácida, hace ya mucho tiempo que su raza se habría extinguido.

Marton tiene, pues, una cuchara. El "bojtar" no; no hay más que una sola cuchara; pero con un pedazo de pan de centeno siempre se puede hacer una cuchara, clavándolo en la punta del cuchillo.

—¿Has vuelto con tu hijo?—pregunta Marton, mientras hunde la cuchara en el puchero.

—¡Con mi hijo! — contesta la joven pálida. Y luego, suspirando, añada:—Estaba escrito.

Marton, ceñudo, pregunta:

—¿Te ha pegado?

—No. No me ha pegado. Tal vez hubiera sido mejor que me pegara. Me ha hecho daño con palabras.

—¿Pues qué te ha dicho?

—Me dijo, dice: "El que no trabaja no debe comer". Dice que ya estaba cansado de holgazanería, y que debía empezar a escardar los pimientos. Yo le dije entonces que todavía no estaba del todo buena para ello.

—Bien. Y es verdad.

—¿Cómo dejar solo a un niño de un mes? ¿Dónde se ha visto nunca llevar al campo a un niño de teta? Además, que no puedo. Usted sabe de sobra, padrecito, que nunca le hice ascos al trabajo.

—Ciertamente; ¡lo que es eso!

Marton echa los huesos a los perros. Alargando la mano coge a uno de éstos por el cuello y le azuza contra un corderillo que se aleja para que lo traiga al rebaño. El perro sale en su busca y lo trae.

—¿De modo que ha dicho que tú no debías de comer si no trabajas?

—Sí.

—Y entonces tú le has dejado y has vuelto con nosotros.

La mujer mira tímidamente a su padre, procurando adivinar si también éste la reñirá. Dice en voz baja:

—He vuelto con vosotros.

—¿Y él no intentó detenerte?

—Ni siquiera con una palabra. Bueno; tal vez sea que no comprendiese que tenía el propósito de marcharme.

Marton, furioso, arroja el resto de la comida a los perros y tira, por encima del hombro, hacia atrás, las cortezas de pan para que las coja alguien que se coloca siempre detrás del "juhasz", cuando come sentado en el suelo, y que mira las cosas inclinando su cabeza enorme. Este alguien es el pollino. También cuando el amo juega mira las cartas por encima de su hombro.

La muchacha preguntó, al fin, tímidamente:

—¿He hecho mal, padrecito, en volver a casa?

Le parece a Marton que sus ojos se llenan de lágrimas y que alguien le oprime la garganta. Mostrando el rebaño contesta:

—Estos carneros son toda nuestra fortuna. Aquella "tanya" de allá abajo es tuya. ¿Y encima se atreve a rehusarte el pan? ¡Que el viento le arranque los cabellos! No le volverás a ver más si tú quieres. Quédate entre nosotros. Está loco por ti y ya volverá a buscarte.

Al oír estas palabras de su padre la muchacha sintió aliviado su corazón. Cogió de nuevo la escudilla y el puchero vacío, los envolvió en el pañuelo y se marchó diciendo:

—Que Dios os vendiga.

—Dios te bendiga a tí también, hija mía.

Marton la vió alejarse pensativa; de pronto, le gritó:

—¡Vera! Esta tarde no estaré aquí; no me esperéis tampoco a cenar.

—Pues madre me había dicho que

## EVOCACION

*En tanto que mi barca boga dulcemente y las nubes erran en el cielo, contemplo meditativo las tranquilas aguas del río. También el agua es de la noche clara. Cuando una nube se desliza sobre la luna, la veo pasar el río y me parece que navego en pleno cielo.*

*Pienso en mi amada que así se mira en el espejo de mi corazón.*

## MI VESTIDO

*Mi vestido data de una época en que vivía un rey de la dinastía de los Tchinn. Tantas bellas jóvenes se lo han puesto para danzar que sus pliegues aún guardan una sinuosidad armoniosa, y tantas brisas lo han rozado, que es diáfano, como una ala de mariposa.*

## CANTO DE AMOR

*Tus manos son dos flores de lann. Tus pies son dos lotos. Tus mejillas, dos naranjas de Kiang-Ngann.*

*Tu perfume es el de la primavera. Tu voz es más seductora que el canto de la brisa en los sauces que reverdecen; y tu aliento es más embriagador que el perfume de una Pagoda, donde se queman los aromas.*

*Eres más bella que una flor de albaricoque bañada de luna. Eres todas las flores y todos los perfumes. Eres el esplendor del mundo.*

*Cuando pienso en tí, ya no envidio más a los Dioses.*

F. TOUSSAINT

estaríais aquí hasta mañana—contestó la muchacha.

—No; imposible. La hierba es ya demasiado corta. Tengo que seguir hacia adelante.

—¿Pero no os queda pan en el saco? Os traeré un poco.

—No, no. Te hacen daño estas idas y venidas. Ya te he dicho que no quiero nada. Además, tengo leche.

—¿Leche? ¿Dónde?

—En mis ovejas — contestó Marton.

Hizo señas a los perros de reunir el rebaño.

Y el rebaño empezó a marchar lentamente hacia el otro extremo de la "puszta".

---

A la caída de la tarde el rebaño de Marton está en el límite de la "puszta".

La "tanya" del marido de Vera está cerca de allí. A poco más de una hora de camino. El rebaño queda confiado al "bojtar" y a los perros, y Marton, después de haberse puesto una espuela en la bota, monta sobre el asno.

Un "Juhasz" nunca lleva dos espuelas para ese medio caballo que se llama pollino: basta con una: con el "pica-pollino".

Marton, caballero en su asno, se aleja rápidamente.

El asno sabe también a dónde va, porque no es la primera vez que ha ido, y porque al medio día vió en el prado a Vera.

Al asno no le gusta trotar, pero tiene el paso más vivo que el de un caballo, y todavía no se había puesto el sol cuando llegaron a la "tanya". Los perros de la "tanya" empezaron a ladrar, y el de Marton les contestaba entre las patas del pollino.

Bajó Marton de la cabalgadura de Nuestro Señor; de la casa salió a recibirle su yerno. Janos Simito, y dijo:

—Buenas tardes.

—Buenas tardes—contestó Marton.

Quedaron unos momentos mirándose sin hablar. Mientras tanto, el pollino se dirigía hacia el pozo que el "béres" (7) le diese de beber.

Los perros de la "tanya" tenían deseos de atacar al perro del pastor; el perro del pastor no salía de entre las patas del pollino, y los otros tenían miedo, porque sabían cómo eran sus coces.

Al fin, Marton dijo:

—Pregúntame por qué vengo.

Janos contestó:

—Ya lo diréis si os place. Entremos.

—Yo no quiero entrar — contestó Marton.

—¿Por qué no queréis entrar?

—Porque no quiero entrar, y si no quiero entrar, no entro. ¿Qué iba a encontrar en esta casa de la cual se ha echado a mi hija con su hijo?

Janos bajó la cabeza, y hurgando en la arena con la punta de la bota, contestó:

—Ya me dí cuenta en seguida que Vera le había llenado la cabeza de cosas.

—Naturalmente. ¿Y por qué la has tratado de ese modo?

Janos intentó defenderse.

—No he sido yo. Es que mi madre estuvo aquí y dijo que ya había descansado bastante. Dijo, dice, que en su tiempo, las mujeres no estaban en cama más que una semana.

Marton fué a contestar, furioso, pero logró contener su cólera.

—Allá tu madre. Ella cuidó su bastardo como le dió la gana. ¿A mí qué me importa lo que hace con los chicos que sigue teniendo?

Janos, indignado, le interrumpió:

—Habla usted de mi madre como si fuera una perra.

Marton, un poco más tranquilo:

—¿Y por qué se mete ella en lo que hace mi hija? ¿Qué tiene ella que ver con su salud y con la de mi nieto?

Janos, contestó:

—Me parece que si es vuestro nieto, también es mi hijo.

En aquel momento el perro del pastor vió a unos cuantos pasos de distancia a uno de los perros de Janos, que empezó a lanzar aullidos.



—Yo gasto el calzado de la casa Ruperter. ¿Y tú?
—¿Yo? De los tacones.

Marton, replicó:

—Eso tú lo sabrás.

Rieron ambos. Pero, pasado aquel momento de furtiva alegría, Janos volvió a hablar gravemente:

—Si vuestra mujer hubiese venido a casa de su hija no hubiera pasado nada de esto. Yo no tengo la culpa de que mi madre sea de otra raza. Vamos a ver, ¿por qué no ha venido vuestra mujer?

Marton se encogió bruscamente de hombros.

—¡Bah! Estupideces. ¿No sabes que está sola en la "tanya"? ¿Cómo iba a venir?

Se callaron de nuevo. Meditaban sobre la parte de verdad que contenían las palabras de cada uno.

Al fin, Marton, tiró su rebenque contra los perros de Janos para arreglar definitivamente el asunto canino.

Luego reanudó la conversación:

—¿Cuándo vas a ir a buscarla?

—Puedo ir ahora mismo — contestó Janos.

—Haces bien. Porque si tardas ya no la recobrarías jamás. Y si no la quieres no te la doy.

Janos contestó, altivo:

—La ley me la dará.

—No te la dará.

—Sí me la dará.

—Marton, tranquilamente, fué a coger su rebenque y golpeó la arena, durante un rato, meditando lo que iba a contestar.

Estos movimientos, que no hacen daño a nadie, son como las blasfemias: apaciguan el furor y abren el camino a las ideas conciliadoras.

—Bueno, pues me voy. Tengo cerca el rebaño y no quiero dejarlo mucho tiempo al cuidado del chico. Pero antes quiero decirte una sola palabra. Como yo llegue a jurar por mi alma y por la de mi mujer que no dejará volver a tu casa a tu mujer, entonces ni la ley, ni el alcalde, te la devolverán nunca. ¿Conformes?

Hubo un silencio.

Luego, Janos contestó:

—Conformes.

—Está bien — repuso Marton.

Luego, lentamente, fué hacia el pollino y montó sobre él. Ya montado, alargó la mano a su yerno.

—Bueno — dijo dulcemente—. Pondrás también una almohada en el coche... para el chiquitín.

Janos asintió:

—Bien, bien.

Marton, sobre el pollino, se alejó al trote de la "tanya" de su yerno.

La noche era hermosa, llena de luz de luna. A lo largo del camino, entre los brezos, cantaban los grillos.

---

(1) Zagal.
(2) Granja.
(3) Pastor.
(4) Llanura.
(5) Manta.
(6) El amo.
(7) El boyero.

## Laberintos antiguos

Los laberintos de la antigüedad eran, como se sabe, vastos edificios, monumentos compuestos de gran número de piezas y galerías en tal disposición, que los que, sin conocer éstas perfectamente, se internaban en ellos, no veían el modo de encontrar la salida.

La historia antigua menciona cuatro célebres: el primero, en Egipto, cerca de la ciudad de Arsinoe; el segundo, en Creta; el tercero en Lemmos, y el cuarto en Italia, junto a Clusium.

El de Egipto era el más antiguo, y mucho más notable que los otros por su extensión y magnificencia. Según Herodoto, el arte y el esplendor se hallaban prodigados en él de una manera sorprendente. Fué mandado edificar por doce reyes, para eternizar la memoria de su reinado y para que les sirviera de tumba.

Otros autores dicen que, más que para guardar los restos mortales de los reyes, estaba destinado a conservar los cocodrilos sagrados, divinizados por la religión egipcia.

El laberinto de Creta, tenido como una creación imaginaria de los griegos, fué encargado por Minos, rey de aquella isla, al artista más ingenioso de su época — dédalo,— para encerrar en él al Minotauro. Por haber favorecido a Pasifae, fué también encerrado Dédalo con su hijo Icaro.

El laberinto de Lemmos sobrepujaba en grandeza y manificencia a los anteriores, según Plinio. Se ignora el fin para que fuera edificado.

El de Italia se debió a la iniciativa de Porsena, rey de Etruria, quien lo destinaba a guardar sus restos y procurar a Italia un motivo de gloria sobre los demás países.

## Flirt

El.—Yo soy el hombre que más piensa en usted.

Ella. — Lo mismo me dice su hermano.

El.—¡Yo más!... Me levanto tres horas antes que él.

# Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

**N.o 1 — CHARADA**

Es mi *primera segunda*
el doloroso pensar
de quien en ollas abunda
y no se logra casar;
*primera y dos* repetida,
el soldado ha de llevar
bien repleta a la campaña,
pues si le llega a faltar
de nada le sirve el rifle
que sin ella está de más.
Mi *tercia* es tiempo de verbo
causa de felicidad;
y también es un placer
en el clima tropical
que abunda en ricos bocados
delicias del paladar.
Tengo un *todo* muy divino
con cuyo dulce cantar
mitiga la nostalgia
en mis horas de pesar
de la moribunda tarde
a la luz crepuscular.

**N.o 2 — ADIVINANZA**

Blanco fué mi nacimiento
y me pintaron colores:
he causado muchos muertos
y he empobrecido, señores.

**N.o 3 — FUGA DE VOCALES**

N. B. LL.
.s l. m. gn. l..
t.n. d.l.c.d.
q.. s. .n s.s h j.s

q..d. m.nch.d.
. . . . . . . . . . .
¡N.d.. t. b.s .
p.l.m. m...
p.rq.. .l b.s. rt..
s.g.r.m.nt
t. m.nch.r..!!!
.NT.N. S..NZ S..NZ

**N.o 4 — COMPRIMIDO**

A

**N.o 5 — FRASE COMPRIMIDA**

,, O —
P.O

**N.o 6 — JEROGLIFICO**

1469
+7022
8491 NEGRO

**N.o 7 — COMPRIMIDO**

500
BANQUILLO
NOTA NOTA

**N.o 8 — GEROGLIFICO**

INDICE ROJO
NOTORIO

**N.o 9 — CHARADA**

*Dos-tercera* estas *dos-tres*
y *prima-tercia* potingues.
Te desaparecerán
los *todo* del mal, Andrés.

**N.o 10 — JEROGLIFICO**

PASO
PASO

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.o 27—Tribuna-Turbina.
„ 28—Muchacho.
„ 29—Milano.
„ 30—Cucaracha.
„ 31—Comprimido.
„ 32—Dábale arroz a la zorra el abad.
„ 33—Al divino botón.
„ 34—Orellana.
„ 35—Candorosa.

# EL CACOMIXTLE

Los aztecas, dotados de un gran espíritu de observación, designaron al mamífero carnívoro del género Bassoris, con los nombres de cacomixtle, voz formada de *tlaco*, medio, *mixtle*, león, *tepechiche*, *teptl*, cerro, *maxtli*, cinturón, y *on*, pequeño.

Este mamífero, de dientes fuertes y cortantes, plantígrado, de piernas medianamente largas, con dedos en cada pie, de uñas grandes, fuertes y encorvadas, es del género Bassaris, por poseer cabeza corta, hocico puntiagudo, orejas grandes o medianas, cuerpo delgado y cola larga y anillada.

El cacomixtle del monte, habita en Jalapa estado de Veracruz; Mirador, Tehuantepec, Nabalon, Poc'boc y Peto (Méjico; en el volcán del Fuego (Guatemala) y en la Palma, de Costa Rica.

Su cuerpo es esbelto, gracioso, y mide, de la punta del hocico, mandíbula superior, al nacimiento de la cola, 0,45 centímetros. Su pelaje varía. En la parte superior de la cabeza, cuello, lomo y patas, es de color leonado, con las puntas más obscuras y la base de color gris perla; de color blanco sucio a los lados del hocico, mandíbula inferior y garganta, y de color blanco pajizo en el abdómen. La cola tiene diez anillos de color café tostado, más obscuro hacia la punta, y nueve de un blanco sucio, los cuales disminuyen en intensidad y anchura al irse aproximando a la cola.

La cabeza es corta, ancha en la línea media de las orejas, las que forman un triángulo equilátero con la punta del hocico; orejas medio ovales, parecidas a las del gato, movibles, colocadas semidiagonalmente y muy posteriormente en la cabeza; de color blanco sucio en la cara posterior y en los bordes de la anterior, y de allí, hasta su unión con la cabeza de color leonado; ojos grandes, nariz desprovista de pelo, pequeña, con grandez cerdas a los lados.

El cuerpo es angosto, parecido al de los félidos; sus extremidades anteriores más cortas que las posteriores, poseyendo muslos anchos y fuertes, piernas medianas y menos robustas que los muslos y pies plantígrados con cinco dedos en cada pie, con uñas curvas, fuertes y semiretráctiles, participando en parte de los caracteres típicos de los cánidos y de los félidos.

Elliot, este erudito investigador, ha deslindado las variedades *raptor*, *flavus oregonus*, si bien este último no ha sido bien estudiado aún.

El *raptor* habita en California y Oregón, caracterizándose por tener el cráneo más delgado, nasales puntiagudas y estrechas, órbita ocular muy grande, color amarillo moreno en la parte superior y los anillos blancos de la cola más anchos que en cualquier otro.

El *flavus* vive en Texas, es pequeño y se diferencia de los otros en el color del pelo, que es pardo negruzco, más obscuro en la línea media, con los flancos amarillentos cola más corta que las variedades anteriores, con anillos circulares y abrazantes.

El *sumichrosti* vive solitario en los bosques y montañas, haciendo sus madrigueras en los huecos de los árboles, cuyas oquedades cierran con ramas en la parte superior, de tal manera, que cuando llueve su guarida permanece seca.

Es astuto, tenaz e inteligente; de día duerme, después de haber recibido un baño de sol, y de noche se apresta a la lucha por la vida, devorando ratones, conejos y aves de corral; gusta de chupar los huevos que encuentra. Cuando duerme, su sueño es ligero y está siempre alerta; si se le sorprende en su morada sale violentamente y corre a lo largo de las ramas del árbol donde vive, al que ama con gran cariño.

El macho es más robusto y bello que la hembra, y éste ama mucho a sus hijos.

El vulgo, para probar su inteligencia y astucia, dice que cuando el gallinero está bien asegurado, da vueltas a su alrededor y una vez que se ha dado cuenta de la situación en que se encuentra, estudia la manera de entrar en él, desenrollando alambres, royendo barrotes y, en ocasiones, practicando túneles.

El profesor Taboada, mejicano, refiere que con destino al Museo de Historia Natural de aquel país estaba un cocomixtle encerrado en una jaula, atado con una cadena que estaba enganchada por una de sus extremidades a un collar abrochado al cuello y por la otra a un garfio que pendía de uno de los barrotes de la jaula. Cinco días de cautiverio bastaron al animal para que éste pensara en el modo de recobrar su libertad.

Durante el día permanecía escondido en su caseta y por las noches daba vueltas en derredor de su jaula palpando con sus dientes y uñas la resistencia de la cadena y de la jaula. En muchas ocasiones intentó desatarse, pero en vano; sus esfuerzos fueron inútiles hasta que hubo meditado lo que debía de hacer, y la noche del quinto día de cautiverio desenganchó la cadena del garfio de que pendía, desenrolló los alambres que sujetaban la puerta de la jaula, y, rápido como una flecha, atravesó el patio del museo, después de haberse quitado el collar, el cual dejó con la cadena en el patio, recobrando su libertad.

# Los perfumes. - Su origen y obtención

La fabricación y el uso de los perfumes es cosa tan antigua como la cultura humana. En los tiempos prehistóricos el hombre preparaba ya sus extractos y ungüentos olorosos con las substancias que le brindaba la Naturaleza. Más tarde encontramos el empleo de los perfumes asociado a los ritos religiosos.

Conocemos la antiquísima costumbre egipcia de embalsamar los cadáveres con ungüentos perfumados.

Sabemos por el Antiguo Testamento que los hebreos empleaban en sus cultos religiosos la mirra como un homenaje a la Divinidad.

El uso de las esencias en la remota cultura asiática y en el antiguo Egipto tenía una significación especial, de cuya importancia apenas si podemos darnos cuenta. Aun en nuestros días el Oriente es el clásico país de los perfumes fragantes, y las esencias del perfumista de Arabia constituyen uno de los principales valores en el mercado.

De Oriente pasó el uso de los perfumes a la Grecia antigua. Entre los romanos adquirió también gran importancia el empleo de las esencias.

El arte de los perfumes, que tan considerable desarrollo había adquirido en la antigüedad, cayó completamente en desuso durante el período de la Edad Media, debido a la influencia del cristianismo, que proscribía estas costumbres paganas y se preocupaba principalmente de la cultura espiritual del hombre.

Con la época del Renacimiento vuelven los perfumes a su apogeo. Hay en los relatos de aquellos días las más curiosas anécdotas referentes a los afeites, las esencias y los cosméticos usados por las más distinguidas damas de mediados del siglo XVI, el más brillante período del Renacimiento.

Después de Italia, Francia es la que emprendió con el mayor éxito en los siglos XVII la fabricación de los perfumes, que en nuestros días constituye una de las más florecientes industrias de Alemania.

En la antigüedad se preparaban las esencias con muy pocas materias; el número de éstas se ha acrecido considerablemente. Hoy obtenemos perfumes de un sinnúmero de semillas, raíces y resinas.

El reino vegetal nos suministra material para nuestros más delicados perfumes. Nos abastecen principalmente los vergeles de Italia, España, Francia y Holanda, los naranjos y los limoneros de la Riviera y una gran cantidad de plantas del sur de Italia y de Sicilia e innumerables géneros de ellas asiáticas, indias y mejicanas. Algunas substancias de procedencia animal sirven también para la fabricación de ciertas esencias como el almizcle, el ámbar, etc.

Se emplean diversos métodos para la obtención de estas materias vegetales; el aceite aromático volátil, muy sutil, es extraído de algunos vegetales odoríferos.

Estos aceites esenciales se separan por la destilación o se extraen por otros procedimientos.

Generalmente se llevan grandes toneles y vasijas al lugar en donde se hallan las plantas; ya allí se arrancan las partes necesarias de éstas y se ponen a cocer en las grandes calderas preparadas a este efecto. El vapor cargado del aceite volátil se deja destilar en otro recipiente preparado de antemano. El aceite que flota en la superficie del agua se recoge cuidadosamente y se envía a su destino.

Este sistema es el empleado en el sur de Francia para la obtención de la esencia de eucalipto y de espliego. En Suiza se emplea también, y del mismo modo obtienen los aldeanos búlgaros su esencia de rosas.

En ciertas plantas que, debido a la delicadeza de su perfume, perderían al ser cocidas en agua, se emplea el sistema de hacerlas cocer al vapor; se requiere para esto un aparato especial.

Para extraer la esencia de las flores que proporcionan material a la industria de la perfumería, se emplea un método completamente distinto; por mejor decir, son varios los sistemas empleados.

Grasse, en la Riviera francesa, es uno de los centros más importantes en donde se cultivan flores y existen grandes fábricas de perfumes. Resulta interesante una excursión a esta ciudad, situada al pie de los Alpes marítimos. Al acercarse se ven ya sus campos en flor, y Grasse mismo es un florido vergel, que nos recuerda que estamos en la "ciudad de los perfumes".

El perfume embriagador de las distintas esencias allí preparadas asalta al visitante apenas entra en una de estas grandes fábricas.

Junto a las paredes se alinean gran cantidad de toneles, canastos, vasijas, cubetas, máquinas e innumerables utensilios para la preparación de las esencias.

Millares y millares de flores de todas clases llegan a estos laboratorios. Por el olor penetrante que exhalan estos aparatos y máquinas, podemos determinar qué género de flores trabajan: jazmines, nardos, violetas, azahar, romero, tomillo, etcétera.

Tres son principalmente los sistemas aquí empleados para la obtención de las esencias: el sistema de maceración, el conocido con el nombre de "Eufleurage" y la extracción por medio de éter.

Según el número de flores les conviene uno u otro sistema. El de la maceración se practica sometiendo las substancias olorosas, por un tiempo dado, a la acción de un líquido. Para el mayor éxito de la operación de pone aceite puro en un baño de agua mantenido a una temperatura de 50°. Las flores se echan en este baño y permanecen hasta que el aceite ha adquirido el principio del cuerpo sometido a su acción. De cuando en cuando se renuevan las flores, y, por fin, se obtiene íntegra la esencia olorosa. Sabido es que los aceites esenciales hallados en los vegetales aromáticos sometidos a una temperatura medianamente elevada se volatilizan sin experimentar alteración alguna.

La substancia olorosa de algunas flores no resiste en ciertos casos una temperatura muy elevada.

El sistema conocido con el nombre de "Eufleurage" se practica en frío. En el tablero destinado a este efecto se coloca una delgada capa de grasa. Más tarde se cubre esta capa con flores frescas, violetas, jazmines, etc., y se prensan. Las flores permanecen allí mientras conservan aroma y luego se van cambiando por otras frescas; por este procedimiento se obtiene una pomada olorosa, de la que se extrae el perfume por medio del alcohol.

La fabricación de perfumes no ha terminado con la obtención del aceite volátil y del extracto puro de flores. Siguen una serie de complicadas manipulaciones para lograr los más extraños y penetrantes perfumes.

Nos sorprende a veces el precio elevadísimo de un perfume y encontramos costoso un frasco de esencia pura. Pero no tenemos en cuenta que para un pequeño frasco de extracto puro se han necesitado cientos y miles de hermosas flores. Para un litro de extracto puro de esencia de rosas se consumen 12.000 kilogramos de rosas.

El precio exorbitantes que debía hacerse pagar por los extractos puros y la imposibilidad de lucro en este caso, fué el móvil que impulsó a hacer experimentos en los que se intentó sustituir los costosos medios naturales por otros artificiales. Por medio de la química se han obtenido resultados maravillosos, que han logrado que esta industria se desarrollase de un modo extraordinario.

Se averiguó, por ejemplo, que la apreciada esencia de rosas puede ser sustituída por otras composiciones mucho más económicas. Siempre por medio de investigaciones químicas se lograron los éxitos más lisonjeros; después de complicados trabajos se descubrió la creación artificial de la esencia "sintética". Y así se consiguió la obtención de la esencia de clavo, de heliotropo, de violeta y de otras muchas flores.

La industria de los perfumes ha adquirido un gran desarrollo en estos últimos tiempos. Innumerables son las combinaciones que se han realizado y los experimentos que se han llevado a cabo en los campos de la química en la preparación de los perfumes, con lo cual se contribuye al mayor éxito de esta importante industria.



## Periodística

—Vengo a que rectifiquen ustedes la noticia que han dado mi muerte en los "Ecos de sociedad".

—Con mucho gusto. Mañana incluiremos su nombre en la sección de nacimientos.

EL CARACTER DE LA OBRA

—¿Es sainete o comedia lo que vió usted ayer?

—Apenas si recuerdo. Lo que sí sé es que acababa en boda.

—Entonces era drama.

EL PRECIO DE LA PRENDA

La madre. — Qué precioso abrigo de pieles. ¿Cuánto te ha costado?

La hija. — Un beso solamente.

La madre. — ¿Qué le diste a tu marido?

La hija. — No; que él le dió a la doncella.

# Conocimientos útiles

*Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar*

*Para que los insectos no estropeen los libros*, se da a las tapas por dentro y por fuera una buena mano de la siguiente preparación: Sublimado corrosivo 30 gramos; ácido fénico, 30, y un litro de alcohol de metileno.

La preparación debe aplicarse una vez cada dos años.

* * *

*Serpientes de Faraón.* — Esos pequeños conos de sulfocianuro de mercurio que, si se les prende fuego, se convierten en una especie de culebrilla que se enrosca sola, pueden prepararse del siguiente modo: Disuélvase bióxido de mercurio en ácido nítrico, y por otro lado, mézclese una parte en volumen de sulfuro de carbono y cuatro de alcohol, en cuatro de una solución saturada de amoníaco; esta segunda mezcla hay que sacudirla con frecuencia. Al cabo de dos horas, el bisulfuro estará disuelto y formará una solución de un rojo obscuro. la cual se hará hervir hasta que el color rojo desaparezca y se convierta en amarillo claro. Entonces se evapora, sometiéndolo a una temperatura de 28°, con lo que se conseguirá que cristalice.

La primera de estas preparaciones es nitrato de mercurio y la segunda sulfocianuro de amoníaco. Añádase poco a poco el sulfocianuro al nitrato; el primero precipitará, y entonces se decanta el líquido que sobrenada, y la masa que queda se modela en conos de un centímetro de altura o poco más. Hay que advertir que el polvo del sulfocianuro es muy irritante para las vías respiratorias, y que, cuando se prende fuego a los conos, deben evitarse sus vapores en lo posible. Para quemarlos colóquense en un plato y préndase fuego al vértice.

* * *

*El papel secante saturado de trementina* ahuyenta la polilla, por lo cual conviene poner algunas hojas en el fondo de los cajones de la ropa.

* * *

*Para sustituír la levadura del pan*, los ingleses emplean lo que llaman *baking powder*. Este sucedáneo de la levadura se hace añadiendo a unos 700 gramos de fécula de arroz, 120 de bicarbonato de sosa en polvo, y luego 90 gramos de ácido tártrico también en polvo. Estos ingredientes se mezclan haciéndolos pasar por un tamiz, y cuidando de que estén perfectamente secos. La mezcla se guarda en un recipiente bien cerrado y muy seco. Al usarla se emplean **35 gramos por cada** medio kilo de harina.

También pueden pulverizarse en un mortero dos cucharadas de carbonato de sosa, y luego añadir, sin dejar de majar, una cucharada de harina de arroz, y, por último, tres cucharadas de crémor tártaro.

*Barniz para el cristal.* — Uno muy bueno se hace disolviendo goma tragacanto en una clara de huevo perfectamente batida, y dejando reposar la mezcla 24 horas

* * *

*Para oxidar los objetos de níquel*, basta dejarlos un poco de tiempo en una solución diluída de sulfuro de amoníaco, sulfuro de potasio o sulfuro de sodio.

* * *

*Jabón para lavar la seda.* — Caliéntese medio kilo de aceite de cacao a 38° en una cacerola de cobre y mientras se remueve fuertemente, añádasele un cuarto de kilo de lejía de sosa cáustica de 30° Beumé. En otra cacerola se calentará un cuarto de kilo de trementina blanca de Venecia, que se mezclará después con el contenido de la vasija de cobre. Tápese ésta muy bien y déjese con un calor moderado durante cuatro horas, al cabo de las cuales se volverá a calentar como al principio y se añadirá medio kilo de hiel de vaca.

Pulverícese un poco de jabón bueno, que esté bien seco y mézclese con el contenido de la cacerola hasta formar una pasta lo bastante dura para que apenas ceda a la presión del dedo. Medio kilo o poco más de jabón basta para la cantidad antes indicada de los demás ingredientes. Cuando se enfría la mezcla se corta en forma de barras.

Con este jabón puede lavarse la seda de colores más delicados en la seguridad de que éstos no desaparecerán.

* * *

*Para limpiar los muebles pintados y barnizados*, se echan en tres litros de agua 30 gramos de bórax pulverizado y 500 de jabón moreno hecho pedazos pequeños. ·élvase **en caliente**, removiendo sin cesar, pero sin dejar que hierva. Se aplica con un pedazo de franela usada y se enjuaga con agua clara apenas haya quedado limpia la pintura. Otro procedimiento que no ataca tampoco al barniz ni a la pintura, y sin embargo los limpia muy bien, consiste en empapar un pedazo de franela en agua caliente y escurrirlo luego hasta que esté casi seco. Entonces se toma con él un poco de greda de primera calidad, se aplica sobre la superficie pintada, y frotando ligeramente saldrá toda la suciedad. Después hay que enjuagar la misma parte de la madera con agua clara y secarla frotando con un gamuza suave.

* * *

*El calzado no rechina* al andar, si se mojan bien las suelas con agua caliente y se les aplica en seguida una buena mano de aceite o de grasa, dejándola que se seque poco a poco.

* * *

*Los cuellos de encaje se limpian* espolvoreándolos con ácido bórico, en cantidad abundante, y dejándolos enrollados unos cuantos días, transcurridos los cuales se sacudirá el ácido y las manchas habrán desaparecido.

* * *

*Grande Chartreuses delicioso licor de postre, tónico y estomacal.* — Fórmula general: Alcohol puro de 39 a 40 grados, un litro; agua común, un litro; azúcar de pilón o cortadillo, un kilogramo; especies del Grande Chartreuse, una caja.

Preparación No. 1: En un botellón o vasija capaz y apropiada, póngase todo el alcohol con la mitad de agua, o sea medio litro, y las especies de la caja, teniendo el todo en maceración por espacio de veinticuatro horas, agitando el botellón alguna que otra vez.

Número 2: En una caldera o perol apropiado, póngase dos libras de azúcar pilón o cortadillo y la otra mitad, o sea medio litro de agua facilitando a fuego suave su disolución, y cuando esté medio fría, viértase sobre la misma el licor número 1, filtrándolo primero por papel, reponiéndolo después para el uso sin más clarificaciones.

* * *

*Para dar a la madera el aspecto del ébano.* — Se disuelven dos onzas de goma laca y una onza de borax en un cuartillo de agua, hirviéndolo todo hasta la perfecta disolución. Entonces se añaden dos cucharaditas de glicerina y anilina negra, soluble en el agua, cantidad suficiente.

## ISLAS FLOTANTES DE HIELO

*Un témpano es un pedazo de glaciar que, socavado por la acción de las aguas marinas, viene a caer en ellas empujado por su propia gravedad. Guillermo Allingham, en el "Chamber's Journal", dice cosas interesantes acerca de estos "cisnes" del océano.*

*Su temporada, en la región occidental de los mares del Norte, es de marzo a agosto. Solamente la novena parte del témpano es visible sobre el agua, y se requiere un atento estudio de los hechos y una viva imaginación para formar concepto de lo que ello significa.*

*Lo que dijéramos acerca de la magnitud de estas agigantadas masas de hielo parecería increíble, si las medidas del sextante no convinieran con las del cómputo más atrevido.*

*Hace años, en el* **1833**, *cuando, entre Nueva Zelandia y el Cabo de Hornos, el capitán del Arethusa quiso medir la altura de un témpano sobre el nivel del mar, halló, con la ayuda del sextante, que subía a* **840** *pies, y en setiembre del* **1896**, *por el mismo medio, el capitán del vapor Termopilae, de la línea de Amberdeen, Mr. A. Simpson, obtuvo una altura de* **810**.

*En los mares del Sur se han visto estos años pasados varios témpanos cuya altura oscilaba entre los mil y mil quinientos pies. En setiembre de* **1898**, *el famoso Loch Torridon, hallándose a cuatrocientas millas y al Oeste de las islas de Folhlam, tropezó con varios témpanos de mil pies de altura y, coronándolos a todos, uno que, desde la raya del agua hasta su cúspide, medía ¡mil quinientos pies!*

*Es, por consiguiente muy consolador leer que, desde la época glacial los témpanos rara vez se han acercado a la Gran Bretaña dentro de las mil millas.*

*Según las observaciones más recientes, se puede asegurar que los témpanos que, partiendo de los glaciares del Norte, emprenden su viaje hacia el Sur, resisten la acción de los elementos hasta dentro de las* **2.100** *millas desde el Ecuador.*

*No es la altura lo único notable en el témpano. Su extensión le hace parecer una isla o pequeño continente.*

*Durante los primeros cuatro meses del año* **1854**, *hacia la mitad del trayecto entre el Cabo de Hornos y el de Buena Esperanza, se posó una prodigiosa masa de hielo, en medio de un gran número de espléndidas embarcaciones ocupadas en transportar a Australia corazones esforzados y manos diligentes.*

*Tenía la figura de una jota, por lo que fué especialmente peligroso para los buques que entraron en su recodo, entendiendo que pasaban por entre dos enormes témpanos paralelos. Sesenta millas de impenetrable solidez tenía uno de los brazos. El otro, sólo veinte. Situada entre aquellos amenazadores promontorios de hielo había una falsa bahía de cuarenta millas. Uno de los barcos emigrantes que entró en aquel "cul de sac" se perdió con cuantos lo ocupaban, en tanto que los otros tuvieron gran dificultad para salir a sitio despejado.*

*Los témpanos son discípulos de Antolico; arrastran con las cosillas que ven descuidadas tales como toneladas de tierra, aves, fieras polares, restos de embarcaciones deshechas y aun naves enteras. En el* **1851** *se vieron dos grandes buques, enteros y verdaderos, en un témpano.*

*Por fortuna no es frecuente chocar con estos gigantes.*

# Notas cinematográficas

*"Aelita"* — Esta película que está exhibiendo desde estos últimos días la Corporación Argentino Americana de Films, es una fantasía cinematográfica inspirada en la novela "El soviet en Marte", original del escritor ruso Alexis Tolstoi.

El personaje principal, el ingeniero Loss, caracterizado por el actor Zeretelli, mientras está a cargo de la estación radiotelegráfica de Moscú, recibe unos mensajes misteriosos que él cree procedentes de Marte.

Precisamente Loss está perfeccionando una invención consistente en un extraño vehículo con el cual supone que podrá vencer la fuerza de atracción de la tierra y remontarse por los espacios interplanetarios.

El ingeniero, en su fantasía, imaginase cómo es la vida en Marte, planeta por el cual siente especial predilección, y estas escenas extraterrenas que nos muestran la existencia de un mundo extraño, constituyen la parte medular y más curiosa de la película.

Disgustos domésticos motivados por la intromisión de elementos extraños en su hogar, dan lugar a que Loss atente contra la vida de su esposa. Desesperado, cree hallar un lenitivo en la construcción de su máquina.

Pasan los días y Loss está en Marte, en compañía de un soldado ex revolucionario. Pero en Marte también hay celos, intrigas, maldades, como en la tierra o peores. Estalla también una revolución... y de pronto Loss despierta. Su viaje a Marte y las visiones consiguientes han sido un sueño. Entonces vuelve en busca de su mujer que nunca le fué infiel y que jamás dejó de amarlo. Arroja el fuego los planos del aparato y resuelve no vivir más que para su esposa y el presente, que es, con todos sus inventos, algo mejor que lo que ha visto en otros mundos.

Un selecto conjunto de artistas rusos secunda a Zeretelli en la interpretación de "Aelita".

*Reparto de "El hombre que ríe"*

Los artistas que intervienen en "El hombre que ríe" super producción Universal que se estrenará en el próximo mes de abril, son los siguientes:

Mary Philbin, como Dea, la muchacha cieguita; Conrad Veidt, como Gwynplaine (El hombre que ríe); Olga Baclanova, como la voluptuosa duquesa Josiana; Brandson Hurst, como Karkilphedro, el bufón; George Siegmann, como el cirujano Hardquannone; Stuart Holmes, en el rol de lord Dirry Moir; Josephine Crowell como la reina Ana; Sam de Grasse, como el rey Jaime; Cesare Gravina, como el filósofo Ursus; Julius Molnar (hijo), en el rol de Gwynplaine niño.

El director de esta producción es Paul Leni, el celebrado "metteur" alemán.

Ocho difíciles "sets" han sido construídos en Universal Citty para "El hombre que ríe".

Entre ellos están la Cámara de los Lores, la habitación de la reina Ana, el "boudoir" de la duquesa Josiana, la feria de Southwark, las calles de Londres del siglo XVIII y los muelles sobre el Támesis.

*En "El hombre que ríe" actúa* un actor de 7 años. — Julius Molnar (hijo), es un pequeño actor que llamará la atención del público por su interpretación en "El hombre que ríe". Julius tiene solamente siete años y asiste a uno de los colegios de Hollywood.

Ha desempeñado ya varios roles en películas de corto metraje y la Universal lo eligió entre muchos niños para su rol de Gwynplaine cuando era niño. Tan bien ha desempeñado su papel en esta película que el pequeño Julius ha conseguido un contrato para interpretar otras películas.

La Universal tiene especial suerte para elegir niños para interpretar sus películas. Virginia Grey y Mona Ray la rubia y la negrita de "La cabaña del tío Tom" pueden confirmar esto.

"El hombre que ríe" será presentado por la Universal en los primeros días del mes de abril.

TERAPEUTICA

EL CLIENTE. — ¿Cuánto le debo, doctor?

EL MEDICO. — He sido muy amigo del padre de usted, y en consideración a ello, solamente le cobraré por mis servicios profesionales la exigua cantidad de doscientos pesos.

EL CLIENTE. — ¡Qué lástima que no haya usted conocido a mi abuelo!...

# EUCARISTIA

¡Amor, Eterno Amor que de la nada
Creaste las innúmeras esferas
Que, reflejando tu mirada amante,
Fulguran en sus órbitas inmensas!

¡Oh Padre de la humana criatura
Que formaste del lodo de la tierra
Y porque dominase lo creado
Le diste generoso un alma eterna!

¡Oh Salvador que al redimir al mundo
De la terrible y merecida pena,
Padeciste por él dolor acerbo
Y moriste en patíbulo de afrenta!

¡Aun no bastaba al infinito anhelo
De tu divino amor tanta largueza,
Y tu cuerpo y tu sangre redentora
Dejaste al hombre por perpetua herencia!

¡Oh soberano símbolo en que todos
Los dogmas y misterios se completan!
¡Oh Sacramento vivo que el portento
Del amor infinito nos revelas!

¿Qué vista mirará tus resplandores?
¿Qué acento cantará tu gloria excelsa?
¿Qué idea del humano entendimiento
Abarcaría tu infinita esencia?

Cae ante Ti, vencida y humillada
La vana ceguedad de mi soberbia,
Y postrado ante el ara de tu gloria
Hundo mi frente en polvo de la tierra.

Porque ante Ti, mi corazón herido
Del rudo batallar de la existencia,
Deja el amargo tedio de la vida
Y de inefable placidez se llena.

Por Tí, el rebelde espíritu, que atado
Al peñón de sus dudas forcejea,
Rompe la esclavitud que le aprisiona
Y con las alas de la fe se eleva.

Piedad, Señor; no es digna la morada
Del alma que pecó de tu presencia,
Mas haz que vibre el celestial acento
De tu voz que las almas regenera.

Que ya me alumbra tu mirada amante
Y en las negruras de mi ser penetra,
Como en la negra charca del pantano
El sol desde los cielos se refleja!

Carlos Luis de CUENCA


FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: CERRITO, 607 — BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados, de 9 a 12

U. T. Mayo 1899

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

| En la Capital | | En el Interior | | En el Exterior | |
|---|---|---|---|---|---|
| Trimestre | $ 2.50 | Trimestre | $ 3.— | Trimestre | $ oro 2.00 |
| Semestre | „ 5.— | Semestre | „ 6.— | Semestre | „ oro 4.00 |
| Año | „ 9.— | Año | „ 11.— | Año | „ oro 8.00 |
| N.o suelto | „ 0.20 | No. suelto | „ 0.25 | | |
| No atrasado | „ 0.40 | No atrasado | „ 0.50 | | |

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

# Un viaje involuntario *por Luciano Biart*

*(Continuación)*

CAPITULO VII

### En el gran charco

—¡Capitán!, exclamó el señor Pinson todo sofocado; haga usted parar el vapor.

—Luego, luego, replicó el aludido en inglés, pues no entendía lo que le decía el pasajero, y ocupado además en una de las maniobras de a bordo creyó que sólo se trataba de alguna reclamación.

—¡Que pare el vapor!, repitió el ingeniero con más fuerza; yo no voy a América, sino a París, a Batignolles. ¡Que pare! ¡que pare!

Los gritos del señor Pinson llamaron la atención de los pasajeros, que acudieron a su lado. El canadiense que había anunciado a nuestro conocido la partida del práctico, refirió al capitán lo que ocurría.

—El lance es pesado, dijo el marino, y aunque lo siento mucho, no puedo remediarlo.

—¡Cómo se entiende! — exclamó el parisiense cuando se hubo enterado, por medio del intérprete, de la respuesta del capitán. ¿Por ventura se pretende llevarme a América contra mi voluntad? El puerto sólo dista algunos kilómetros, y... diga usted al capitán, caballero, que soy francés, ingeniero, y que...

A la sazón estaba el capitán demasiado ocupado para pensar en las cuitas del señor Pinson; así, pues, dejóle entre los pasajeros, ninguno de los cuales le entendía: sin embargo, él les daba cuenta de su extraña situación, suplicándoles que se interesaran para que se le permitiera desembarcar.

—A tí debo, ¡desdichado!—dijo repentinamente el ingeniero encarándose con su amigo, el verme metido en semejante berengenal, el encontrarme en este presidio.

—No tienes razón en quejarte, contestó maquinalmente el pobre Boisjoli; tú sí que eres afortunado, querido Pinson, pues no te mareas. Con tal de verme libre del mareo, de buena gana me comprometería a dar la vuelta al mundo.

—¡Oh, qué dicha, replicó con amargura el señor Pinson, qué dicha llevar a cabo un gran viaje, dirigirse a América, en donde nadie me espera ni me importa ir, no poder volverme a mi casa, en donde sí me aguardan! ¿Quiéres burlarte de mí, Boisjoli? Me has tendido un lazo en el que he quedado cogido como un estornino.

—¡Amigo mío!

—¿Por qué me detuviste cuando quise desembarcar? — prosiguió el señor Pinson. Habla, contesta, explícate, vindícate. ¿Qué será de mi saco de noche que se ha quedado en la fonda? Y Azogue, ¿cómo se las compondrá? ¿Me esperará en el puerto hasta que vuelva de América? ¿Y qué pensará Viollet-le-Duc cuando vea que falto a la cita? ¿Cómo podrá pagar mi criada Margarita el alquiler de la casa que habito? Por último, ¿quién cobrará los cupones de mis títulos, próximos a vencer? ¡Hay para volverse loco!

El señor Pinson, hombre que siempre había sabido dominarse, aquel día parecía un furioso, y su cólera, en vez de menguar, iba en aumento. Y es que a cada revolución de las ruedas del vapor disminuían para él las probabilidades de desembarcar, y esto lo sabía muy bien nuestro conocido. De improviso avanzó hacia la toldilla, pues acababa de divisar al contador.

—¡Usted a bordo! — exclamó estupefacto el oficial.

—Sí, caballero, todavía me encuentro a bordo, por haber querido seguir sus consejos. Empero, supuesto que conoce usted mi posición y habla francés, sabe muy bien que yo no figuro en el número de los pasajeros. Le suplico, pro lo tanto, que dé parte al capitán de lo que me sucede, para que me mande a tierra.

—¡Ah, caballero!, le está prohibido hacerlo.

—¡Prohibido! — vociferó el señor Pinson. ¿Tal vez estoy vigilado por la policía? ¿Voy desterrado?... ¡Prohibido! ¿Por quién? ¿Por qué?

—Por los reglamentos marítimos.

—Pero hay casos de fuerza mayor; ninguna persona puede hacer navegar a otra en contra de su voluntad.

—Note usted, caballero, que el capitán no tiene la culpa de lo que a usted le está sucediendo.

—No hay duda que soy víctima del más monstruoso atentado que han conocido los nacidos, dijo desesperado el señor Pinson. Los reglamentos a que usted alude, señor mío, deberían estar inscriptos en gruesos caracteres a bordo de todos los buques.



—¡Tú aquí! exclamó al reconocer a su amigo. ¡Tú aquí!

—En su país, si mal no recuerdo, replicó el contador, todo el mundo tiene obligación de conocer las leyes. Si estuviese usted a bordo de un vapor francés su posición sería idéntica.

El señor Pinson sentóse en un banco, ocultando su rostro entre las manos. Sentía en el alma no tener un poco de pólvora o cualquier materia explosiva para producir en el Canadá una avería que le obligara a retroceder.

Como seguía lloviendo, los pasajeros abandonaron el puente encaminándose al salón; Boisjoli, aunque por momentos se sentía más enfermo, encaminóse sin embargo a donde estaba su amigo.

—Pinsón! — profirió con apagado acento.

—¡Cómo — exclamó el ingeniero dando media vuelta, ¿aún tienes el valor para dirigirme la palabra, para sentarte a mi lado?

—¿De qué soy culpable, querido Pinsón?

—¡Excelente pregunta! Me propuse acompañarte hasta Calais, lo cual en nada me perjudicaba; tuviste bastante maña para llevarme hasta Londres, de Londres a Liverpool, y... ¡vaya! ¡jamás hubiese creído que fueras capaz!...

—Así conocerás la América, amigo Pinson, y dentro de un mes estarás de vuelta en París.

—¿Y acaso me importa a mí conocer la América, caballero? Le suplico que se explique sobre el particular. Gracias a usted, me encuentro sin medias, sin pañuelos, sin más camisa que la puesta, a bordo de un buque, rodeado de cielo y agua, y Dios sabe cuántos kilómetros de mi casa.

Boisjoli no contestó. Lívido, con los ojos cerrados, pues el balanceo del buque redoblaba sus angustias, soportaba estoicamente la lluvia, y eso que estaba tiritando de frío, lo cual fué notado por el señor Pinsón.

—¿Por qué no bajas al salón o te metes en tu camarote? — le dijo éste con dulzura.

—Como sé que te aburres, amigo mío, no quiero dejarte solo.

El señor Pinsón se levantó, apoderándose del brazo de Boisjoli, y andando despacio lo guió hasta su cama, donde le obligó a acostarse. Luego preparó una limonada, se sentó junto a su amigo, escuchando, aunque sin contestar, las frases de consuelo que de vez en cuando le prodigaba el enfermo.

Al poco rato se oyó la voz del contador, quien llamaba a la puerta del camarote de Boisjoli, pidiendo por el señor Pinsón.

Este se puso de pié de un salto y lanzóse fuera.

—¿Ha mudado de dictamen el capitán? — preguntó con apresuramiento.

—Repito a usted, caballero, contestó el contador, que el capitán no puede retroceder; pero tranquilícese, antes de que transcurran veinte y cuatro horas estará usted en tierra.

—¿Por ventura tiene alguna avería el buque?

—No; mas debemos arribar a Queenstown para recoger los últimos despachos del continente, y si tiempo lo permite podrá usted embarcarse a bordo del vapor portador de esos despachos.

Loco de contento el señor Pinsón por lo que acababa de oir, abrazó al oficial, quien quedó absorto, ya que en Inglaterra no se acostumbra a abrazar a nadie.

—Más vale así, murmuró el ingeniero: aunque Queenstown pertenece a Irlanda, siempre está mucho más cerca de París que América.

—Creo excusado, repuso el con-

tador, decir a usted que no se duerma.

—Pierda usted cuidado, profirió el señor Pinsón; no pertenezco al número de los que se dejan coger dos veces en una misma ratonera.

Aliviado del enorme peso que le oprimía, el señor Pinsón no tardó en recobrar parte de su acostumbrado buen humor. Así, pues, se entretuvo en consolar a su amigo, y llegada la hora de comer sentóse con rostro risueño a la mesa presidida por el capitán, y en la cual no figuraban muchos de los pasajeros. La aventura del ingeniero fué relatada en inglés por el canadiense, divirtiendo a los comensales, y hasta el héroe de ella participó de la hilaridad general. Terminada la comida, sin fiarse el señor Pinsón de las promesas del contador ni del capitán que le aseguraron que ellos mismos velarían para que no le sucediese otro chasco como el del buque-práctico, fué a apostarse en la toldilla, junto al timonel.

El viento silbaba con fuerza; la noche estaba oscura como boca de lobo, y caía una lluvia glacial. Nada más triste que el ruido producido por los cordajes cuando les azota el viento, que el estrépito de las ruedas motoras al azotar el agua y el perpetuo chasquido del gobernalle. A veces una ola chocaba en el costado de la embarcación y cubría el puente de espuma. Sin fijarse en nada de esto el señor Pinsón, escudriñaba el espacio con la vista en busca del faro que se le había anunciado, y negábase, obstinado, a dejar el sitio que eligiera como atalaya.

—Nos hallamos envueltos por una tempestad de nieve, le dijo el capitán, que estaba haciendo su visita de inspección: mucho me temo que no podamos aportar a Queestown.

Fortuna fué que el ingeniero no comprendía el inglés. Poco después su corazón le latía con violencia, pues acababa de divisar una luz.

En seguida todo fué movimiento a bordo, ejecutándose algunas maniobras con suma rapidez. La luz que acababa de aparecer no indicaba que se viese tierra, sino la proximidad de un buque que pasó junto al "Canadá" y cuyas formas no tardaron en desaparecer envueltas en la oscuridad. Sería la una de la madrugada cuando el vigía gritó:

—¡Queentown!

Efectivamente, a lo lejos veíase brillar una luz, la del faro.

El señor Pinsón corrió al camarote de Boisjoli y le abrazó cariñosamente. El enfermo quiso levantarse para presenciar la partida de su amigo, pero como le daban vahidos, tuvo que renunciar a ese placer. Dos veces seguidas retrocedió el señor Pinsón para estrechar la mano a Boisjoli, y después se encaminó al puente: a popa, cerca de la embarcación llamada bote del capitán, había apostados cuatro marineros. Desde la toldilla el contramaestre daba órdenes a un grumete, quien las repetía a los maquinistas. El mar estaba tan agitado que apenas se oía lo que hablaban aquellos hombres. La luz del faro apareció sucesivamente de derecha a izquierda y vice-versa, por tres veces consecutivas en menos de una hora. El vapor "navegaba de bolina", según decían los marineros; por su parte el señor Pinsón, pronto a embarcarse en el bote que estaba preparado, no comprendía lo que toda aquella maniobra significaba. Veía que el capitán iba de acá para allá, que consultaba la brújula, su reloj, el barómetro, que murmuraba, se paseaba y a veces interpelaba a su segundo. De repente multiplicó las órdenes; los marineros que estaban cerca del bote le amarraron fuertemente, y la luz del faro que brillaba a babor apareció a estribor.

—¿Qué sucede? — preguntaba a todos los marineros el señor Pinsón.

De lo que estos le contestaban, nada sacaba en limpio, puesto que no les entendía. Encaminóse, pues, hacia el salón, donde encontró al contador que estaba platicando con el capitán.

—Caballero, le dijo el oficial moviendo la cabeza; hay que confesar que es usted bien desgraciado.

—¿Por qué? — preguntó el señor Pinson.

—El mar está tan alborotado que, no habiendo podido tomar los despachos y después de perder en vanos esfuerzos para lograrlo cerca de tres horas, el capitán ha mandado proseguir nuestra ruta; de consiguiente, nos encaminamos a marchas dobles hacia Nueva York.

Al oir esto el señor Pinsón palideció como un cadáver y se mantuvo por un buen rato inmóvil en su sitio. Finalmente, cansadísimo, abrumado bajo el peso de su desventura, se encaminó al camarote de su amigo, el cual dormía tranquilamente. El señor Pinsón se proponía despertarle, pero de repente exclamó:

—¡Bah! ¡las reconvenciones no lograrán mejorar mi situación. Que duerma. ¡Cielos santos, qué aventura la mía!

Echóse el señor Pinsón sobre el lecho que había debajo del en que descansaba su amigo, y mecido por el balanceo de la nave, poco a poco fué cerrando los ojos y se quedó dormido.

Era bastante tarde cuando despertó Boisjoli, quien se encontraba mucho mejor y lanzó una mirada en torno suyo.

Dentro de veinte y cuatro horas, dijo para sus adentros, estaré curado. ¡Qué cosa tan mala es el mareo! Reduce a la nada nuestra voluntad transformándonos en máquina. ¡Las nueve! El amigo Pinsón debe estar en camino para Dublin. ¡Oh, buen Pinsón! nunca le había visto tan enfadado. Al fin y al cabo ese corto viaje le hará bien; pero de buena se ha librado.

En aquel momento pareció a Boisjoli que alguien había respirado debajo de su cama, y como sabía que estaba solo, inclinóse un tanto para indagar lo que aquello significaba, quedando estupefacto ante lo que vió.

—¡Tú aquí — exclamó al reconocer a su amigo. ¡Tú aquí!

—Sí, yo, respondió el ingeniero.

—¿Acaso no te despediste de mí la noche pasada y te embarcaste para Queenstown?

—El hombre propone y Dios dispone, dijo sentenciosamente el señor Pinsón.

—¿Ha cambiado de rumbo el "Canadá"?

—A causa del mal tiempo este vapor no ha podido tomar los despachos del continente, y en vez de los despachos me lleva a mí.

—¡Más vale así—, profirió Boisjoli.

—No pienso como tú, replicó el señor Pinsón. ¡He aquí los amigos! continuó con amargura. Soy víctima de la más negra aventura, y mi mejor amigo, el causante de todo, me insulta en mis propias narices, diciendo: ¡Más vale así!

—Pongo a Dios por testigo, Pinsón, que si en mi mano estuviese te llevaría al puerto, aunque fuese nadando, pero como esto no es posible, mi exclamación un tanto egoísta y que al parecerte ha mortificado, dimana del afecto que te profeso.

Los dos amigos se vistieron sin hablarse una palabra. Boisjoli casi estaba aliviado del mareo, y a decir verdad sólo sentía a medias la desventura de su compañero, desventura que, al fin y al cabo, no traería más consecuencia penosa que obligarle a hacer un viaje útil. Con todo, el ingeniero disimuló lo mejor que pudo su contento: en cuanto al señor Pinsón, como aun no había logrado tranquilizarse, se mantenía señudo.

Los ingenieros abandonaron juntos el camarote, encaminándose al puente.

—Iba a llamar a usted, caballero, dijo el contador al ver al señor Pinsón, que marchaba delante.

(Continuará).

## SENTENCIAS

*El amor, como las lágrimas, nace en los ojos y cae en el pecho.*

*—Quien discute con un ebrio, lucha con un ausente.*

*El avaro no hace nada bien, más que morir.*

*—El pariente más próximo es el bienhechor.*

*—El día siguiente es discípulo del anterior.*

*—Hasta un cabello tiene sombra.*

*—El gemido indica el dolor; pero no lo extingue.*

*—El llanto del heredero es risa disfrazada.*

*—Cuando menos ha dado la fortuna, menos recobra.*

*—Piedra que rueda no cría musgo.*

*—Temblando no se llega al primer puesto.*

*—El que solamente sirve para sí, está muerto para los demás.*

*—Las chispas no asustan a los hijos de los herreros.*

*—Cuando tiembla el inocente, condena a sus jueces.*

*—Importa vivir bien, no importa vivir mucho.*

*—La paciencia es el puerto de las miserias.*

*—Nunca es estrecha la casa en que se reciben muchos amigos.*

*—La duda es la mitad de la sabiduría.*

Publio SYRO

## EN LA TERRAZA

*En el puerto no había nadie tan fuerte como Chichourle. Cuando descargaba los buques en el muelle cogía los sacos de* **200** *kilos con la misma facilidad que nosotros una niña escuálida para hacerle dar unas vueltas de polca.*

*Era conocido en todos los cafés y bares, porque Chichourle era hombre que siempre tenía sed. El lo achacaba al oficio. Pero hay que decir en su elogio que, aunque bebía mucho, nunca se le había visto embriagado.*

*Una tarde, al pasar mi amigo Tourette por la plaza del Reloj vió a Chichourle bebiendo en la terraza del Bar Universal.*

*Hacía un tiempo horrible. Helaba y soplaba un viento que en ocasiones alcanzaba proporciones de un verdadero ciclón. ¡Y aquel animal de Chichourle bebiendo su aperitivo en la terraza, expuesto a las inclemencias del tiempo!*

*—¿Estás loco? — le dijo Tourette—. Vas a coger una pulmonía. No tienes sentido común.*

*Pero Chichourle, moviendo la cabeza y con los ojos llenos de tristeza, repuso:*

*—No me hables.*

*Y prosiguió:*

*—Figúrate que hace un mes me encontré algo raro en el cuerpo. Me dolía la cabeza, me pesaban las piernas y tenía menos fuerzas que un pollito de tres meses. Figúrate el susto que me entró. Fuí a ver a un médico, la primera vez en mi vida que me ha visto un caballero de esos. Me reconoció todo el cuerpo, me auscultó, me dió unos cuantos golpes en el hombro, me tomó el pulso, me hizo sacar la lengua y me dijo, moviendo la cabeza:*

*—Esto no marcha bien, Chichourle.*

*Me entró un miedo muy grande.*

*—¿Es que estoy grave?*

*—No; pero seguramente lo estarás dentro de poco si no cambias totalmente de vida. Si sigues bebiendo como hasta aquí no respondo de nada. Así es que en lo sucesivo no debes poner los pies en un café.*

*¿Qué querías que hiciese? No entra en mis cálculos morirme tan pronto. Y desde aquel día se acabó la vida pasada. No he vuelto a entrar en ningún café. Siempre bebo en la terraza. ¡Y no sabes lo que me cuesta obedecer al médico los días que hiela y sopla el viento como hoy!*

Rodolphe BRINGER

# TEATROS

SE HA ROTO EL FUEGO

Algunas compañías han iniciado ya sus actividades. Otras lo harán dentro de pocos días. Pronto, pues, podremos decir que estamos en plena temporada teatral.

Son muchas las compañías que se disponen a disputarse el favor del público. Nacionales, las de siempre. También muchas extranjeras. El público, nuestro buen público que gusta de todas las diversiones y que se conforma con cualquier cosa, siente explicable preferencia por el teatro nacional. Es lógico que así sea. El criollo lo prefiere porque son su ambiente, sus cosas, sus inquietudes, sus problemas. El extranjero, que entre nosotros es tan adhesivo, tan adaptable, lo frecuenta también en gran medida por curiosidad, por análisis, por emulación.

El teatro nacional tiene todo de su parte para el triunfo. Lo tiene todo, porque cuenta con un público nutrido y complaciente, cuyas exigencias no pueden ser más modestas. Resiste obras mediocres hasta el centenar de representaciones, se interesa vivamente por los más sencillos y manidos conflictos y ríe a carcajadas los mismos chistes que celebraron los padres en su juventud. Es un público ingenuo el nuestro, que en el teatro no parece el mismo que nos lleva por delante en el café o en el tranvía y que nos trata avinagradamente en la oficina pública o nos increpa furioso en el corso porque hemos tenido la debilidad de dejarnos arrastrar con la familia en una modesta carrindanga.

Pese a las lamentaciones finales de las empresas, los teatros de arte nacional tienen siempre público, aunque algunas veces, eso sí, bastante mal repartido. La materia prima para el teatro, existe, porque no se concibe teatro sin espectadores. La cuestión es que mientras se agolpan frente a ciertas boleterías, contemplando perplejos el cartelito anonador de "No hay más localidades, hay vestíbulos solitarios como cementerios en días de lluvia y cuyos acomodadores, gentes pesimistas, no creen en la realidad del espectador descarriado que penetra en el recinto.

Se trataría, por tanto, de un problema de proporciones, de medidas, algo así como un reparto social de concurrentes o una administración sanitaria y equitativa de la asistencia teatral.

Mientras llega la instauración de esas instituciones, conviene anotar que el instinto del espectador, en lo que a orientación respecta, le lleva casi siempre hacia lo mejor, entendido por tal lo más perfecto por comparación.

Así hemos visto que el batacián porteño ha logrado desalojar al parisién, a pesar de su origen y de su prestigio. La primera compañía del género que llegó al Plata nos deslumbró, nos ofuscó un poco. La gente cayó en él como moscas en la dulce lágrima que chorrea el tarro de miel. Más tarde, lo hicimos aquí mucho mejor de lo que venía de afuera y quedó triunfante la industria nacional bataclán quedando limitada la competencia extranjera a la introducción de algunas bataclanas sueltas. No se anuncia este año la presentación de ninguna compañía extranjera de esa índole, pero si llegase, estaría destinada al fracaso.

El sainete, por su carácter, es en todas partes género autóctono. Está hecho con materias del propio suelo, con substancia típica, con extracto y enjundia del ambiente y por esto tiene que ser necesariamente local, fruto de la ciudad y hasta de ciertos barrios de la ciudad. Es la primera fase del teatro nacional de los pueblos nuevos, colorista y rica porque es de observación directa más que de imaginación, abundante en el tema y en el detalle, prospera siempre en su generosa vitalidad. A pesar de ser entre nosotros muy nutridas las colectividades extranjeras, no se hacen más temporadas de sainete en Buenos Aires que las nacionales. Si algo más se hace, es español, por afinidad y precario siempre.

En cambio, ocurre lo contrario con la comedia. Pocas compañías autóctonas se arriesgan. Más universal, más difícil y más imaginativa que el sainete, no puede improvisarse. Es fruto laborioso que necesita antecedentes y ensayos para llegar a madurez y tampoco la alcanza siempre. Se han hecho y se hacen tentativas, se logran de tanto en tanto algunos ejemplares en sazón, pero los esfuerzos no son en definitiva compensadores, desde el punto de vista de la temporada total.

Hay que reconocer que el público, por ese certero sentido de orientación de que antes hablábamos, prefiere la comedia extranjera. Y así podemos concretar el cuadro panorámico que ofrece en sus comienzos el período teatral de 1929, en la siguiente forma: exclusión del batacián extranjero, mucho sainete nacional y notable cantidad y calidad de compañías de comedia extranjeras.

Dentro de estas características, es seguro que habrá público para todos, distribuído con arreglo a la perfección que alcancen los espectáculos en cada compañía.

Cualquier evolución que se observe en el aspecto general de las actividades escénicas la registraremos en esta página, junto a las novedades de cada día.

José Mar

LOS DEL IDEAL

En el teatro Ideal, cuyo nombre responde perfectamente a la característica principal de la labor artística de Angelina Pagano, se ha fijado para el 9 del corriente el debuto de la compañía dirigida por la eximia actriz y cuyo elenco completo dimos a conocer en nuestro número anterior.

Como se ve, el teatro Ateneo tiene un plan de trabajos del que puede esperarse mucho bueno.

VACAREZZA EN EL CANDELERO

Se ha resuelto que la presentación tenga lugar con el estreno de "Las descentradas", comedia en tres actos de la escritora Salvadora Medina Onrubia.

Parece que en el curso de la temporada se darán a conocer no solamente obras nacionales, sino algunos traducciones de piezas extranjeras que ya hayan pasado en sus respectivos países por la prueba del fuego.

Entre las nacionales figura "El dilema" de Cupertino Del Campo y una versión castellana de "La partida de ajedrez" de Giaccosa.

Nos resulta excelente la idea de alternar lo de casa con lo de afuera, siempre que lo último valga en verdad la pena, ya que tanto el público, como los actores y no pocos autores, tomarán ejemplo si son discretos y estudiosos.

LOS CUATRO PRIMEROS

En la semana anterior han abierto sus puertas al público, cuatro teatros nacionales, a saberd Liceo, Comedia, Marconi y Smart.

En el Liceo se estrenó por la compañía de Eva Franco, la pieza en tres actos de Francisco Defilippis Novoa, "Tú, yo y el mundo después".

José Gómez se presentó en el Marconi con la pieza de Jorge Dewten "La rebelión de los muñecos", pieza que, según una observación anotada al pie del título, desarrolla su acción en el cerebro del autor.

En el Smart, los elementos de Marcelo Ruggero estrenaron "Viva la Santa Federación" de Julio F. Escobar "Quién es el patrón del barco" de Rodríguez Bustamante y Lificir.

"El festín de la chusma" de César Bureli y "Está de fiesta" de Villalba y Braga, son las piezas con que arrostró el primer paso Olinda Bozán en la Comedia.

De todas estas obras, así como de las compañías que las han estrenado, daremos nuestro juicio en el número próximo.

LOS PLANES DEL ATENEO

Se proyecta en el Ateneo dar comienzo al período teatral de 1929 el día 16 de marzo con la presentación de Florencio Parravicini, rodeado de un numeroso conjunto en el que figuran actrices y actores de todas las tendencias y resortes.

La temporada será breve, dos meses apenas. Esto le dará aún mayor interés, por aquello de que lo poco agrada, si bien tratándose del gran bufo no sería necesaria esta parquedad y aún el público agradecería la insistencia durante mucho tiempo.

Poco puede hacerse, en efecto, durante dos meses. Si la obra del debuto agrada, con ella puede llegarse de una sola corrida hasta el final sin esfuerzo. Ello nos privará de ver a Parravicini en los diferentes aspectos, siempre interesantes, que puede presentarnos su fecundo y multiforme genio artístico.

Han entrado a formar parte del elenco de esta compañía, las actrices Paulina Singerman, María Esther Lerena, Terena Costa, Alcira Ghio, Peregrina Dudán, Margarita Blanco, Aída Sportelli, Adelina Campos y Raquel Giménez, así como los actores Humberto Zurlo, Alberto Bello, Eduardo Zucchi, Rafael Diserio, Luis Mendoza, Ernesto Arroyo, Angel Midiales y Enrique Roldán.

Terminada la actuación de esta compañía el escenario del Ateneo será ocupado por la de Rivera-De Rosas, integrada con una parte de los elementos que han acompañado a dichos primeros actores en su jira por Europa y, además, por una parte de los que actuarán con Parravicini.

El popular sainetero Alberto Vacarezza promete estar también este año de actualidad desde el comienzo de las actividades escénicas. Aparte de las informaciones que ya hemos dado sobre el particular, parece ahora seguro que la firma del auvero" ocupe el cartel del Nacional, el día del debuto, al pie de una nueva producción titulada "Media noche en Villa Crespo" especie de medallón del antiguo y del actual Buenos Aires en uno de sus barrios típicos.

CASO CURIOSO

El caso de la temporada de zarzuela española en el Avenida merece un pequeño comentario de la crónica. En pleno rigor canicular se ponen de acuerdo unas cuantas figuras de la escena y organizan una serie de funciones, con obras archiexplotadas. No se sabía el tiempo que pudiese durar la arriesgada tentativa. Semanas, días acaso. Se pensó en uno de tantos esfuerzos veraniegos que el calor malogra. Pero he aquí que un público salido no se sabe de donde, llena la sala el día inaugural. Vuelve a la noche siguiente y continúa volviendo durante todo el verano. Total, un éxito rotundo.

Destacamos el hecho porque él demuestra que, a pesar de todos sus pecados, el público sabe también estimar los esfuerzos artísticos y no pasan inadvertidas para él, en ningún momento, las compañías cuya labor es realmente meritoria. Sería bueno que muchas empresas guardaran el dato en cartera. Sobre todo, las que no sos pechan que es más fácil quejarse de malos tiempos hipotéticos, que organizar temporadas interesantes. Porque no todo está en cuatro trapos y cuarenta pantorrillas, malgrado la opinión de los que han visto París por un colador.

GRAND SPLENDID

En esta aristocrática sala serán pasadas durante la semana que hoy se inicia, las últimas novedades cinematográficas de las mejores marcas, nacionales y extranjeras. Sus excelentes orquestas y el ambiente social en que se desarrollan sus espectáculos, hacen del Grand Splendid el cine predilecto de las familias.

CAPITOL

Con gran concurrencia se mantiene siempre esta sala, una de las que más comodidades brindan a los aficionados.

GLORIA

En plena Avenida de Mayo, el cine Gloria añade a su excelente ubicación, el atractivo de sus programas preparados con todo esmero y que cuentan siempre con las cintas más sensacionales de la producción mundial.

CINE PARC

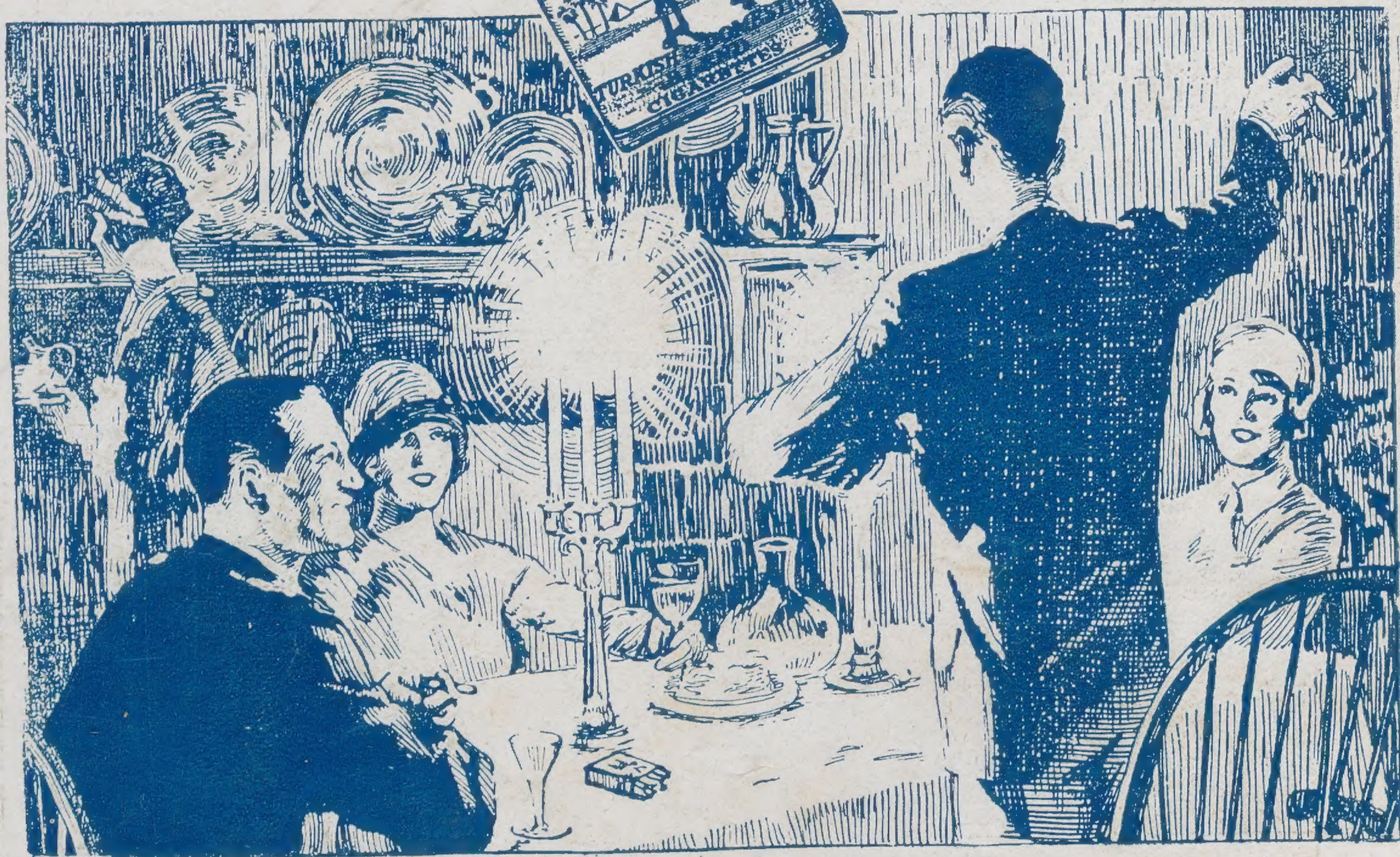
Es el favorito de las familias del barrio de Palermo y debe su prestigio a la cuidadosa selección de las cintas que son incluídas en sus interesantes programas.

# ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA




1 — Trajecito para la tarde, confeccionado en crespón Georgette color azul pálido. Falda con puntas dando movimiento de voltereta. — 2 — Traje para la cena, ejecutado en raso negro con echarpe del mismo raso, orlada con raso coral y forrada con Georgette negro. En el talle, hebilla de perlas de coral. — 3 — Traje de "panne" color rojo cereza, cuadriculado negro y guarnecido con satén negro.

FUME Vd. UN CAMEL




## ¡Brindo por Camel -- deleite de un millón de mesas!

BRINDEMOS por el Camel, fuente de nuevos placeres. Dondequiera que se reunen buenos amigos, o en las horas solitarias del trabajo y el viaje, Camel asegura deleite envidiable.

Todos los misteriosos poderes halagadores de los mejores tabacos turcos y americanos tienen expresión máxima en el Camel mediante una mezcla suave y grata que no puede hallarse en ningún otro cigarrillo. Y es que la mayor organización tabacalera norteamericana concentra sus habilidades en la fabricación del Camel, dedicando todos sus recursos de compra, selección y manufactura a esta marca de cigarrillos que, a tal extremo resultan satisfactorios, que ningún otro le supera por costoso que sea.

El fumador moderno y exigente prefiere el Camel por su suave mezcla de sabor exquisito. Por eso su popularidad supera a la de todos los cigarrillos que se han conocido. Para gozar el deleite de lo mejor, "*¡Fume Vd. un Camel!*"

**R. J. REYNOLDS TOBACCO COMPANY. WINSTON - SALEM, N. C.**

**Unicos Agentes: MASSALIN & CELASCO — TACUARI 560 — Buenos Aires**

A. García y Cía., Perú 1746